

# INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA: LA PERSONA (II)

Tomás Melendo Granados  
Gabriel Martí Andrés



# INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA: LA PERSONA (MATERIALES DOCENTES DE EDUFAMILIA)

Tomás Melendo Granados  
Gabriel Martí Andrés



# ÍNDICE

SIGUE DEL I

## IV. LA SINGULARIDAD DE LA PERSONA

El hecho .....	10
Singularidad suprema .....	10
La fuerza de los vocablos.....	12
Consecuencias para la vida vivida .....	13
El apoyo de las autoridades.....	14
El problema... y las claves para su solución .....	15
Los grados de singularidad.....	16
Singularidad «extrema».....	17
Diferencias entre personas y no-personas.....	18
Novedad absoluta: ¡ni normal ni anormal! .....	19
El desarrollo de la persona: llegar a ser quien es .....	19
Biografías .....	20
El sentido de esta expresión.....	24
Lo que es mera «fracción» frente a lo valioso-en-sí.....	25
De nuevo sólo para audaces .....	26
Algunas de sus consecuencias.....	26
Singularidad genuina .....	28
En lo que atañe al conocimiento .....	30
En los dominios del amor .....	32
La reducción de la persona a simple función.....	36
El totalitarismo de «la moda». .....	38
La competitividad extrema.....	39
Descubrir y fomentar la singularidad .....	44
El ejemplo de las madres.....	45
La fundamentación teórica .....	46
Un apoyo en la teología.....	47
Una visión más honda de la dignidad humana.....	51
Entre la filosofía y la teología .....	51
Y un nuevo modo de atentar contra esa dignidad.....	52
Ventajas de la singularización.....	53

## V. VALOR, DIGNIDAD Y PRECIO

♪ ♪ Hablemos de bondad... una vez más ♪ ♪ .....	60
La utilidad .....	61
De útil a in-útil... o sin ningún valor .....	62
La inutilidad de lo super-útil .....	62
Lo agradable.....	64
Los pros y los contras del placer.....	64
El bien-en-sí.....	65
Y el relativismo contemporáneo.....	66
Consecuencias del relativismo.....	67
«Animalización» y superación del relativismo.....	68
¿Existe un precio para lo digno?.....	72
Dinero y precio .....	73
Dignidad, singularidad y gratuidad .....	75
Consecuencias teóricas.....	76
Consecuencias prácticas .....	77
Y más consecuencias.....	79
Un nuevo añadido.....	80
Dignidad privilegiada: un primer caso.....	81
Otro ejemplo .....	82
Y un golpe de audacia... o de temeridad.....	82
El fundamento de los fundamentos .....	83
Cuando «valor» equivale a «precio»... ¿y retorno? .....	84
¡Siempre la familia!.....	85
Consideraciones en torno al «valor».....	88
Connotaciones del término «valor».....	90

## VI. EPÍLOGO

SIGUE DEL I



## IV. LA SINGULARIDAD DE LA PERSONA

### ¡PARA RECUPERAR LA FORMA!

- Antes de leer las páginas que siguen, y aunque de entrada parezca ir demasiado lejos, ¿estarías de acuerdo con quien afirmara que la noción de singularidad está implícita en la de dignidad? Razona tu respuesta, sea cual fuere.

- Y, en todo caso, ¿te sientes capaz de decir qué añade la noción de singularidad a la de dignidad... si es que piensas que aporta algo?

- No te desanimes si titubeas a la hora de responder a estas preguntas. Lo importante es que comiences ya a plantearte cuestiones cuya solución, según espero, encontrarás más tarde.

- ¿Estarías de acuerdo en que la singularidad de los animales es tan leve que se los puede tratar genéricamente, casi a bulto, sin atender a lo que los diferencia... justo porque semejante desigualdad —tan tenue— apenas si cuenta ni puede advertirse? Justifica tu respuesta tanto si es afirmativa como negativa. (Y no te enfades si doy la impresión de despreciar a los animales: sólo pretende marcar bien sus diferencias respecto al ser humano).

- ¿Qué queremos decir al sostener que la persona es *incomunicable*? ¿Nos referimos a la presunta incapacidad de mantener un diálogo o más bien al hecho de que la persona que yo soy no puedo transmitirla a ningún otro, aunque a través de la generación le «comunique» mi naturaleza humana?

- ¿Piensas, entonces, que «incomunicabilidad» y «singularidad» son sinónimos perfectos? ¿De no ser así, podrías enumerar algunas de las diferencias?

Si no fueras capaz, no te preocupes, pues el asunto será expresamente tratado más adelante.

- El no buscar la singularidad incapacita de raíz para cumplir la propia misión como persona. Sin embargo, en la sociedad actual lo que se premia en muchas ocasiones es justo lo contrario: la homogeneidad.

¿Se te ocurren algunos ejemplos al respecto, en distintos ámbitos de la vida humana? Enumera todos los que puedas, e intenta explicar —si así ocurre— qué es lo que se pierde con esa *masificación igualadora*.

- Es bastante común el modelo educativo que, en lugar de abrir al niño y al joven —de la manera que a cada cual le es propia— a la verdad, a la bondad y a la belleza,

busca sacar a la luz tan solo al especialista, sustituyendo la riqueza virtualmente ilimitada de su singularidad personal por la estrecha capacidad de ejercer una mera *función*.

¿Piensas que es así como se concibe y vive la educación en tu país? Si la respuesta es afirmativa, ¿a qué responde semejante modelo educativo?, ¿podrías enumerar unos cuantos ejemplos que justifiquen tu afirmación?

- ¿Estás de acuerdo en que la moda puede influir incluso en la manera de pensar y de amar? Si te parece que sí, ¿sabrías explicar el cómo? ¿Serías capaz de poner algunos ejemplos?

## 1. ¿SOLO LAS PERSONAS SON SINGULARES?

### El hecho

Señalaba en el capítulo anterior la especie de afinidad que liga los términos «persona» y «dignidad». Consideraré en las páginas que siguen otra asociación de vocablos también muy corriente entre nuestros contemporáneos: la que enlaza persona y singularidad. «Cada uno es cada uno», «cualquier humano resulta único e irrepitable», «cada persona es un mundo»... Estas y expresiones similares abundan en los diálogos, discursos y escritos de hoy en día.

Pero tampoco ahora se trata de un simple capricho o de una moda pasajera, sino de una doctrina contrastada durante siglos, de enorme relevancia para nuestro conocimiento y nuestra vida.

Ya Tomás de Aquino afirmaba tajante que, en sentido estricto, singularidad equivale a personalidad:

«Con el nombre de persona queremos significar formalmente [de manera clara y directa] la incomunicabilidad o la individualidad» de determinadas sustancias; el nombre de persona designa «la condición por la que algo es distinto e incomunicable».

### Singularidad suprema

Existe, pues, un nexo estrechísimo entre singularidad y personalidad. Lo cual nos sitúa ante otra especie de tautología. Expresiones como «singularidad de la persona», «persona individual», «persona única e irrepitable», constituyen cierto pleonismo o redundancia: con ellas no quiere afirmarse sino la individualidad de lo (muy) individual, la singularidad de lo (en extremo) singular o la unicidad de lo (absolutamente) único e irrepitable.

Veremos enseguida que los paréntesis son importantes, porque indican lo que es imprescindible subrayar: a saber, que la singularidad propia de las personas es infinitamente mayor que la de las demás realidades.

---

La de la persona es una singularidad superior o incluso suprema

---

Por eso, igual que la elevada valía de lo que reposa en sí mismo —la dignidad— diferencia a las personas de las realidades que no poseen tan alto valor,

también la individualidad sobresaliente distingue a las personas de aquello que, por así decir, solo es singular de un modo *menor* o, si se prefiere, secundario, derivado o empobrecido.

Más aún. Si examinamos el testimonio de algunos expertos, parecería incluso que la singularidad es la razón o causa de la dignidad personal: que esa singularidad *precede* y resulta más determinante y propia de la persona que la misma dignidad.

Al respecto, de manera análoga a lo que estudiamos al considerar la dignidad, Enrico Berti explica que el valor de la persona

... resulta extraordinariamente incrementado por el cristianismo, que subraya *su singularidad*, es decir, su carácter insustituible en la economía de la salvación: y esto se muestra con claridad en las parábolas evangélicas de la oveja perdida, del dracma, del hijo pródigo, en afirmaciones como "incluso los cabellos de vuestra cabeza están contados", "vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos", y de la personalización llevada a cabo por Cristo de la misma verdad, cuando por ejemplo afirma: "*Ego sum veritas*".

De manera análoga, Ricardo de San Víctor corrige la definición de Boecio, acentuando precisamente la singularidad de la persona, en cuanto la condición que este término indica

... no conviene sino *a uno solo: proprietas qui non convenit nisi uni soli*.

Y abundando en la misma idea, en el siglo XIII, Buenaventura de Bagnoreggio antepone, como elemento constitutivo de la persona, su radical singularidad a su grandeza o eminencia, cuando escribe que

... la condición personal se encuentra configurada por dos factores: *singularidad y dignidad*.

Cuestión que debe entenderse no solo desde el punto de vista espacio-gramatical, por el orden que establece entre las dos palabras, sino real. Pues, según recuerda Gilson, para Buenaventura,

... la idea de persona implica la de individuo, *más* la de cierta dignidad de ese individuo.

Una dignidad que deriva justamente de su especial y más aguda singularidad.

Es lo que sostiene otro autor de nuestros días, Leopoldo Eulogio Palacios, con el valor añadido de poner muy atinadamente en relación la singularidad pronunciada y el obrar libre; puesto que solo puede actuar con libertad —con máxima autonomía— quien de un modo u otro se destaca o diferencia suficientemente del resto:

Existen innumerables individuos que no son personas: este diamante, este árbol, aquel rinoceronte. Pero entre tales realidades hay algunas cuya individualidad está todavía más acusada, menos dependiente del medio en que habitan, con más capacidad de autarquía y suficiencia, y que, en virtud de su naturaleza personal, son dueñas de sus propios actos. A estas sustancias [...] se reserva el nombre de personas.

Con esta cita vislumbramos ya el núcleo de la cuestión. Advertimos que toda singularidad —«ser intensamente lo que uno es», diferenciándose del resto— lleva consigo cierta independencia respecto al medio. Y que la singularidad extrema acarrea una soberanía también más fuerte, estrechamente relacionada con *un modo de ser* (y del correspondiente obrar) autónomo y libre, tal como concluí al hablar de la dignidad y acabo de recordar.

Por consiguiente, no resulta absurdo sostener que la singularidad así entendida, como propiedad de quien es autosuficiente por gozar de autodominio, es «la causa» de la dignidad. Aunque, en el fondo, más bien habría que decir que tanto la singularidad como la dignidad remiten a un acto de *ser* de gran categoría, que por eso se destaca de todos los restantes y goza de independencia, mayor o menor, respecto a cualquiera de ellos.

---

La singularidad, como propiedad de quien es autosuficiente  
y goza de autodominio, constituye la causa de la dignidad

---

## La fuerza de los vocablos

La relevancia de la singularidad y su relación con la persona quedan aún más subrayadas al considerar el diferente modo como los términos «hombre» y «persona» designan a los seres humanos.

1) La voz «hombre» apuntaría de manera directa a la esencia o condición humana, de modo que, aunque se refiera a los singulares, lo hace en cuanto poseen una naturaleza *común*.

En este sentido, se trata de un término análogo al de perro o gato, cuando los utilizamos para aludir a un ejemplar de la especie canina o gatuna, connotando lo que los asemeja a los demás individuos de la misma naturaleza.

2) Por el contrario, el vocablo «persona» designa a las singularidades como tales, hasta el punto de que habría que considerarlo un nombre *propio*, similar a los que utilizamos para diferenciar a los individuos concretos: Pedro, Antonio, Santiago...

Si cabe aplicarlo al conjunto de ellos, no es porque apele a un atributo general, sino en cuanto se refiere a cada uno, subrayando su distinción respecto a los demás, pero de una manera vaga o imprecisa. Algo análogo, no idéntico, a lo que se pretendía afirmar en otros tiempos con los vocablos Tizio o Cayo, y hoy con Fulano o Mengano: *un individuo totalmente diferenciado*, pero cuyo nombre nos resulta desconocido.

Por poner un ejemplo cercano y familiar, no ocurre lo mismo con los perros: cuando deseamos referirnos a uno de ellos no podemos sino designarlos con el nombre *propio-propio* que le hemos asignado: Pluto, Milú, etc. Entre los humanos, por el contrario, y justo porque su individualidad es mucho más acentuada, existe un vocablo que indica a *todos y cada uno* de los individuos, precisamente en cuanto individuos, en cuanto sumamente diferentes de los restantes. Ese término es el de *persona*.

La palabra «persona» realza, por tanto, además y tal vez más que su dignidad, la individualidad del *individuo-muy-individual*, su autonomía y distinción respecto al resto de lo existente, pero de forma no definida. En este sentido, «persona» indica a un singular en cuanto *muy* singular, aunque indiscriminada o indeterminadamente. Es decir, a cada una de las personas, resaltando su singularidad, pero de manera imprecisa: *individuum vagum*, según la expresión latina.

3) Resumiendo, y con fórmula un tanto rebuscada, cabría sostener que el término «persona» designa a *cada uno* de los componentes de aquel conjunto de realidades que tienen en común... el ser cada cual radicalmente distinta de las restantes: sin par, única.

---

La palabra «persona» realza, igual y tal vez más que su dignidad,  
la individualidad del individuo, su autonomía y distinción  
respecto al resto de lo existente

---

## Consecuencias para la vida vivida

Estos simples apuntes permiten anticipar una conclusión de enormes repercusiones en la esfera educativa y, más en general, en toda la vida de relación entre los hombres.

Veamos por qué:

- ◆ El vocablo «persona» se encuentra en la misma vertiente significativa que la voz «individuo»; pero va más lejos que esta, señalando y realzando el notable incremento de individualidad.
- ◆ Es el individuo por excelencia, extremadamente singular.

Y justo por eso, porque los sujetos particulares de naturaleza intelectual o racional poseen la singularidad en un grado destacado y eminentísimo se han hecho merecedores de una designación especial: la de personas.

- Por consiguiente, si no se conoce y re-conoce y se lucha por ahondar día a día en esa suprema individualidad, dirigiendo *toda* nuestra atención a *cada* persona, *nada* se sabe realmente de los seres humanos; y si no se los trata *individualmente*, en realidad *no* es a la persona a quien estamos tratando: y no existe, por tanto, ninguna posibilidad de contribuir eficazmente a su mejora o perfeccionamiento personal, en cuanto *persona*.

Suelo ejemplificar con cierta frecuencia:

- ◆ Igual que el diamante solo se pule con diamantes, la persona únicamente crece y madura cuando entra en contacto íntimo con otras personas, poniendo en juego lo que cada una de ellas tiene de más estrictamente personal: el entendimiento y la voluntad y, en lo que nos atañe, su radical singularidad, que afecta a esas y a las restantes potencias o facultades.

- ◆ Por el contrario, para *des-hacer* a una persona, para incitarla a obrar mal, no es menester tener en cuenta su exquisita singularidad: más aún, despersonalizarla, tratarla como mero número o como masa, es ya un inicio de ese posible influjo negativo e incrementa enormemente la capacidad de obrar en contra de ella.
- ◆ Desde semejante perspectiva, los instrumentos o circunstancias que se relacionan preponderantemente con los seres humanos *como grupo o en conjunto* —medios de comunicación *de masas*, mítines, etc.—, poseen mayor capacidad de inducir a las personas hacia actuaciones incorrectas e incontroladas que hacia hondas convicciones *personales* que les inclinen a la mejora.

No pretendo con ello decir que la televisión, pongo por caso, *no* pueda en modo alguno favorecer el perfeccionamiento de los hombres, sino simplemente que, para lograrlo, es necesario un notable suplemento de personalidad —o de *personidad*, de grandeza humana— que permita a quien habla *llegar* hasta las individualidades de quienes lo escuchan, disolviendo la masa.

De manera análoga, una arenga desemboca con relativa facilidad en algarada con daños materiales y humanos, mientras que una conversación de tú a tú, que ponga en juego la condición *personal* de quienes dialogan, resulta más adecuada para una conversión profunda.

---

La persona únicamente crece y madura cuando entra en contacto íntimo con otras personas, poniendo en juego lo que cada una de ellas tiene de más estrictamente personal

---

## El apoyo de las autoridades

Tal vez cuanto acabo de afirmar suene un tanto exagerado. Pero no lo es. La profunda verdad que encierra explica que, a unos seiscientos años de distancia de Tomás de Aquino y Buenaventura, Søren Kierkegaard hiciera de la categoría de persona el eje de todas sus especulaciones y de sus intentos de salvar a la humanidad de la degradación originada por el afán de homogeneizar tan propio de su tiempo... y de los nuestros; y que, para designar a esa categoría privilegiada, utilizara un término característico —*den Enkelte*—, que acentúa precisamente la singularidad del individuo humano que se torna por completo personal.

Cornelio Fabro propone traducir ese vocablo por «*il Singolo*», cuya versión directa en castellano sería «el Singular». Y lo mismo hacen otros autores, como Mesnard o Viallaneix, cuya monografía más conocida sobre Kierkegaard lleva por subtítulo: *El único ante Dios*.

De esta suerte quieren poner de relieve cuanto de irrepetible y, en cierto modo, de extraño y excepcional encierra cada persona (todos somos tan *raros*— suelo explicar a mis hijos cuando califican de este modo a un amigo o amiga algo

excéntricos— que somos... únicos: no se olvide que uno de los significados de «raro» en castellano es justo el de «escaso», y nada más escaso que lo que solo es uno o único).

«El Singular», como equivalente de persona, indica hasta qué extremos la absoluta individualidad de cada ser humano lo caracteriza o incluso lo constituye como persona en su sentido más agudo y acendrado.

En efecto, Kierkegaard atribuye tal importancia al individuo profundamente singular, a ese ser cada quien el que efectivamente es, concreto y perfilado, que lo establece como requisito ineludible y casi suficiente para que pueda relacionarse con Dios y colmar así su calidad de persona:

“El Singular”: con esta categoría se mantiene en pie, o cae, la causa del cristianismo [...]. Por cada hombre que yo pueda atraer a esta categoría de “el Singular”, me comprometo a hacer que se convierta en cristiano; o mejor, puesto que nadie puede hacer esto por otro, le garantizo que lo será.

Los testimonios en la misma línea, antiguos y modernos, podrían multiplicarse. Con todo, en el plano teórico, una duda se alza inevitable: ¿sirve de hecho la singularidad para diferenciar a las personas de las realidades infrapersonales, que, en fin de cuentas, también son concretas?

Retomo ahora un particular al que unos párrafos más arriba simplemente aludí.

## 2. UNA SINGULARIDAD EXCELSA

### El problema... y las claves para su solución

«... que, en fin de cuentas, también son concretas». Hace ya bastante tiempo, mientras impartía un curso en torno a la persona humana, un catedrático de otra disciplina, con muchos años de vuelo y en extremo inteligente, me objetó:

Me parece que no hacéis bien los filósofos cuando insistís tanto en la singularidad de la persona, como si se tratara de algo extraordinario. En última instancia, también los árboles o los perros son singulares.

¿Qué se escondía tras esta afirmación?

1) Si no yerro, uno de los defectos más frecuentes en el mundo de hoy, y tal vez más aún entre intelectuales: una consideración de la realidad que, al menos, hasta cierto punto, es abstracta o indiferenciada.

O, si se prefiere, el defecto especulativo-práctico de no considerar que en el universo *real*—ese con el que nos topamos cada día y en el que se desenvuelve nuestra existencia— no existen dos seres absolutamente iguales.

Y, por consiguiente, que cualquier atribución de una propiedad o de una carencia debe *modularse* (configurarse de un modo u otro) y *graduarse* (según un más y un menos) en función de aquel o aquello a quien está referida.

2) En relación con lo que nos ocupa, es verdad que todos los seres son singulares, pues lo abstracto se encuentra solo en nuestro entendimiento; pero no es menos cierto, ni tiene menor importancia, que cada uno lo es a su modo, único y exclusivo: con una configuración y una intensidad diversas, que impide que la individualidad pueda serle atribuida con un significado y un vigor idénticos al de cualquier otra realidad existente.

---

Cada uno de los seres del universo es más o menos singular  
y de un modo distinto que cualquier otro

---

Considero que esta es una de las claves más determinantes del conocimiento auténtico. Lo advertía ya en páginas anteriores al referirme a los varios niveles de personalidad (sabemos que en ocasiones se habla de «personidad», para dejar claro que se alude a las dimensiones ontológicas —al *ser* de la persona— y no a las meramente psicológicas), y a cómo todo lo que es propio y característico de la persona —conocimiento, amor, libertad...— se da en cada uno de esos estratos de manera peculiar y más o menos plena y aguda que en el resto. Y lo mismo sucede con cualquier otra cualidad o atributo: más cuanto más relevante resulte y mayor envergadura posea la realidad de que se trate.

## Los grados de singularidad

En lo que atañe a nuestro tema, existen, por decirlo así:

1) Una singularidad menuda o poco pronunciada.

2) Y, en el otro extremo, una individualidad acentuadísima, mucho más vigorosa y discriminadora.

La primera corresponde a las realidades de menos entidad o categoría, en particular a las inertes y, de manera todavía más acusada, a las artificiales. Sobre todo en el caso de estas últimas, y muy en particular cuando están fabricadas *en serie*, lo único que las diferencia es el concreto material con que están hechas: no el que una sea de plástico y otra de madera, lo que supondría «demasiada» distinción, sino una de este trozo de plástico y la otra de ese otro, en realidad prácticamente idéntico al primero.

Por eso cabe sostener con rigor que un vaso vale lo que otro vaso y una silla lo que otra... y, de hecho, muy a menudo ni siquiera advertimos que nos los han cambiado; que no sucede exactamente lo mismo, pero sí algo análogo, con las plantas y los animales; y que, en el extremo opuesto, Dios es el absolutamente Otro.

3) O, de manera más genérica:

- ◆ La singularidad de las realidades infrapersonales —de los animales y las plantas— es muy leve, muy poco discriminadora: en definitiva, cada una de ellas no constituye sino un puro exponente de la perfección propia de

su especie; como un fragmento, una porción o un *número* de ese *tipo* de realidad. De ahí que resulte legítimo tratarlas genéricamente, casi a bulto, sin atender a lo que las diferencia... justo porque semejante desigualdad es tan tenue que apenas si cuenta ni puede advertirse.

- ◆ Al contrario, la diferencia entre los seres humanos, justo por ser personas, es radical y absoluta. Resultan valiosos por sí mismos y por eso merecen una atención particularizada, que comienza ya en el modo de conocerlas, como antes apunté.

Según explica Forment, entre todas las realidades que pueblan el cosmos,

... únicamente la persona es "buscada por sí misma". Solo en el nivel de la naturaleza racional, los individuos en cuanto tales tienen interés por sí. En la escala de los seres, según los grados de perfección, por debajo de la persona humana los individuos interesan en razón de la naturaleza que poseen, porque en ellos todo se ordena a las operaciones específicas, de la naturaleza. Por más singulares que fueren [y precisamente porque no lo son en muy alto grado], interesan sus propiedades específicas. Por el contrario, en el nivel de la dignidad personal, lo estimable, lo valioso para ser contemplado o para entrar en diálogo o comunión de vida, es el individuo, el ser singular que posee la naturaleza racional.

---

La diferencia entre los seres humanos, precisamente por ser personas,  
es radical y absoluta

---

## Singularidad «extrema»

La cuestión ha sido tratada de una manera muy correcta por Romano Guardini. En el libro titulado *Mundo y persona*, el capítulo que dedica a la caracterización de esta segunda —la persona— está basado todo él en un solo principio: que la categoría de cualquier existente crece en la proporción en que aumenta su singularidad; y que, por tanto, la extrema individualidad del ser humano (y de los superiores a él) lo distingue hasta tal punto de los animales que obliga a designarlo con un término propio y eminentemente enaltecido, el de «persona» (es un caso más en que los personalistas actuales coinciden con los mejores metafísicos clásicos).

Citaré algunos párrafos especialmente pertinentes del filósofo ítalo-germano, que tienen además la virtud de resumir en buena parte cuanto hemos estudiado y poner las bases para comprender lo que veremos dentro de unos momentos.

En el primero sostiene:

Cuanto un ser vivo es de menor categoría, tanto más se sume [o diluye] en las exigencias de la especie; cuanto más elevado, tanto más intenso es el instinto de imponerse individualmente. Las propiedades caracterizadoras se hacen más numerosas, las realizaciones peculiares se destacan más, la fecundidad desciende numéricamente, las exigencias de cuidado de la prole se hacen mayores. De esta suerte, el individuo reviste cada vez mayor importancia, tanto respecto a la especie en su totalidad, como respecto a los otros individuos.

Y más adelante:

“Persona” significa que en mí ser mismo no puedo, en último término, ser poseído por ninguna otra instancia, sino que me pertenezco a mí [...]. Persona significa que no puedo ser utilizado por nadie, sino que soy fin en mí mismo [...]. Persona significa que yo no puedo ser habitado por ningún otro, sino que en relación conmigo estoy siempre solo conmigo mismo, que no puedo estar representado por nadie [recuérdese el *per se sonans* romano], sino que yo mismo estoy por mí; que no puedo ser sustituido por otro, sino que soy único.

---

La categoría de cualquier existente  
crece en la proporción en que aumenta su singularidad

---

## Diferencias entre personas y no-personas

Con palabras mías, y acudiendo a ejemplos concretos:

• Un perro de guarda, de caza o de compañía interesa porque guarda, caza o proporciona acompañamiento *igual* que los restantes exponentes de su especie; o, en todo caso, porque lo hace mejor que *los demás*. es decir, porque encarna *las propiedades específicas* con mayor eficacia que los otros integrantes del grupo. Pero siempre *en comparación con el resto*: en ninguna circunstancia posee la consistencia o valía como para resultar apreciable, amable y deseable por sí mismo.

Tiene sentido, por eso, que a la hora de adquirirlo busquemos el mejor entre ellos: es decir, repitiendo lo que acabo de sostener, el que destaca sobre los otros al cumplir de una manera eminente *lo específico* de ese tipo de animales; el que *funciona* mejor que los restantes.

Como también lo tiene la inmolación de uno o más animales o plantas — ahora el número no cuenta— en aras del bien de la propia especie y, al cabo, del conjunto del universo corpóreo: no hay planta o animal que valga *por sí mismo*.

• Justo lo contrario sucede con las personas, a las que se busca para instaurar con ellas un intercambio comunicativo de conocimiento y de amor, solo posible en la medida en que cada una constituya una estricta y no repetible intimidad individual: en el grado en que sea, con todas sus consecuencias, ella misma. Ni mejor ni peor... ni igual que las otras, porque, al ser «heterogénea», no admite comparación.

Como después veremos, cada persona, «cada una de todas»:

- ◆ Merece ser *conocida* por sí misma, justo porque posee —puede y debe poseer— una notable riqueza interior, una intimidad del todo distinta a la de cualquier otra.
- ◆ Reclama también ser apoyada en concreto, buscando el *bien* que le es propio; y en tal sentido, frente a cuanto acabo de apuntar respecto a los animales o plantas, *ningún ser humano* puede ser sacrificado, y ni siquiera

lesionado, con vistas a mejorar la situación o la *calidad* de otro, o de cientos, miles o millones a lo largo de toda la historia. ¡También ahora el número es irrelevante, pero en sentido inverso!: cada uno lo vale *todo*, es absoluto.

- ◆ Como asimismo postula que se la admire por las cualidades externas o internas, por la *belleza* que siempre posee y que manifiesta... a quien *ha aprendido* a contemplarla con mirada amorosa.

---

Cada persona debe ser conocida y amada

---

## Novedad absoluta: ¡ni normal ni anormal!

1) Desde este punto de vista, y expresándolo técnicamente, ninguna persona se configura como un mero ejemplar de la especie a que pertenece, como un simple guarismo, como una re-edición de las perfecciones comunes. Muy al contrario, cada ser humano trasciende la especie en que se engloba y aporta al universo una novedad absoluta, que constituye uno de los más insignes y decididos títulos de su excelsa condición: acaso *e*/título, si se lo interpreta con hondura.

De ahí que no sea correcto hablar de «re-producción» humana, sino más bien de procreación, con lo que este vocablo sugiere de radical novedad: *ex nihilo*.

Todo lo cual trae consigo una consecuencia cuya importancia no es fácil exagerar.

2) Si nos expresáramos y obráramos con coherencia, vocablos como los de «normal» o «anormal», y todos los similares, carecerían por completo de sentido cuando se aplicaran a los seres humanos, y nunca podrían ser motivo de discriminación entre unos y otros.

---

Aplicados a los seres humanos,  
términos como normal o anormal carecen de cualquier sentido

---

## El desarrollo de la persona: llegar a ser quien es

Por eso, entre los animales existe una *norma*, que es la perfección de la especie. Pero cada ser humano es *único, impar, valioso por sí mismo*, y no permite el cotejo con modelo alguno distinto que su propia individualidad... en un grado superior de desarrollo, hasta la conclusión definitiva al término de su vida, que es lo que estaba llamado a ser desde el mismo momento de la concepción.

De ahí que, frente a lo que acabamos de ver respecto a los animales, y a pesar de tantos esfuerzos por hacer que pase como algo corriente y perfectamente legítimo, resulta absurdo y tremendamente lesivo el intento de *seleccionar* a una persona, incluso antes de haber nacido, en función del sexo, el color de la piel, o de carencias o disfunciones genéticas, presuntas o reales, ¡tanto da! Entre otros motivos, porque, cuando se trata la cuestión con hondura —cuando lo que está

en juego es su estricta condición *personal*—, no existe criterio alguno para realizar la selección: cada persona es única, irrepetible y valiosa *en sí misma*.

Y de ahí que el ideal de cualquier niño o adolescente, como el de las personas adultas, no deba ser una figura externa (aunque tales modelos puedan ejercer en determinadas etapas un efecto psicológico muy positivo... o muy negativo), sino él mismo a medida que advierta todo lo que puede dar de sí y los caminos propios y exclusivos para lograrlo.

Olvidar este principio, alentar o aspirar a ser el que más destaque, o, si se prefiere, pues así suele vivenciarse, mejor *que los demás*, se opone a la misma condición personal y, como consecuencia, es origen de muchas inquietudes y frustraciones, e incluso de enfermedades psíquicas, que podrían y deberían haberse evitado.

Desde semejante perspectiva, la vida propia del hombre, en su condición de persona, es la vida radicalmente singular, no asimilable y ni siquiera comparable a ninguna otra; por eso nunca debe ser tratado en masa, de forma genérica, ni tampoco contrastarlo con el resto.

---

Ninguna persona se configura como un mero ejemplar  
de la especie a que pertenece, como un simple guarismo,  
como una re-edición de las perfecciones comunes

---

## Biografías

El corolario es que respecto a cualquier ser humano, y solo respecto a ellos, son pertinentes e imprescindibles los análisis individuales y las biografías.

Escribe de nuevo Forment:

Las personas, a diferencia de los otros vivientes, tienen una vida biográficamente descriptiva de la cual merece la pena ocuparse y comprenderla. En las biografías no se determinan las características o propiedades universales de los hombres, sino que se intenta exponer la vida de un hombre individual, de una persona. Con una biografía no se pretende elaborar una antropología, ni tampoco un estudio metafísico sobre el ente personal, sino explicar la vida de una persona, en cuanto esta es algo individual y propio, es decir, narrar su vida o vida personal.

---

Respecto a cualquier ser humano, y solo respecto a ellos,  
son pertinentes e imprescindibles los análisis individuales y las biografías

---

¿Extrañará, entonces, que la obra más conocida de San Agustín —la primera que refleja de forma plena el valor de *cada* persona— adopte el estilo autobiográfico, con una maestría y una penetración que probablemente todavía no han sido superadas? En las *Confesiones*, lo que atrae la capacidad de reflexión de

Agustín de Hipona es *este* y *aquel* hombre concreto, cada uno en su propia singularidad irrepetible y con sus particulares problemas. En definitiva, y si quisiéramos resumir, es el hombre *en cuanto persona*, única e inconfundible.

Por todo ello, su filosofía se muestra tremenda y decididamente enaltecedora de la persona, justo *como persona*. No es *el* hombre genérico lo que le fascina, sino cada persona y, más en particular —parece decir—, *mi* persona, en toda la riqueza de sus matices y sus luchas y vicisitudes interiores. O, si se prefiere, el gran problema del *yo*. Por eso, dejará escrito:

Yo mismo me había convertido en un gran problema (*magna quaestio*) para mí.

Y también:

No comprendo todo lo que soy.

La persona concreta de Agustín de Hipona —no hay más persona que la particular y concreta— se transforma en protagonista de su propia filosofía. Como se ha recordado a menudo, es ella el observador y el observado.

Todo lo cual confirma una idea apuntada en el primer capítulo:

1) El que Agustín, en las *Confesiones*, hable constantemente de sí mismo, de sus padres, de su patria, de las personas a las que ama; el que saque a la luz hasta los rincones más recónditos de su alma y las tensiones más íntimas de su voluntad, es signo elocuente del giro experimentado por la especulación sobre el hombre, como consecuencia del cristianismo, a raíz del descubrimiento de su exquisita condición personal.

2) Si comparamos su actitud con la de su maestro Plotino —que se refiere de continuo al hombre *en abstracto o en general*, despoja al alma de su individualidad característica e ignora por completo el problema de la condición personal—, advertiremos hasta qué punto San Agustín ha percibido la índole propia, exquisitamente original, de la persona y el modo en que esta trasciende la categoría de mero eco o reposición de la especie.

---

Yo mismo me había convertido en un gran interrogante para mí

---

Las repercusiones de estos hechos para nuestra vida serán comentadas más tarde. Por el momento, cabría condensarlas en una sola máxima: ¡ojo con las generalizaciones, en el conocimiento y en el modo de obrar!; intentemos dar a cada gesto, a cada actuación, a cada desplante, ¡a cada expresión de cariño!, el concreto valor que esa realidad tiene en atención a las circunstancias de la persona —incomparable y única— que lo está llevando a cabo o a quienes los enderezamos.

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Al hilo de lo expuesto en este primer capítulo —y con independencia de su utilización en algunos países latinoamericanos—, te invito a que reflexiones sobre el término «gente». ¿Consideras que representa un modo adecuado de referirse al hombre? Si es así, ¿en qué casos? Y, por último, ¿qué encierra en tu opinión el empleo abusivo de este vocablo en nuestros días?

- Seguramente tendrás una mascota en casa o, por lo menos, conocerás a alguien que la tenga. En vista de la relación tan especial que a menudo se establece entre una persona y *su* animal de compañía, ¿piensas que las palabras recogidas en el punto anterior resultan exageradas? ¿Por qué o por qué no?

- ¿Has entendido suficientemente en qué sentido cabría decir que la singularidad es «la causa» de la dignidad? ¿Por qué la expresión «la causa» va encerrada entre comillas?

- El vocablo «persona» se encuentra en la misma vertiente significativa que la voz «individuo». De hecho, hablando en términos estrictamente metafísicos, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que cada hombre es un individuo. Pero, ¿qué consecuencias piensas que tiene en la vida vivida la consideración de la persona como *mero* individuo?

- ¿Has advertido que el término individuo se utiliza con frecuencia en sentido peyorativo —«¡menudo individuo está hecho ese!»—, pero no sucede lo mismo con la voz «persona»? ¿Podrías explicar la razón o razones de este hecho?

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Merece la pena pararse a reflexionar sobre un texto clave de Guardini, que en estas páginas me he limitado a reproducir. Te invito a que expliques con tus propias palabras qué quiere decir el autor con las expresiones que he transcrito en cursiva.

«"Persona" significa que en mi ser mismo no puedo, en último término, *ser poseído por ninguna otra instancia*, sino que me pertenezco a mí mismo [...].

Persona significa que no puedo ser utilizado por nadie, sino que *soy fin en mí mismo* [...]. Persona significa que yo no puedo ser habitado por ningún otro, sino que en relación conmigo estoy siempre *solo conmigo mismo*, que no puedo estar representado por nadie [recuérdese el *per se sonans* romano], sino que yo mismo estoy por mí; que no puedo ser sustituido por otro, sino que soy único».

Insisto de nuevo en que no te inquiete lo más mínimo si te parece que no eres capaz de «sacarle jugo» a estas afirmaciones. El simple hecho de pensar en ellas es una magnífica preparación para ir viendo sus consecuencias en el estudio... y en tu misma vida diaria. Y, de este modo, alcanzar también las respuestas teóricas... que a su vez alimentarán, para bien, la vida vivida (soy plenamente consciente de que me repito... y me repito con plena voluntariedad y conciencia).

- Tampoco tienen desperdicio estas afirmaciones de Schumacher, referidas, como puede advertirse, a lo que narra la Biblia cuando a David se le ocurrió hacer un censo de la población sobre la que reinaba:

«Allí aprendí una cosa. Vi entonces también que siempre ha habido, en todas las tradiciones humanas, una enorme resistencia a este asunto del contar. No sé cuántos de ustedes conocen todavía la Biblia, pero eso puede hallarse en dos de sus pasajes, en las *Crónicas* y en el *Libro de los Reyes*. El primer tipo que preparó un censo fue el rey David, y cuando lo hizo, el Señor se puso hecho una furia. Y dio a escoger a David entre tres castigos como penitencia. Y David dijo: "Sí, sí, sé que he pecado", y no discutió. Ya saben ustedes que aquellos judíos solían responder discutiendo todo con absoluta libertad. Pero David había comprendido desde el primer momento que había algo malo en tener un censo que trata a las personas como si fueran unidades. Y no lo son. Cada una de ellas es un universo» (Schumacher, Edward F., *El buen trabajo*, Debate, Madrid, 1980, pp. 183-184).

- Tremendamente interesantes son asimismo los comentarios de Oliver Sacks, conocido neurólogo, referidos a una persona que carece de memoria y está obligado, por eso, a *rehacer* en cada instante su propia identidad:

«Este frenesí puede producir potencialidades de invención y de fantasía sumamente brillantes (un auténtico genio confabulatorio) pues el paciente *debe literalmente hacerse a sí mismo (y construir su mundo) a cada instante*. Nosotros tenemos, todos y cada uno, una historia biográfica, una narración interna, cuya continuidad, cuyo sentido, *es nuestra vida*. Podría decirse que cada uno de nosotros edifica y vive una "narración" y que esta narración *es nosotros*, nuestra identidad.

Si queremos saber de un hombre, preguntamos "¿cuál es su historia, su historia real interior?"... porque cada uno de nosotros *es una biografía*, una historia. Cada uno de nosotros *es una narración singular*, que se construye, continua, inconscientemente, por, a través de y en nosotros... a través de nuestras percepciones, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones; y, en el mismo grado, nuestro discurso, nuestras narraciones habladas. Biológica, fisiológicamente, no somos distintos unos de otros; históricamente, como narraciones... somos todos únicos.

Para ser nosotros mismos hemos de *tenernos* a nosotros mismos, hemos de poseer, de re-poseer si es preciso, nuestras historias biográficas. Hemos de "recolectarnos" a nosotros mismos, recolectar el drama interior, la narración, la nuestra, la de nosotros mismos. El individuo *necesita* esa narración, una narración interior continua, para mantener su identidad» (Sacks, Oliver, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Anagrama, Barcelona, 4ª ed., 2003, p. 148).

- Concluyo con dos aplicaciones en el ámbito terapéutico, de la mano de Viktor Frankl:

«Por el contrario, quizá no resulte tan evidente el que un cambio existencial de este tipo se escapa necesariamente a todo método y a toda técnica; pero sí es cosa corriente oír ya por estas latitudes *que dentro del ámbito de la Psicoterapia lo menos eficiente es lo que esta tiene de método y de técnica*, y que lo que en realidad da el tono es *la relación médico-enfermo a nivel humano*. Acaso se trate a veces solo de "una buena persona y de un buen médico"; pero el buen médico ha de ser capaz de hacerse exigente para con el enfermo y hay sobradas ocasiones en las cuales se pone de manifiesto cómo precisamente el abandono de una postura de distanciamiento y prefijada o el *valor de intimar* favorece de manera definitiva y eficaz al paciente y solo a partir de este instante se hace este accesible a la influencia del médico. *Me da la impresión de que el sueño de medio siglo se ha revelado al fin como lo que era, un sueño, el sueño de una época que vivía de la ilusión de encontrar la mecánica de la psiquis y una técnica que*

*fuese capaz de curar sus afecciones*; en otros términos, se ha soñado con ofrecer la aclaración de la vida psicoanímica a base de mecanismos y el tratamiento de las enfermedades psicoanímicas por medio de tecnicismos» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., p. 62).

- «Esto plantea la cuestión de cómo seleccionar y determinar el tratamiento en un caso dado. Bueno, yo no me canso de afirmar que el método de elección en un caso dado se reduce a una ecuación con dos incógnitas:

$$\psi = X + Y$$

La X representa la personalidad única del paciente y la Y la igualmente única personalidad del terapeuta. En otras palabras, no todos y cada uno de los métodos son aplicables a todos y cada uno de los pacientes con el mismo éxito; no todos y cada uno de los terapeutas son capaces de emplear todos y cada uno de los métodos con el mismo éxito. En cuanto a adoptar el método al paciente, permítanme invocar como testigo al hombre que introdujo el concepto de neurastenia en psiquiatría: Beard, quien dijo una vez: "Si ha tratado usted dos casos de neurastenia de la misma forma, ha tratado usted mal al menos a uno de ellos." Acerca de cómo adecuar el método a uno mismo como terapeuta, voy a citar lo que dijo en cierta ocasión otro clásico cuando habló sobre el método que había introducido en la psiquiatría: "Esta técnica ha resultado ser el único método apropiado a mi individualidad; no me aventuro a negar que un médico completamente diferente pueda sentirse impulsado a adoptar una actitud diferente hacia sus pacientes y hacia la tarea que tiene ante sí." El hombre que dijo esto era Sigmund Freud» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., pp. 196-197).

### 3. LA SINGULARIDAD COMO IRREPETIBILIDAD: EL ÚNICO

#### El sentido de esta expresión

En perfecto acuerdo y continuidad con cuanto antecede, aunque con palabras quizás más complejas, se ha dicho que no resulta legítimo «definir al hombre como individuo de la especie *homo* (ni siquiera *homo sapiens*)». Muy al contrario, «el término "persona" se ha escogido para subrayar que el hombre no se deja encerrar en la noción "individuo de la especie", que hay en él algo más, una plenitud y una perfección de ser particulares, que no se pueden expresar más que empleando la palabra "persona"».

Son ese apogeo y excelencia peculiares los que, según vengo apuntando, *invierten* entre los hombres las relaciones individuo-especie que tienen vigencia en el caso de las realidades infrapersonales.

Me explico:

En el reino de lo infrahumano, de los animales y plantas, cada individuo no es más que un momento pasajero del persistir de su especie y, más allá todavía, un resultado efímero del disponerse de la materia: una fracción dentro del todo o, si se me permite la expresión, una suerte de «préstamo ecológico», que surge

del conjunto de la naturaleza corpórea, persiste durante algún tiempo, y vuelve a sumergirse en ella sin dejar ningún rastro *propriadamente individual*.

Como consecuencia, adquiere su significado gracias a la familia biológica de la que forma parte y, a través de ella, se encuentra sometido y subordinado al bien del universo en su conjunto, al llamado equilibrio ecológico. No solo la especie importa más que cada uno de sus ejemplares, sino que este obtiene toda su valía por servir a la totalidad en que se integra. Cosa que logra, según vengo insistiendo, en la medida en que mejor encarna los atributos propios de su especie o raza, en que es *más igual* a todos los demás, en que los *repite*.

- ◆ En tal sentido, sostiene Kierkegaard, con el lenguaje paradójico que le caracteriza:

Tienen razón los pájaros cuando atacan a picotazos, hasta la sangre, al pájaro que no es como los otros, porque aquí la especie es superior a los individuos singulares. Los pájaros son todos pájaros, ni más ni menos.

- ◆ Pero todavía resultan más significativas las palabras que añade de inmediato:

En cambio, el destino de los hombres no es ser "como los otros", sino tener cada uno su propia particularidad.

El destino de los hombres es tener cada uno su propia particularidad

## Lo que es mera «fracción» frente a lo valioso-en-sí

La cuestión podría comentarse como sigue:

Por su tenue consistencia en el ser y en el obrar, los animales, las plantas, las realidades inertes, no tienen ni aptitud ni «derecho» para destacar su individualidad, recortándola sobre el horizonte del cosmos y de la peculiaridad de la familia biológica a la que pertenecen; son propiadamente parte de su especie: fracción.

Al contrario, el hombre se despega hasta tal punto de la suya, como algo dotado de valor por sí mismo —como *persona*—, que, en un tono un tanto hiperbólico, casi podría afirmarse que:

- ◆ No existe especie humana, cuando lo que se considera en cada varón o mujer es su índole *personal*.
- ◆ O, tal vez, que entre los hombres la especie reviste un significado totalmente distinto —casi opuesto— al que posee entre los animales y las plantas.
- ◆ O, mejor todavía, porque aquí no queda ya rastro de metáfora, que esa especie —que realmente sí existe— no se configura de tal modo que el sujeto humano quede plenamente definido por su mera pertenencia a

ella, como una simple reproducción, de modo que *tanto diera uno como otro*.

Muy lejos de todo esto, en un sentido nada figurado:

- ◆ Cada persona humana, cada uno de nuestros interlocutores, trasciende su propio género.
- ◆ Y, por otra parte, ostenta un significado particular, propio y nobilísimo, al margen o con independencia de los demás exponentes de la humanidad o, en casos más precisos, del grupo o clase en que se encuentra incluido, de los intereses del colegio o de la empresa, etc.

Cosa que sintetiza Pareyson cuando afirma:

---

En el hombre, por decirlo de algún modo,  
todo individuo es único en su especie

---

## De nuevo sólo para audaces

Personalmente, y en exclusiva para metafísicos o aspirantes a serlo, estimo que la expresión filosófica de todo esto sería más o menos:

Como Tomás de Aquino parece sugerir alguna vez, no habría problema alguno —más bien al contrario— en defender que el acto de ser del universo infrapersonal es único, y lo que en el cosmos cambian son, en fin de cuentas, las formas sustanciales, que son hechas emerger de la materia para, más tarde o más temprano, sumirse de nuevo en ella.

Al contrario, el acto de ser de cada persona humana es propio de cada cual, y también por eso *ex nihilo* (de ningún modo *ex materia*); razón por la que, de nuevo con la expresión de Pascal, se sitúa a una distancia infinitamente infinita por encima del acto de ser de la totalidad del cosmos.

Por consiguiente: la diferencia entre las realidades infrahumanas deriva y acompaña al cambio de formas sustanciales (Aristóteles llegó hasta aquí, y lo hizo adecuadamente), mientras que entre las personas la distinción radica primaria y definitivamente en el muy superior y superiormente diferenciador acto de ser (Tomás de Aquino prosiguió al filósofo griego hasta este extremo y lo superó... también de forma muy correcta y propia).

---

El acto de ser del universo infrapersonal es único;  
el de cada persona, propio y exclusivo de ella

---

## Algunas de sus consecuencias

De aquí, sea dicho de paso, la conveniencia de esforzarnos por llamar a cada uno de nuestros conocidos, de nuestros amigos y familiares, por su nombre de pila, propio e irrepetible, y de ser consecuentes con esta denominación.

Como explica también Forment,

... cada persona o individuo humano es único e insustituible. Merece, por ello, ser nombrado no con un nombre que diga relación a algo genérico o específico, sino con un nombre propio, que se refiera a él mismo. Un nombre que indica su carácter individual y valioso por sí mismo. Solo las personas tienen nombre propio. Si se da también a otras realidades es por su relación directa con personas. El nombre propio se puede extender de la persona, su objeto directo, a su entorno, que tiene un nombre propio no por sí mismo, sino por estar referido a las personas [que son lo más perfecto de toda la naturaleza, lo supereminente y valioso en sí y por sí].

Con todo, siendo este un corolario no despreciable y de aplicación cotidiana, existen consecuencias de mucho mayor calado, especialmente relevantes en la sociedad actual, que, de manera no siempre explícita pero muy a menudo efectiva, tiende a homogeneizar, masificar... o como preferimos denominarlo, con tal de que seamos conscientes de que todo ello lesiona y disminuye la categoría de las personas como tales: las «des-personaliza».

De ahí la conveniencia de insistir en la necesidad de *singularizarse*, si se quiere alcanzar la plena condición personal.

Y también la de prevenir confusiones, transcribiendo unas palabras de Carlos Cardona, que muy bien podrían reemplazar, y con ventaja, a cuanto me dispongo a exponer, y que ahora utilizo para dotar a ese desarrollo de su más pleno significado.

Afirma Cardona en primer lugar que

... la verdadera singularidad de la persona humana [...] nada tiene que ver con las extravagancias y las rarezas, que no son más que disfraces que encubren un vacío de personalidad.

Agrega que se trata más bien de

... ser un hombre común, pero *personalmente y a fondo*, hasta el heroísmo, dando la vida a Dios, por los otros. [...] La verdadera singularidad humana es esta, que tiene su origen en un singular acto creador divino para cada alma, y que tiene su posibilidad en la libertad que Dios nos ha dado, precisamente como facultad de amar generosa y liberalmente: a Él mismo de modo absoluto —y como correspondencia, para la unión de amistad eterna—, y a los otros porque Dios los ama.

Y concluye:

Esta es la auténtica singularidad del hombre común, precisamente para la comunión. Esto es ser realmente persona y poner la base esencial para que pueda haber una comunidad verdaderamente humana.

---

La verdadera singularidad humana tiene su origen  
en un singular acto creador divino para cada alma,  
y su posibilidad terminal en la libertad que Dios nos ha dado

---

## Singularidad genuina

### 1) LA OBLIGACIÓN PROGRESIVA DE SER UNO MISMO

Ya apunté que, como las restantes, esta obligación deriva del deber primordial de todo ser humano de *dar de sí* cuanto le sea posible: de alcanzar su plenitud o cumplimiento.

Ahora me gustaría mostrar que tal perfeccionamiento es paralelo al incremento de singularización de cada persona. O, con palabras más sencillas, que nadie puede mejorar sino siendo cada vez más quien es y está llamado a ser, radicalmente diverso de cualquier otro.

En cierto modo, se trata de una doctrina reconocida al menos desde Platón. Ya este filósofo vio muy claro que para ser aquel que somos hemos de no-ser, de dejar-de-ser, absolutamente todo lo demás: para ser este varón particular que soy, no puedo ser ni mujer, ni animal, ni planta... ni cualquier otro varón de los que pueblan el universo.

---

Nadie puede mejorar sino siendo cada vez más quien es y está llamado a ser,  
radicalmente diverso de cualquier otro

---

Y si esto es ya así en el inicio de nuestra vida —y tiene una manifestación muy clara en la dotación genética propia y exclusiva—, se va agudizando con el avanzar de la misma.

Entre otros motivos porque:

- ◆ A partir de lo que nos ofrece la naturaleza y la educación que vamos recibiendo, y en estrecha y recíproca interconexión con todo ello, nuestro peculiar modo de ser, conocido a menudo como *personalidad*, lo vamos forjando principalmente a través de elecciones, que nos marcan o conforman con más o menos intensidad.
- ◆ Pero tales elecciones suelen realizarse por lo común optando por alguno de los componentes de un conjunto de alternativas, y dejando fuera los restantes.
- ◆ Por consiguiente, esa cadena de opciones configura una manera de ser continuamente más perfilada y única, puesto que el abanico de posibilidades decrece en cierto modo y se particulariza con cada nueva decisión.
- ◆ Y todo ello nos perfecciona en la medida en que más se adecue a las aptitudes, cualidades, etc. con que en cada instante vamos contando: dando siempre lo mejor *de nosotros mismos* y no intentando imitar a ningún otro.

Desde tal perspectiva, vienen muy a cuento las palabras que Unamuno dirigía a un escritor novel, que le había escrito en son de queja porque el éxito de sus

obras le parecía muy escaso *en comparación con* el que cosechaban otros en su opinión peor dotados. Don Miguel le contestó:

No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia pon todo tu empeño.

«Ni igual...». Se trata de una puntualización de enorme relevancia, tomada con toda probabilidad de su principal inspirador, Søren Kierkegaard, que afirmaba de modo aún más tajante:

Ser completamente “como los otros” parece una forma de confianza hacia los otros, y como tal se proclama y se alaba naturalmente también en el mundo [...]. No, querer ser del todo como los otros es una vileza deshonesta, grandiosa, precisamente hacia los otros. Por eso la pena ha venido también sobre el género humano: que estos millones viven todos, hasta el último, hacinados en una barraca, porque cada uno es la copia perfecta del otro. De ahí su angustia e indecisión y desconfianza, cuando se trata de comprometer la vida.

---

No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera

---

## 2) LA RAZÓN DE ESE DEBER

Lo que acabo de transcribir reclama, al menos, un breve comentario. ¿Por qué, en el decir de Kierkegaard, al pretender ser «como los otros» cometemos «una vileza deshonesta, grandiosa... *precisamente contra los otros*»?

Se entenderá sin excesiva dificultad a la luz de lo que ya he insinuado y más tarde desarrollaré:

- ◆ Si el destino de toda persona —«principio y término de amor», la califico a menudo— es justo el de darse a los demás, para ennoblecerlos y hacerlos felices...
- ◆ Si la aptitud para lograr ese objetivo resulta directamente proporcional a la riqueza que cada cual aporte con su entrega...
- ◆ Si semejante patrimonio se consigue mediante un proceso de mejora que por fuerza conduce a ser cada vez más uno mismo, distinto e irremplazable, señorero...

Parece claro que:

- ◆ El no buscar esa singularidad, no por el prurito de ser originales, sino por auténtico afán de servicio, por amor
- ◆ Incapacita de raíz para cumplir la propia misión como persona, en los múltiples campos en que cada quien está llamado a hacerlo.

---

No esforzarse por ser uno mismo, con todas sus consecuencias, incapacita para desempeñar la misión que a cada cual corresponde en la vida

---

## En lo que atañe al conocimiento

Aunque no es el momento de desarrollarlo, conviene al menos señalar que el fin de todo conocer se encuentra constituido por la verdad, por la realidad tal como es, hasta el punto de que un conocimiento no verdadero no es un verdadero conocimiento: *no* es conocimiento, sin más.

Pero la búsqueda de la verdad, sobre todo de aquellas que afectan más directamente a la vida vivida —propia o ajena, individual o social— supone un esfuerzo de penetración e interiorización... y de compromiso estrictamente *personales*.

Conforme vamos madurando, no basta con repetir lo que se nos dice: ni en la familia, ni en los centros educativos de uno u otro nivel, ni en la pandilla de amigos, ni en los libros ni mucho menos, tal vez, en los medios de comunicación.

Si uno no se esfuerza por contrastar todo ello con el universo que lo circunda, si no se empeña en «mantener el oído atento al ser de las cosas», como repetía Heráclito, en poner en juego sus más hondas capacidades cognoscitivas, jamás logrará descubrir lo que la realidad es, comportarse de acuerdo con las verdades así adquiridas, y ponerlas al servicio de los otros. En semejante quehacer somos insustituibles.

Lo sostiene Spaemann, como ya leímos, con expresiones que probablemente resulten todavía un tanto complicadas:

No podemos separar claramente nuestra realidad, tal como nos la representamos, de la realidad que somos. Por eso es asimismo inútil querer distinguir una realidad en sí de nuestra interpretación de ella. Cualquier distinción de ese tipo que hagamos lleva a una nueva interpretación. La verdad es que las cosas suceden al revés: cuanto más pobres, impersonales y abstractos sean los esquemas de nuestra interpretación del mundo, tanto menos nos manifiestan lo que es. Un procedimiento psicológico neutral controlable intersubjetivamente, en el que se separan todos los factores subjetivos del director del ensayo, nos proporciona, sin duda, resultados exactos, pero declaran poco sobre lo que el hombre es realmente. La personalidad de un hombre se revela, en toda su profundidad y riqueza, exclusivamente al que invierte algo de sí mismo en la experiencia. No la más impersonal, sino la más personal, es la percepción que más nos revela lo que la realidad es en sí. Uno de los prejuicios, todavía no superados, del pensamiento moderno es creer que algo es tanto más objetivo cuanto menos subjetivo es.

---

La búsqueda de la verdad supone un esfuerzo  
de penetración, interiorización y compromiso estrictamente personales

---

Ahora bien, nuestra sociedad, tan pretendidamente crítica, no parece favorecer esa labor de apropiación de la verdad, esa reflexión serena y reposada que —provisionalmente y no por desconfianza, sino por prudencia y auténtico anhelo de saber— pone entre paréntesis lo que ha oído o leído, con el único fin de recuperarlo como propio o rechazarlo por falso.

Muy al contrario, me atrevo a afirmar que, por diversos motivos, la civilización actual más bien dificulta esa tarea.

Y que lo hace no solo en cuanto el ritmo que a menudo impone torna casi imposible el *pararse a pensar*: aquel reposo activo imprescindible para encontrar el sentido de lo que hacemos; sino, sobre todo, porque estigmatiza y silencia («no existen», se suele decir) a quienes no opinen como los otros, a quienes se sitúen al margen de lo «políticamente correcto».

Lo cual repercute tremendamente en cada uno de sus miembros. El propio Kierkegaard afirmaba que lo más difícil de soportar por un ser humano es la soledad, y que no existe soledad mayor y más dura que la de aislarse conscientemente del resto —de todo el mundo, si fuere necesario— para defender una verdad que los demás repudian.

- ◆ Por eso hoy son pocos quienes tienen el suficiente valor para actuar contracorriente y mantener la verdad con riesgo incluso de la propia existencia: la audacia de *ser ellos mismos*, de *singularizarse* en los dominios del conocimiento.
- ◆ Y por idéntica razón resultan tan escasos los que realmente aportan a nuestro mundo unos criterios propios, que en efecto enriquezcan a quienes los rodean y, en fin de cuentas, ayuden a orientarse al conjunto de la humanidad.

Todo esto queda de manifiesto en unas palabras de Caldera que no me resisto a citar, también porque enlazan lo que acabo de sugerir con el núcleo del entero estudio —la persona y su insigne valía—, al tiempo que lo completan:

Aquí radica [...] la dignidad de la persona [...]. Abierto a la consideración de la verdad, conforme a la cual decide, su actuar trasciende las determinaciones de la materia: no se rige por determinismos [es libre]. Más aún, trasciende la sociedad, en el sentido de no tomar como regla última la presión del grupo o la convención social, sino la voz de la conciencia [es *más* libre]. Sócrates mostró en Atenas que el consenso de la multitud no podía decidir de la verdad del hombre. Al contrario, que esa verdad era una suerte de regla trascendente a la cual debía sujetarse toda decisión personal o de la ciudad. De ese modo, atestiguó con su muerte por la verdad de la conciencia *la irreducible grandeza del ser humano, ante la cual toda fuerza queda en definitiva impotente*.

Se trata de uno de los muchos posibles sentidos del conocido adagio: «la verdad os hará libres». En este caso, cuando una persona tiene como aspiración y guía el conocimiento de la verdad, de la realidad como es en sí, *se libera* de sus propios prejuicios, de las opiniones mayoritarias e infundadas, de la presión social, de lo políticamente correcto...

De ahí que Caldera añada, todavía con referencia a Sócrates:

Al propio tiempo, mostró los extremos a los que puede llegarse si no se reconoce una verdad de lo humano y de su bien, como ha venido ocurriendo en este siglo nuestro [el XX], siglo de totalitarismos y de irrespeto al valor de la vida. *Al margen de la verdad del bien, puede hacerse lo que se quiera con un ser humano*».

A lo que cabría agregar el juicio de Pasqua:

... el rechazo de la reflexión engendra la condición de masa y contribuye a la victoria del «se», «se dice que», «se piensa que»..., es decir, a la victoria de lo impersonal, de lo inauténtico. Pero el anonimato no hace la historia. La masa se eleva como una pompa de jabón y después explota en el vacío sin dejar rastro. El hombre real, sin embargo, se esfuerza por encontrar el sentido de las cosas a través del ejercicio de su inteligencia, facultad que aprehende el ser.

Con otras palabras, la exclusión de la posibilidad de conocer la verdad anula la libertad de las personas, las deja indefensas ante quienes detentan el poder de una manera que por fuerza resulta arbitraria, puesto que no tiene una referencia clara, un punto de sustentación, en el ser de cada realidad y en el comportamiento que ese ser reclama.

Pienso que, en lo que atañe a este epígrafe, la conclusión es patente y concuerda con la afirmación de Kierkegaard:

---

El no singularizarse a la hora de encontrar, comunicar y defender la verdad puede considerarse, muy particularmente en nuestra civilización, una vileza deshonesta... justo hacia los otros

---

## En los dominios del amor

Tal vez en esta esfera resulte aún más patente que si no pongo ahínco en crecer y en ser a fondo el que soy, que si me dejo llevar por el impulso gregario de asimilarme a los demás, de no distinguirme en lo que en mí existe de más hondo e inestimable, no dispondré de nada de valor —de nada, cabría decir, sin más añadidos— con lo que enriquecerlos. Todo lo que pudiera ofrecerles ellos ya lo poseen.

Existe, por tanto, la estricta obligación de desplegar todas mis virtualidades, el conjunto de perfecciones que me caracterizan (es evidente que los defectos de más o menos calado deben considerarse más bien como lagunas o carencias, como no-ser, y que, en relación con ellos lo justo no es promoverlos, sino intentar hacerlos desaparecer... ¡tras haberlos aceptado como son!).

Para los componentes de un matrimonio, la consecuencia no podría ser más neta: por amor al otro, tengo obligación de mantener e incrementar mi propia individualidad positiva, lo mismo que de fomentar la de mi cónyuge (en la práctica, cabría invertir el orden: apoyar la singularidad del cónyuge y hacer crecer simultáneamente la propia).

Esta vez es un sociólogo quien lo expone:

El enamoramiento tiende a la fusión de dos personas distintas, que conservan la propia libertad y la propia inconfundible especificidad. Queremos ser amados en cuanto seres únicos, extraordinarios e insustituibles. En el amor no debemos limitarnos, sino expandirnos, no debemos renunciar a nuestra esencia, sino realizarla; no debemos mutilar nues-

tras posibilidades, sino llevarlas a término. También la persona amada nos interesa porque es absolutamente distinta, incomparable. Y así debe permanecer, resplandeciente y soberanamente libre. Nosotros estamos fascinados por lo que ella es, por todo lo que ella nos revela de sí.

Pero la cuestión reviste una relevancia suma también cuando se atiende a otro punto, al que alude Kierkegaard hacia el final del texto que antes cité: el *compromiso*.

Se afirma a menudo que, hoy en día, bastantes personas han perdido la capacidad de comprometerse, con todas las consecuencias que eso lleva consigo. Y pienso que se trata de una opinión fundamentada, que responde a causas muy diversas. Pero ahora me gustaría esbozar tan solo hasta qué extremo semejante carencia enlaza estrechamente con el afán de ser «como los demás».

He explicado más de una vez que el núcleo del amor estriba en confirmar en el ser a la persona amada, en decirle con la vida entera: «¡es maravilloso que *tú* existas!».

Y con frecuencia añado que semejante corroboración se continúa en otros dos momentos: la búsqueda de la plenitud de la persona querida y la entrega de *uno mismo*. Quien ama no solo anhela que el ser querido viva, sino también que alcance *su* perfección; y se pone sin reservas a su servicio para que crezca y mejore de continuo.

La inicial aprobación no basta: no hay verdadero amor si no se procura eficazmente la plenitud de la persona querida mediante la ofrenda *del propio ser*. Pero, como vengo insinuando, esa donación personal resulta imposible o vana cuando triunfa el ideal igualitario del «como los otros»; se desvanece entonces la posibilidad de llegar a ser «uno mismo»: un sujeto dotado de caracteres exclusivos, y apto por eso para ofrecer a los demás algo efectivamente distinto de lo que ellos ya poseen.

Y aquí es donde surge o se refuerza la incapacidad para el compromiso, que se presenta como absurdo. Pues si todos somos iguales, ¿qué es lo que podría aportar yo al enriquecimiento ajeno?; y, entonces, ¿para qué comprometerme, si lo que yo puedo dar también puede ofrecerlo, con idéntica eficacia, cualquier otra persona?

---

Sin singularidad, la entrega —culminación del amor—  
pierde todo su contenido y significado

---

Es decir, solo siendo a fondo yo mismo podré (advertir la necesidad de) contribuir con algo decisivamente real, y realmente valioso, a la convivencia humana: con algo que, aun cuando no gozara de mucho valor, ningún otro podría ofrecer en mi lugar.

No es difícil entrever, entonces, que la clave y razón de la singularidad es el amor. Tal como lo entiendo, somos irrepetibles —y cada uno ha de proseguir esa tarea de perfeccionamiento singularizador— para transformarse en don, en dádiva: para amar y, al hacerlo, ennoblecer de veras a aquellos a quienes queremos.

De todo lo cual se infiere hasta qué punto la *singularidad* es constitutiva de la persona y reafirma, e incluso *constituye*, su dignidad o grandeza.

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿Estás de acuerdo con que es ilegítimo «definir al hombre como individuo de la especie *homo* (ni siquiera *homo sapiens*)»? Si tu respuesta es afirmativa, explica el porqué. ¿No es efectivamente la inteligencia (*sapiens*) lo más propio de la naturaleza humana? ¿Entonces? Razona (¡*sapiens!*) tu contestación.

- ¿Consideras haber entendido lo que pretendo expresar al decir que no existe especie humana? ¿Estás de acuerdo? Sobre la teoría de la evolución hablaremos en la asignatura de Sexualidad, pero, al hilo de lo dicho en estas páginas, conviene reflexionar sobre alguno de sus puntos: ¿piensas que el origen de la *persona* queda suficientemente explicado en esa teoría?

Responde y razona tu respuesta sin miedo a equivocarte o a exponer opiniones *extravagantes*, porque es algo que irá quedando más claro conforme avancemos en la exposición.

- Con lo estudiado hasta el momento, ¿serías capaz de explicar el papel de la educación en la singularización de la persona?

- Según Kierkegaard, «el destino de los hombres no es ser “como los otros”, sino tener cada uno su propia particularidad». ¿Podrías explicar con tus propias palabras qué sentido tiene en esta frase el término «destino» y en qué difiere de su sentido más usual? ¿Por qué habla Kierkegaard de «destino», en lugar de sostener, sin más, que cada hombre tiene por naturaleza su propia particularidad?

- Pareyson afirma que «en el hombre, por decirlo de algún modo, todo individuo es único en su especie». Pero, según los teólogos cristianos, ¿no es el ángel el verdaderamente único en su especie? Por favor, matiza cuanto te sea posible la afirmación de Pareyson, de modo que queden claras las diferencias entre el hombre y lo que también los filósofos que razonaban al margen de la fe llamaban «sustancias separadas».

- En muchos de los debates televisivos, se busca por encima de todo la controversia. En este sentido, se trata de marcar distancias insondables, de adoptar posturas radicalmente contrarias a las del *oponente* (lo que, en tiempos menos combativos, se llamaba *contertulio*). ¿Piensas que es una buena manera de singularizarse en los dominios del conocimiento? ¿Por qué?

Como no se trata de una respuesta simple, procura ir al fondo de la cuestión... sin preocuparte si adviertes que, como a todos, te queda mucho por aprender.

- Del compromiso hablaremos despacio en el capítulo siguiente. Sin embargo, conviene ir planteándose algunas cuestiones que nos ayudarán a enlazar los distintos temas. Hay muchas personas que rechazan el compromiso, especialmente el matrimonial,

por considerar que llevaría consigo una disminución de la libertad propia y, por tanto, de dignidad-singularidad. A estas alturas de tu lectura, ¿qué les dirías?

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Una vez más, algunos textos para la reflexión, no necesariamente fáciles:

«Las personas forman un espacio como entidades abstractas de ese tipo. Las personas no tienen el ser personal en común como los hombres tienen el ser hombres. "Persona" no es un rasgo de la esencia, sino que designa a un *individuum vagum*, es decir, la respectiva singularidad de una vida individual. "Persona" es, como "ser", un concepto análogo. Las personas se llaman "personas" como los miembros de la familia llevan los mismos apellidos. Para cada uno de ellos el mismo apellido significa algo distinto: para el padre, la madre, la hija, el hijo, el hermano. No quedan incluidos en el mismo nombre como en un concepto general, que es indiferente a las diferencias de los sujetos que engloba. El apellido, siendo el mismo, asigna a cada uno de los que lo lleva un lugar determinado dentro de la estructura familiar. Por eso cada persona tiene para siempre su propio lugar, definido por ella, en la comunidad de personas. Solo hay personas juntamente con su lugar, y el lugar lo hay por ellas. No se trata, pues, de un espacio vacío —newtoniano— cuyos lugares son indiferentes al objeto que los ocupa. En el espacio al que nos referimos no hay espacios vacíos, y por tanto no hay "personas posibles". Las personas no pertenecen a un ámbito de "esencias" que pueden existir o no existir. No hay "idea" de persona. Solo hay personas reales. El hombre con el que yo estaba en sueños sigue siendo tras el sueño lo que era, a saber, un hombre. Pero, tal como se manifestaba, no era una persona» (Spaemann, Robert, *Personas*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 82).

- Y este otro, que matiza afirmaciones sostenidas en el texto y enlaza con la *gradación* de la singularidad:

«La vida personal conscientemente vivida es el paradigma de vida. Solo podemos entender lo que es la vida no personal por analogía con la vida personal, es decir, por substracción.

También de los seres no personales se puede decir que no son simples casos de un concepto. Tampoco ellos son "meros casos de...". En los seres vivos el estatuto de caso es reemplazado por la relación de ascendencia, dentro de la cual ocupan un lugar determinado. El estatuto de caso, de ser "mero caso de...", solo conviene, en sentido estricto, a las cosas inanimadas» (Spaemann, Robert, *Personas*, Eunsa, Pamplona 2000, pp. 82-83).

- En un contexto muy distinto, pero también pertinente para lo que acabamos de estudiar:

«En mi experiencia como profesor he aprendido que cuando compartimos conocimiento, expandimos conocimiento. No se trata solo de que lo que nosotros sabíamos ahora lo sepan doscientas o trescientas personas más, ocurren muchas más cosas. El alumno con el que comparto mi conocimiento está escuchando y procesando ese conocimiento desde la perspectiva de una serie de creencias y experiencias distintas hasta cierto punto de las mías. La interacción entre ese conocimiento recién compartido y el conocimiento previo de estas treinta o trescientas personas crea un discernimiento que genera conocimiento nuevo, distinto del que yo he comunicado, un conocimiento que

ni siquiera yo poseía. Esa es una de las razones de por qué en una buena clase el profesor puede aprender de sus alumnos tanto como estos aprenden de él» (Morris, Tom, *Si Aristóteles dirigiera la General Motors*, Planeta, Barcelona, 2005, pp. 54-55).

- Y en el tercer ámbito que hemos considerado:

«El amor es el único camino para arribar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie es conocedor de la esencia de otro ser humano *si* no lo ama. Por el acto espiritual del amor se es capaz de contemplar los rasgos y trazos esenciales de la persona amada; hasta contemplar también lo que aún es potencialidad, lo que aún está por desvelarse y por mostrarse. Todavía hay más: mediante el amor, la persona que ama posibilita al amado la actualización de sus potencialidades ocultas. El que ama ve más allá y le urge al otro a consumir sus inadvertidas capacidades personales» (Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 2004, p. 134).

## 4. ATENTADOS CONTRA LA SINGULARIDAD DE LA PERSONA

Tal vez en otras circunstancias lo que me apresto a comentar estaría un tanto de sobra, a tenor de las dimensiones del presente escrito. Sin embargo, la civilización actual inclina de tal modo hacia la homogenización despersonalizante, y semejante masificación es tan contraria a la excelencia y el desarrollo de la persona, la sitúa tan cerca del obrar éticamente inadecuado, que si omitiera una mínima referencia a los atentados más comunes contra la singularidad merecería que se me calificara de *irresponsable*.

### La reducción de la persona a simple función

Como norma general, cabe sostener que uno de los modos hoy más frecuentes de lesionar la singularidad de la persona consiste en considerarla y tratarla como simple función.

O, con palabras relativamente análogas, en no apreciarla por lo que es, sino solo por su utilidad: por la capacidad de desempeñar ciertas tareas o generar determinados beneficios, del tipo que fueren.

Que es a lo que nos referimos de ordinario cuando hablamos de utilización o instrumentalización de las personas.

No obstante, situaciones de este tipo se repiten con frecuencia ante nuestra vista, y tantas veces ni siquiera las vislumbramos.

---

Uno de los modos más frecuentes de lesionar la singularidad de la persona  
consiste en considerarla y tratarla como simple función

---

Por eso, con plena conciencia de acercarme un tanto a la caricatura, y sin ninguna pretensión de agotar el tema, sino refiriéndome tan solo a dos de los ámbitos más significativos y en los que menos se esperaría esta despersonalización, me atrevo a preguntar:

En el modo como de hecho se concibe y vive hoy la educación, y en las instituciones y procedimientos en que esa concepción fragua, ¿se persigue de veras el desarrollo de la persona, de alguien cuya riqueza deriva de (la grandeza originada por) su carácter único e irrepetible? Al término del proceso educativo, ¿nos encontramos con un sujeto más singular, que ha desplegado en la dirección y sentido correctos el entero conjunto de virtualidades incluidas en su ser desde el momento mismo en que fue engendrado? ¿Estamos ante alguien consciente de su nobleza casi infinita y del papel irrepetible y fascinante que, justo en virtud de su desarrollo particular como persona, le corresponde desempeñar entre los demás hombres? ¿O nos topamos más bien con el experto (aunque sea en humanidades), definido exhaustivamente por la *tarea* que va a ejercer en el futuro y formado *casi* tan solo para poder realizarla igual o mejor *que los demás*?

- ◆ Mucho me temo que esto último resulte demasiado frecuente. Que, en lugar de abrir al niño y al joven —de la manera que *a cada cual* le es propia— a la verdad, a la bondad y a la belleza, durante diez, quince o veinte años hayamos contribuido a agostarlo como *persona*, a sacar a la luz tan solo al especialista, sustituyendo la riqueza virtualmente ilimitada de su singularidad personal por la estrecha capacidad de ejercer una mera *función*, que el resultado de nuestra labor educativa sea un mero *faber* o *laborans*, un trabajador, sin alma ni peso específico individuales: casi, casi, sin humanidad.
- ◆ Y es que a menudo, de manera inconsciente, andamos tras la pieza que encaje con menos fricciones en el interior de un sistema laboral y económico, capaz de asegurar al conjunto el máximo de comodidades, de un bienestar a veces infrahumano, que se tiene como fin a sí mismo.

Pero lo peor llega, en demasiadas ocasiones, cuando el ejercicio de la profesión consolida la labor despersonalizadora a que acabo de aludir; cuando el joven pasa a formar parte del engranaje de una maquinaria supeditada, no al crecimiento personal de cada ser humano a través de su profesión, sino simple y llanamente a la economía: a una economía cuyo gran ausente es justo la persona. Veamos si ocurre así.

- ◆ Un sistema de producción donde los valores personales fueran prioritarios desembocaría en la creación de bienes auténticos, capaces de colmar una necesidad real o incrementar la categoría personal y única de quienes los disfrutan.

Mas en buena medida el economicismo occidental contemporáneo —a través de mecanismos que incitan precisamente a ser o tener lo mismo *que los demás* o, de lo contrario, a sentirse frustrados— se fundamenta en la homogénea creación de necesidades superfluas, casi siempre materiales, que convierten a los individuos en meros consumidores e inducen a realizar un trabajo sin sentido, que no arroja como saldo más beneficio que el financiero.

- ◆ Y de esta suerte el círculo se cierra. Porque un trabajo cuya única justificación sean las ganancias, y no un bien real que perfeccione a sus destinatarios, es, en fin de cuentas, un trabajo *sin justificar*, incapaz de engrandecer la fibra personal de quien lo lleva a término.

Una labor de este tipo, en lugar de contribuir al desarrollo *personal* y a la *singularidad* del trabajador, lo subordina a un *impersonal* imperio del dinero, en el que también quedan subsumidos quienes consumen los productos de semejantes tareas. Como consecuencia, la persona enriquecidamente individual se esfuma, sumergida sin reservas en una realidad uniforme e inhumana: en el monstruo anónimo de un mercantilismo desquiciado... para el que todo es instrumento (no olvidemos que el dinero es el instrumento de los instrumentos).

---

La educación y el trabajo contemporáneos  
tienden a la masificación de las personas

---

### El totalitarismo de «la moda».

Se trata de una cuestión tan obvia que voy a limitarme a hacer una observación y poner un ejemplo.

- ◆ En primer lugar, con fuerza inusitada en el mundo de hoy, la moda no se limita a determinar los hábitos exteriores: el modo de vestir, de peinarse, los lugares de recreo, los férreos e inalterables itinerarios de «la movida» o «el botellón», como se denomina en España a las salidas nocturnas masivas de fin de semana...; sino que influye poderosamente en lo que más caracteriza a la persona: la manera de *pensar* o de no hacerlo, el modo como concibe y vive o vive el *amor*, en fin de cuentas, por la universalidad de su influjo, hasta la misma *identidad* «personal».

Como simple ilustración, valgan estas palabras de un pensador italiano:

No se puede dejar de ser, en cierto modo, filósofos: hay que escoger, más bien, entre serlo dejándose dominar de las "filosofías" implícitas en los mensajes de los *mass-media* y en las modas culturales de la sociedad en que vivimos, o bien elaborando una propia y responsable visión de la realidad.

Y, de manera acaso más drástica, escribe E. L. Dale:

Cuando la mente de los jóvenes no está influida o solicitada por los padres y por los docentes, los jóvenes se dirigen a un mundo que sí los solicita, que es el comercial. Las vivencias se canalizan comercialmente, la expresión de la personalidad se da a través de artículos comprados, música, películas, moda y cosméticos, y estos mecanismos de mercado dan un sentimiento de identidad. El joven aprende a ver la identidad como una identidad de consumo: por ejemplo, se ve a sí mismo como una persona que compra música de cierto artista, luce las pulseras o collares que ahora se llevan, exhibe las «marcas» que en cada época se imponen...

- ◆ Después, en correspondencia con lo anterior, transcribo algunos párrafos de un artículo sin desperdicio, que leí no hace demasiado tiempo en una revista mexicana.

Escribe María del Carmen Cárdenas:

Ahora tenemos en todos los estratos sociales el gravísimo problema de jóvenes anoréxico-bulímicos. Incluso hay muertes por estas enfermedades y, por desgracia, la sociedad, padres de familia y maestros no estamos lo suficientemente informados sobre el tema.

¿Nos hemos preguntado quién o qué está detrás de esas figuras "perfectas"? ¿Hemos observado bien a las modelos de los grandes diseñadores? ¿Quiénes son estas personas, mujeres diseñando para mujeres u hombres vistiendo mujeres?

Las modelos, a fuerza de ejercicio y control estricto de alimentación, han perdido los "encantos" característicos del "bello sexo". Hoy día, ser aceptada socialmente y cumplir los cánones del éxito implica someterse a la imagen anoréxico-bulímica, en vez de dejar que la naturaleza muestre el esplendor y diversidad de la belleza de cada mujer.

Si Dios nos hizo únicos e irremplazables, y en ello radica la dignidad del ser humano, ¿por qué renunciar a la divina creatividad tratando de hacernos todos iguales?

Cualquier comentario estaría de más. La cadena de evocaciones surge por sí sola.

---

Si Dios nos creó únicos e irremplazables, ¿por qué renunciar a la divina creatividad tratando de hacernos todos iguales?

---

## La competitividad extrema

Si no me equivoco, es solo la punta del iceberg de algo que ha adquirido proporciones inadmisibles en los últimos tiempos: medir la propia valía en función de los demás, comparándonos con ellos.

¿Resulta en realidad tan grave? Estimo que la respuesta es afirmativa e intentaré apuntar los motivos.

Si en páginas anteriores he fundamentado la dignidad de la persona en la eminencia de su ser, que le permite reposar en sí, sin depender del resto, ¿no lesionamos esa grandeza en la medida en que nuestra valía resulte definida por lo que son o hacen los demás?

Y esto sucede de dos modos, aparentemente contrapuestos, pero que responden, en fin de cuentas, a una exigencia única:

- ◆ Al primero me he referido abundantemente en el apartado anterior. Se trata de la tendencia a no distinguirse, a equipararse a los otros. Inclinación perfectamente tolerable si se mantiene dentro de ciertos límites, pero en extremo dañina cuando se desorbita.

Según expone Kierkegaard, resaltando él mismo las palabras en cursiva:

*Vivir comparativamente* es la ley para la existencia del "número". Por ahí se ve también que el número es el principio sofisticado [engañoso], algo que inunda y que, visto de cerca, se disuelve en nada. No pasarlo menos bien que los otros: es la fórmula para ser felices. Si esta existencia de todos no es más que miseria o si es realmente una existencia preciosa, es un problema que no interesa nada al número: ¡basta vivir "como los otros"!

- ◆ El segundo es el objeto de este breve párrafo. El intento de ser mejor que los demás y de serlo absolutamente, en todos los ámbitos, resulta al menos tan peligroso como el de asimilarse por completo o distinguirse radicalmente *de ellos*.

En ninguno de los casos demuestro la categoría necesaria para *descansar en mí*, sino que *me subordino a los otros*, aunque fuere para superarlos o marcar las diferencias con respecto *a ellos*.

Está bastante comprobado que las dos manifestaciones de este mismo estímulo son fuente generalizada de malestar, frustraciones, infelicidad, e incluso desesperaciones con consecuencias trágicas.

Y no es difícil de comprender. Un atentado tan directo contra el núcleo mismo de nuestra condición personal, que no es otro que la autonomía rectamente entendida, ¿no tendrá efectos devastadores también en el plano psíquico?

La clave de todo el asunto podrían darla estas palabras de Kierkegaard:

¿En qué radica la pequeñez? En la relación a "los demás". Y ¿en qué consiste la preocupación de la pequeñez? En existir exclusivamente para los demás, en no saber nada fuera de la relación a los demás.

Alejandro Llano lo expresa de forma más coloquial:

Lo que desata las tensiones en la sociedad actual es el planteamiento comparativo de los valores. No se trata de ser competente, sino de ser competitivo. No basta con ser rico: tengo que serlo más que mi cuñado. Lo importante no es escribir un buen libro, lo importante es que se venda más que el anterior. Tengo prestigio, sí, pero todavía no el suficiente. Mi carrera profesional es bastante brillante, pero aún me falta mucho para llegar a la cima.

Hay pocas maneras más eficaces de amargarse la vida que la de adoptar como lema el *más alto, más rápido, más fuerte*.

A lo mismo apunta la cita que sigue, ahora de un autor contemporáneo:

En nuestra vida social sufrimos frecuentemente la tensión constante de responder a lo que los demás esperan de nosotros (o a lo que nos imaginamos que esperan de nosotros), lo cual puede acabar resultando agotador. [...] nunca hemos estado más culpabilizados que hoy en día: todas las jovencitas se sienten más o menos culpables de no ser tan atractivas como la última "top-model" del momento, y los hombres de no tener tanto éxito como el dueño de Microsoft...

Y añade, elevándolo a un plano sobrenatural fácilmente traducible también en términos humanos:

Bajo la mirada de Dios [o de una persona que verdaderamente nos ame, como nuestro marido o mujer] nos sentimos liberados del apremio de ser "los mejores", los perpetuos "ganadores"; y podemos vivir con el ánimo tranquilo, sin hacer continuos esfuerzos por mostrarnos como en nuestro mejor día, ni gastar increíbles energías en aparentar lo que no somos; podemos *sencillamente* ser como somos. No existe mejor técnica de relajación que esta: apoyarnos como niños pequeños en la ternura de un Padre que nos quiere como somos.

Lo cual nos permite fácilmente proseguir con las consideraciones positivas.

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿Has entendido suficientemente por qué sostengo que la moda es un totalitarismo? ¿Estás de acuerdo con la utilización del término «totalitarismo» para referirse a ella? Si es así, expón otras formas de dominio totalitario e intenta descubrir lo que la moda tiene en común con ellos.

- La competitividad extrema supone un atentado a la singularidad de la persona. Pero, ¿qué sucede con la competitividad moderada? ¿Piensas que es igualmente dañina o, por el contrario, puede ser conveniente para el desarrollo personal? Razona tu respuesta y establece, si lo ves necesario, las distinciones y condiciones que inclinarían la balanza en un sentido o su opuesto.

- Aunque probablemente hablemos de ello más tarde, a tu entender, ¿cuál es el único «modelo» con el que le es lícito compararse a cualquier persona? (aclaro que estoy refiriéndome al ámbito natural).

- Uno de los modos actuales más frecuentes de lesionar la singularidad de la persona consiste en considerarla y tratarla como simple función.

Te invito a que reflexiones unos minutos sobre un caso muy concreto. En las cadenas de producción, a cada trabajador se le asigna una tarea determinada y muy circunscrita en el conjunto del proceso, que ha de repetir una y otra vez a lo largo de su entera jornada laboral. Los trabajadores van rotando y cambiando de puesto cada cierto tiempo, siendo sustituidos unos por otros, sin que esto suponga alteración del proceso productivo. En realidad, a veces incluso desconocen el producto final que resulta de su tarea.

¿Supone este trabajo en sí mismo una instrumentalización de la persona o semejante modo de actuar depende (también) de otros factores? Razona tu respuesta y establece las distinciones que estimes imprescindibles.

- ¿Puede la especialización, bien entendida y vivida, contribuir al crecimiento personal o, por el contrario, lleva *siempre* consigo una paulatina despersonalización? Justifica tu respuesta, sea cual fuere.

En el caso de que estimes que no siempre la especialización despersonaliza, ¿cuál sería el antídoto necesario para evitar ese efecto devastador?

- ¿Has entendido suficientemente qué tienen en común la moda y la competitividad extrema? ¿Podrías explicarlo con tus propias palabras y añadir otros ejemplos o casos no considerados en el texto?

- Habitualmente entendemos la subordinación como un *estar a las órdenes de o sometido a*. ¿Crees acertado hablar de subordinación en el caso de la competitividad extrema? ¿Por qué? ¿A quién, quiénes o qué se subordinarían los «competitivos por excelencia»?

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- El primer texto es de un Catedrático de Pedagogía, especialista en educación:

«Resulta comprensible que se busque una cierta uniformidad en el quehacer educativo, sobre todo en lo que se refiere a sus resultados, y máximamente cuando se adopta un modelo humano ideal como concreción de la finalidad pedagógica y guía para la acción formativa. Entonces la pretensión educativa se cifra en el ajuste de las individuales a dicho patrón o modelo; este puede ser excelente... pero no amoldarse al desarrollo concreto de las personalidades singulares de los aprendices. Sobreviene así, la desesperanza por la escasez y debilidad de los resultados, y con ella se genera la desconfianza en el educador, que afecta peyorativamente a la confianza que se pretende suscitar en el educando tanto en el alumno como en el hijo. Y se va conformando de esta manera una actitud de recelo y retraimiento en el trato humano, que acaba refrenando, e incluso sofocando, la tendencia natural a la sociabilidad» (Altarejos, Francisco, «Cambios y expectativas en la familia», en Bernal, Aurora (ed.), *La familia como ámbito educativo*, Rialp, Madrid, 2005, p. 51).

- El segundo, más *dramático*, de Alexis de Tocqueville:

«Si imagino con qué nuevos rasgos podría el despotismo implantarse en el mundo, veo una inmensa multitud de hombres parecidos sin privilegios que los distinguan incessantemente girando en busca de pequeños y vulgares placeres, con los que contentan su alma, pero sin moverse de su sitio. Cada uno de ellos, apartado de los demás es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos acaban para él con toda la especie humana; por lo que respecta a sus conciudadanos, están a su lado y no los ve; los toca y no los siente; no existen más que como él mismo y para él mismo [...]

Bien veo que de esta manera se conserva la intervención individual en los asuntos más importantes, pero se anula en los pequeños en los particulares. Se olvida que es sobre todo en los detalles donde resulta más peligroso someter a los hombres. Por mi parte me inclino a creer que la libertad se necesita menos en las cosas grandes que en las pequeñas, si es que puede darse una sin la otra [...]

De nada serviría encargar a estos mismos ciudadanos tan dependientes del poder central que eligieran de vez en cuando a sus representantes; este uso tan total, pero tan corto y tan raro, de su libre albedrío no impediría la pérdida progresiva de la facultad de pensar, sentir y obrar por sí mismos ni su caída gradual por debajo del nivel de la humanidad

Por encima se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga exclusivamente de que sean felices y de velar por su suerte, Es absoluto, minucioso, regular, previsor y benigno. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como ella, tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, por el contrario, no persigue más objeto que fijarlos irrevocablemente en la infancia; este poder quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Se esfuerza con gusto en hacerlos felices, pero en esa tarea quiere ser el único agente y el juez exclusivo; provee medios a su seguridad, atiende y resuelve sus necesidades, pone al alcance sus placeres, conduce sus asuntos principales, dirige su industria, regula sus tras, pasos, divide sus herencias; ¿no podría librarles por entero a la molestia de pensar y el derecho de pensar y el trabajo de vivir?

De este modo cada día se hace menos útil y más raro el uso del libre albedrío; el poder circunscribe así la acción de la voluntad a un espacio cada vez menor, y arrebatando poco a poco a cada ciudadano su propio uso. La igualdad ha preparado a los hombres para todas estas cosas: para sufrirlas y con frecuencia hasta para mirarlas como un beneficio.

Siempre he creído que esta clase de servidumbre, reglamentada benigna y apacible, cuyo cuadro acabo de ofrecer, podría combinarse mejor de lo que se piensa comúnmente con algunas de las formas exteriores de la libertad, y que no le sería imposible establecerse junto a la misma soberanía del pueblo» (Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Cuarta parte, cc. VI y VII, Alianza Editorial, Madrid, 1984, 266-269).

- Más mordaces y corrosivas, pero no carentes de toda razón, son estas palabras de Nietzsche:

«La degeneración global del hombre, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su "hombre del futuro" —¡su ideal!—, esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen, en hombre de la "sociedad libre"), esa animalización del hombre hasta convertirse en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias, eso es posible, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esa posibilidad, conoce una náusea más que los otros hombres... ¡y tal vez también una nueva tarea!» (Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, cit. af. 203)

- Y concluyo con unos párrafos de Agustín de Hipona, cuya notable actualidad me sorprendió cuando los descubrí:

«Con tal de que se mantenga en pie —dicen ellos—, con tal de que esté floreciente e hinchada por sus riquezas, gloriosa por sus victorias, o —lo que es más acertado— en una paz estable, ¿qué importa lo demás? Esto es lo que más nos importa: que todos aumenten sus riquezas y se dé abasto a los diarios despilfarros, con los que el más poderoso pueda tener sujeto al más débil; que los pobres, buscando llenar su vientre, estén pendientes de complacer a los ricos, y que bajo su protección disfruten de una pacífica ociosidad; que los ricos abusen de los pobres, engrosando con ellos sus clientelas al servicio de su propio fasto; que los pueblos prodiguen sus aplausos no a los defensores de sus intereses, sino a los que generosamente dan pábulo a sus vicios. Que no se les den mandatos difíciles, ni se les prohíban las impurezas; que los reyes no se preocupen de la virtud, sino de la sujeción de sus súbditos; que las provincias no rindan vasallaje a sus gobernadores como a moderadores de la conducta, sino como a dueños de sus bienes y proveedores de sus placeres; que los honores no sean sinceros, sino llenos de miedo entre dobleces y servilismo; que las leyes pongan en guardia más bien para no causar daño a la vida ajena que a la vida propia; que nadie sea llevado a los tribunales más que cuando cause molestias o daños a la hacienda ajena, a su casa, a su salud o a su vida contra su voluntad; por lo demás, que cada cual haga lo que le plazca de los suyos, o con quien se preste a ello; que haya prostitutas públicas en abundancia, bien sea para todos los que lo deseen, o, sobre todo, para aquellos que no pueden mantener una privada. Que se construyan enormes y suntuosos palacios; que abunden los opíparos banquetes; que, donde a uno le dé la gana, pueda de día y de noche jugar, beber, vomitar, dar rienda suelta a sus vicios; que haya estrépito de bailes por doquier; que los teatros estallen de gritos y carcajadas deshonestas, y con todo género de crueldades y de pasiones impuras. Sea tenido como enemigo público la persona que sienta disgusto ante tal felicidad. Y si uno intenta alterarla o suprimirla,

que la multitud, dueña de su libertad, lo encierre donde no lo pueda oír; lo echen, lo quiten del mundo de los vivos» (Agustín de Hipona, *De Civitate Dei*, II, 20).

## 5. EL INCOMPARABLE

### Descubrir y fomentar la singularidad

Sostenía antes que la singularidad de la persona encuentra su razón última de ser en la entrega; que hemos sido creados irrepetibles y debemos cultivar e incrementar esa individualidad *con el único fin* de ofrecer a quienes amamos algo *que ningún otro podría dar* en lugar nuestro.

Añado ahora que el amor es también el que permite descubrir y fomentar la singularidad de quienes nos circundan y confirmar de esta suerte su condición personal.

#### A. DESCUBRIRLA

1) *Descubrir*, porque, como es sabido y más tarde explicaré, el amor, más que ciego, resulta clarividente: nos torna capaces de *ver* la maravilla que cualquier persona encierra en lo más hondo de su *ser*, y, advirtiendo la riqueza inigualable de aquellos a quienes queremos (pienso, por ejemplo, en nuestros hijos, pero también en nuestro cónyuge, amigos, etc.), nos pone asimismo en condiciones de valorar hasta el fondo su radical singularidad, sin la que esa grandeza nunca podría ni consolidarse ni, mucho menos, crecer.

Al respecto, existe un sencillo verso de Pablo Neruda que justifica por sí solo la entusiasta acogida que tuvieron en su momento sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

A nadie te pareces desde que yo te amo.

«Desde que yo te amo»: el amor, que hace surgir en toda su pujanza el ser del amado, tornándolo realmente real para quien lo quiere, dibuja también, y por lo mismo, los perfiles consistentes de su singularidad inconfundible. Pronuncia, indisolublemente, el *sí* y el *tú*. Sin amor no hay individualidad, ni personalidad, ni ser. Ni familias compuestas por individualidades irrepetibles.

Introducido ya en los dominios de la poesía, me animo a citar y comentar brevemente estos otros versos de Pedro Salinas:

Cuando tú me elegiste, / el amor eligió, / salí del gran anónimo / de todos, de la nada.

Del *anónimo de la nada* nos sacó Dios, sin nuestra colaboración, creándonos y conservándonos en el ser. Del *anónimo de todos* tenemos que sacarnos nosotros mismos, con ayuda y con esfuerzo, como respuesta al amor, siempre personalizador y singularizador, de aquellos que nos quieren.

---

El amor, que hace surgir en toda su pujanza el ser del amado,  
dibuja también los perfiles consistentes de su singularidad inconfundible

---

## B. FOMENTARLA

2) Y *fomentar*. Cuando el amor hacia el ser querido aumenta y se purifica hasta derrotar y superar al que tendemos a tenernos a nosotros mismos, engendra la aptitud no solo de percibir, sino también de valorar y fomentar —de apreciar y alentar— la irrepitibilidad de los otros (sigo pensando sobre todo, pero no exclusivamente, en los hijos).

O, lo que viene a ser análogo, pero en su versión más práctica, de vencer la tendencia a deseárselos y construirlos a *nuestra* imagen y semejanza... que es un modo muy *natural* de querer *nos* en y a través de ellos, convirtiéndolos —como escribió Delibes— en un «apéndice de nuestro egoísmo», en una prótesis de nuestro yo.

Entonces somos ya capaces de soportar que sean lo que están llamados a ser, y no un remedo de nuestras cualidades o de nuestros anhelos y nostalgias insatisfechas, a pesar del desgarró íntimo que pudiera suponer la separación —no solo ni tanto física, sino estrictamente personal— que implica inevitablemente *la diferencia*: los proyectos que se vienen abajo, las ilusiones que cambian de rostro, los criterios de siempre que son reemplazados por inéditas convicciones personales, el que acaben por ser más «de otro o de otra» y de su nueva familia que nuestros...

Y, aumentando los quilates de nuestro cariño, ya sin apenas esfuerzo, buscamos y promovemos esa irrepitibilidad, que el entendimiento agudizado por el amor valora ahora de forma habitual y serena. Entonces, por más que se aleje del que nosotros habíamos planeado para nuestros hijos (por proseguir el ejemplo), nos gozamos en que cada uno tenga *su* camino, les ayudamos a descubrirlo y ponemos cuanto está de nuestra parte para que lo sigan, sin inventarnos absurdas injusticias ni crearnos falsos cargos de conciencia por negar a uno lo que hemos facilitado al otro o viceversa.

---

Con otras palabras: vivimos y fomentamos su unicidad

---

Pues ya decía Aristóteles que tan injusto resulta discriminar a los iguales que comportarse del mismo modo con quienes son distintos.

Y cada persona lo es de una manera sublime.

## El ejemplo de las madres

¿Descubro con todo esto algo desconocido? Por fortuna, no. Las madres, también las que no han leído ni a Unamuno ni a Kierkegaard ni a Aristóteles, ni tan siquiera a Neruda o a Salinas, lo saben perfectamente. No necesitan muchos

estudios para advertir que lo correcto, lo justo, es tratar «de manera desigual a los hijos desiguales», porque solo obrando así permitimos *su* perfeccionamiento progresivo; y, por tanto, que dar a todos lo mismo, sin atender a lo que necesitan o en su caso merecen, constituye una tremenda barbaridad.

Saben también, sobre todo las que han criado una familia numerosa, hasta qué punto es radical y enriquecedora la desigualdad constitutiva de cada hijo; han experimentado con gozo, y casi palpado, que el ser de cada uno es fruto de un acto original e irrepitable del Absoluto, que —como ya apunté— los extrae amorosamente de la nada y, por eso, «nada» tiene en común con los restantes.

---

### De ahí que no los comparen

---

Cada uno no solo es «el único», «el irrepitable», sino también «el incomparable», en los dos jugosos sentidos de este vocablo castellano.

Establecer confrontaciones entre ellos, incluso para confirmar una hipotética igualdad, equivaldría a mancillar su condición exquisita de personas o, con términos un poco más difíciles, de *absolutos*. A olvidar que cada uno es amado *absolutamente* por el mismísimo *Absoluto* (Dios) y que ese Amor es la Causa radical e indefectible de que «valgan» por sí mismos, el fundamento inamovible de la auténtica autoestima.

---

Cada persona no solo es único e irrepitable, sino también incomparable

---

## La fundamentación teórica

La concepción de la persona como un «absoluto» resulta tremendamente fecunda, aunque el contexto y tono de este escrito solo permita aludir a ella. Entre las muchas consecuencias que pueden extraerse de ese enfoque, y además de la apuntada en un capítulo anterior, esbozo únicamente la que se apoya en la individualidad y la subraya, acentuando así la dignidad o grandeza personal.

Desde el punto de vista etimológico, absoluto equivale a «ab-suelto», «desligado», autónomo. Y aquí y ahora pretende señalar que, en fin de cuentas, la valía radical y originaria de la persona no depende más que de su propio ser: ni de lo que realiza, ni de lo que posee, ni de la raza o especie a la que pertenece, ni de lo que hagan o digan los otros.

De ahí, repito, la imposibilidad real y el absurdo de compararlos.

- ◆ Porque cabe, sí, calibrar las aptitudes y cualidades, los comportamientos, los éxitos y fracasos, las posesiones...
- ◆ Pero no, en modo alguno, el ser propio de cada persona, donde en fin de cuentas radica, de forma primordial y decisiva, su constitutivo valor o dignidad y su singularidad irrepitable.

Es lo que expresan, con un ritmo y unos matices parcialmente distintos, estas palabras de un psiquiatra afincado en la Europa central:

El amor no se dirige a los atributos psicológicos o físicos del ser amado, sino hacia el exclusivo e irreplicable "ser-así" de la persona que se ama. El amor no es atraído por esta o aquella cualidad que "el otro" tiene, sino por la unicidad irreducible que el otro *es* (Frankl). Puesto que las cualidades espirituales o corporales no son nunca absolutamente únicas e irrepetibles, siempre se pueden encontrar otras mejores, el abrazarse a ellas da lugar a un amor equívoco y caduco, irremediamente condenado a la desilusión y al prurito del cambio sin fin. De ahí que la actitud de no pocas muchachas, que echan a perder o al menos ocultan la unicidad exclusiva de su persona mediante la supina imitación de "modelos" completamente impersonales, tenga por resultado el ser literalmente canjeadas por hombres tan solo sexualmente excitados o emotivamente enamorados: "Nosotros no somos infieles a las chicas: simplemente las confundimos", dice el protagonista de una novela italiana reciente. "El amor verdadero es una relación espiritual con el espíritu del otro, como aparición de un Tú en su 'ser así' y no de otra manera, inmunizada contra la caducidad que inevitablemente conlleva la mera circunstancialidad de la sexualidad corporal y del erotismo psicológico" (Frankl). Ese tú es intocable e insustituible, y la relación con él indisoluble y "más fuerte que la muerte".

---

La valía de la persona no depende más que de su propio ser:  
ni de lo que realiza, ni de lo que posee,  
ni de la raza o especie a la que pertenece,  
ni de lo que hagan o digan los otros

---

## Un apoyo en la teología

Por su parte, las dos citas que siguen, aunque situadas en los confines de la religión natural, pues conjugan lo humano con lo divino, confirman adecuadamente las últimas ideas expuestas y resumen y recuerdan buena parte de lo visto hasta el momento.

### 1. DIGNIDAD Y SER:

Nuestra verdadera identidad [nuestra única e irreiterable condición personal], mucho más profunda que el tener o que el hacer, e incluso que las virtudes morales y las cualidades espirituales [...], no depende de las circunstancias, ni de lo que tenemos o dejamos de tener, ni —en cierto modo— tampoco de lo que hagamos o no, de nuestros éxitos y nuestros fracasos [...]. Nuestra identidad, nuestro "ser" tiene otro origen distinto de nuestros actos, y mucho más profundo: el amor creador de Dios que nos ha hecho a su imagen y nos ha destinado a vivir siempre con Él, que es el amor que no puede volverse atrás.

### 2. DIGNIDAD Y LIBERTAD:

Nuestro mundo busca la libertad, pero lo hace en la acumulación del tener y el poder, y olvidando esta verdad esencial: solo es verdaderamente libre aquel al que no le queda nada que perder porque ya ha sido despojado, desprendido de todo; porque es libre de todos y de todo, y de él se puede decir en verdad que "ha dejado la muerte atrás", pues todo su "bien" está en Dios y únicamente en Él. Soberanamente libre es el que no ambiciona ni teme nada: no ambiciona nada porque cualquier bien realmente importante lo

obtiene de Dios; y no teme nada porque nada tiene que perder o defender, ya que no posee enemigos ni se siente amenazado por nadie.

Con lo que empieza a hacer presencia otra actitud definitiva en el trato entre personas —la *gratuidad*—, en la que me detendré algunas páginas más adelante.

---

Nuestra identidad tiene su origen más profundo en el amor creador de Dios,  
que nos ha hecho a su imagen y nos ha destinado a vivir siempre con Él

---

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Reflexiona unos minutos sobre el uso que hacemos del término «incomparable» en nuestro lenguaje cotidiano: «la Sierra de las Nieves nos ofrece un paisaje incomparable»; «mi tío Jacinto gozaba de una inteligencia absolutamente incomparable»; «el delantero de mi equipo tiene un toque de balón incomparable»...

Y ahora, explica con tus propias palabras qué queremos decir cuando afirmamos que cada persona es incomparable.

¿Encuentras alguna diferencia sustancial entre el sentido habitual y el que aquí hemos dado al término en cuestión? En caso afirmativo, ¿cuál sería?

- Tras responder a esta pregunta, con independencia de lo que hayas contestado, busca algunas frases en que el término «incomparable», o sus sinónimos, se utilice en sentidos distintos, aunque sea tan solo cuestión de matiz. Cuantas más diferencias de uso descubras, mayor será tu comprensión de este atributo personal.

- En tu vida cotidiana, ¿te resulta sencillo respetar el derecho de los otros a ser como son o tiendes a «construirlos a tu propia imagen y semejanza»? ¿Tiendes a «moralizar las diferencias», es decir, a calificar como éticamente malo lo que simplemente es distinto de lo que tú haces, de lo que «desde siempre» se hacía en tu familia o de tu propia manera de ser?

- ¿Consideras que tienes la obligación de fomentar en quienes te rodean su propio modo de ser y obrar? En caso afirmativo, ¿cumples con ese deber, aunque a veces te cueste sangre?

- Cada persona es «el incomparable». Y lo es en los dos sentidos del término. ¿Podrías explicar cuáles son estos dos sentidos? De nuevo te sugiero que, en la medida de lo posible, aprecies y reflexiones sobre todos los matices que logres descubrir.

- Seguramente habrás oído a algún padre comentar, con más o menos fuerza: «quiero que mi hijo sea lo que yo no he podido ser». Después de haber leído este capítulo, ¿qué le dirías a ese padre? ¿Qué piensas que encierran sus palabras? Te ruego que puntualices, con el fin de evitar un juicio injusto.

- Es fácil comprender lo absurdo de empeñarse en comparar personas. Pero, ¿has entendido suficientemente por qué digo que es *imposible* hacerlo, que existe imposibilidad *real* de realizar esa comparación, aunque *parezca* que la estamos llevando a cabo?

- En este capítulo he hablado mucho del amor, sobre todo porque es el que permite *descubrir y fomentar* la singularidad de quienes nos circundan. Y he recogido un texto de Frankl que, seguro, no te habrá dejado indiferente:

«El amor verdadero es una relación espiritual con el espíritu del otro, como aparición de un Tú en su 'ser así' y no de otra manera, inmunizada contra la caducidad que inevitablemente conlleva la mera circunstancialidad de la sexualidad corporal y del erotismo psicológico».

Te invito a que, a la luz de lo que llevamos visto en esta asignatura, y de las consideraciones realizadas al hilo de otras lecturas o conversaciones, mates todo lo que puedas este texto.

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Estas palabras de Fromm enlazan lo que vimos en capítulos anteriores con las ideas centrales de este epígrafe. Después de leerlas con detenimiento, intenta establecer tus concordancias y diferencias con lo que sostiene su autor:

«La responsabilidad podría degenerar fácilmente en dominación y posesividad, si no fuera por un tercer componente del amor, el *respeto*. Respeto no significa temor y sumisa reverencia; denota, de acuerdo con la raíz de la palabra (*respicere* = mirar), la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única. Respetar significa preocuparse porque la otra persona crezca y se desarrolle tal como es. De ese modo, el respeto implica la ausencia de explotación. Quiero que la persona amada crezca y se desarrolle por sí misma, en la forma que le es propia, y no para servirme. Si amo a la otra persona, me siento uno con ella, pero con ella *tal cual es*, no como yo necesito que sea, como un objeto para mi uso. Es obvio que el respeto solo es posible si *yo* he alcanzado independencia; si puedo caminar sin muletas, sin tener que dominar ni explotar a nadie. El respeto solo existe sobre la base de la libertad: *"l'amour est l'enfant de la liberté"*, dice una vieja canción francesa; el amor es hijo de la libertad, nunca de la dominación» (Fromm, Erich, *El arte de amar*, Paidós Studio, Barcelona, 11ª ed., 1990, p. 36).

- También los juicios de Fizzotti pueden parecerle extraños o exagerados. No dudes en reflexionar sobre ellos, contrastarlos con lo que sabes por otras fuentes —sobre todo, con tu experiencia directa— y extraer tus propias conclusiones. No vaciles lo más mínimo en *descalificar* el contenido de la cita, si eso es lo que opinas, tras reflexionar con calma sobre ella:

«Una tercera actitud se refiere al colectivismo por el que está dominado el hombre moderno, y que desemboca inexorablemente en la masificación más impersonal y despersonalizante. Históricamente, se podría remontar la agudización del problema del colectivismo a la época siguiente a la segunda guerra mundial, cuando desde muchas partes se dirigieron acusaciones contra el pueblo alemán por haber sido el origen del conflicto y, por consiguiente, causa del exterminio de millones de seres humanos, incluidos los seis millones de judíos sacrificados en los campos de concentración. El mismo tribunal internacional, constituido para juzgar a los culpables de los crímenes de guerra, incluyó en el artículo 10 de los Estatutos la cláusula de que los jefes de las potencias vencedoras tenían el derecho de someter a juicio a todos los que habían pertenecido a uno de los grupos que, a tenor del artículo 9 de los mismos Estatutos, fueron

definidos criminales. En tal afirmación se eliminaba la posibilidad de dudar del carácter criminal de cada uno, individualmente. Esto llevaba inexorablemente a una masificación innoble, a un gregarismo que recuerda dolorosamente la situación de los prisioneros en el Lager, justamente porque el colectivismo es la forma más sutil de anular la personalidad del hombre, su originalidad y unicidad» (Fizzotti, Eugenio, *De Freud a Frankl*, EUNSA, Pamplona, 2ª ed., 1981, pp. 59-60).

- Con plena conciencia agregó otras palabras de una magnífica psiquiatra, que tampoco parecen relacionarse directamente con el tema recién tratado. Pretendo que seas tú quien establezca el nexo entre ellas y lo que acabo de exponer:

«En resumen, no son solo las “estrategias” psicológicas las que ayudan, sino que, ante todo, cuenta la “presencia amante” de una persona. Pero esto es, precisamente, lo que no podemos aprender, sino únicamente vivir. Vivirlo nosotros mismos. Para rescatar a alguien del vacío de valores deben confluír, de forma veraz, dos cosas: un conocimiento suficiente y un corazón abierto. Bernhard von Clairvaux ya debía de saberlo, en el siglo XII, cuando escribió lo siguiente: “¿Qué haría la educación esmerada sin el amor? Ufanarse. ¿Qué haría el amor sin la educación esmerada? Extraviarse”» (Lukas, Elisabeth, *Paz vital, plenitud y placer de vivir*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001, p. 104).

- Y ahora, algunos hechos concretos en los que podría concretarse el amor a la singularidad del otro:

«Acepte las necesidades (de conocimiento) personales de su hijo. Si usted mismo no está loco por los caballos o no es un entusiasta de la astronomía, busque contactos con expertos de tales campos. Pero acepte también siempre que su hijo no tenga más ganas de algo. El baremo lo deben marcar los intereses de su hijo, no sus propios sueños de infancia incumplidos» (Murphy-Witt, Monika, *Padres consecuentes, niños felices*, Medici, Barcelona, 2004, p. 38).

«Todo matrimonio es la unión de dos individuos con sus propias opiniones, personalidad y valores. Por esto no es de extrañar que incluso en los matrimonios felices, marido y mujer tengan que resolver diversos conflictos. Algunos de estos conflictos son minucias sin importancia, pero otros pueden ser muy complejos e intensos. A menudo las parejas se sienten abrumadas por los conflictos, o se han distanciado el uno del otro para protegerse» (Gottman, John M. y Silver, Nan, *Siete reglas de oro para vivir en pareja*, Ed. de Bolsillo, Barcelona, 2001, p. 145).

«Cuando elegimos un compañero a largo plazo estamos eligiendo inevitablemente una serie de problemas insolubles con los que tendremos que convivir durante diez, veinte o cincuenta años» (Gottman, John M. y Silver, Nan, *Siete reglas de oro para vivir en pareja*, Ed. de Bolsillo, Barcelona, 2001, p. 147).

«La base para enfrentarse de forma efectiva a cualquier clase de problema es la misma: comunicar tu aceptación básica de la personalidad de tu compañero. Por nuestra naturaleza humana, es prácticamente imposible que aceptemos consejo de nadie a menos que sintamos que esa persona nos comprende. De modo que la regla básica es: antes de pedir a tu pareja que modifique su modo de conducir, comer o hacer el amor, debes hacerle sentir que la comprendes. Si alguno de los dos se siente juzgado, incomprendido o rechazado por el otro, no podréis enfrentaros a los problemas del matrimonio. Y esto se aplica tanto a los grandes problemas como a los nimios» (Gottman, John M. y Silver, Nan, *Siete reglas de oro para vivir en pareja*, Ed. de Bolsillo, Barcelona, 2001, p. 166).

- ... y un espectacular y larguísimo etcétera.

## 6. EL INSUSTITUIBLE

### Una visión más honda de la dignidad humana

De momento, querría sacar una conclusión que culmina en cierto modo cuanto llevamos visto y pone claramente de manifiesto la valía personal.

Y es que cualquier persona, en virtud de su singularidad y los atributos que de ella derivan, precisamente en cuanto persona, resulta del todo insustituible: como vengo sugiriendo, aporta al universo algo que ningún otro puede ofrecer en su lugar.

Estimo que, justo cuando enfocamos la singularidad desde esta perspectiva, se nos torna patente toda la grandeza de la persona, de cualquiera de ellas, con plena independencia de sus dotes o cualidades, de sus méritos, de su mejor o peor comportamiento...

Pues, por muy poco que *valga*, cada persona *vale* tanto que, justo en cuanto persona, ninguna otra puede suplirla.

- ◆ O, si se prefiere: en lo que atañe a su índole personal, ningún ser humano, incluso el más autoenvilecido, puede ser reemplazado por otro de los que ahora existen, han existido o existirán, ni por la suma de todos ellos.
- ◆ Más aún: nadie es sustituible ni por el íntegro conjunto de las personas creadas, pasadas, presentes y futuras... más el propio Dios, precisamente porque Él así lo ha querido.

---

Por muy poco que valga, cada persona vale tanto que,  
justo en cuanto persona, ninguna otra puede suplirla

---

### Entre la filosofía y la teología

Para quienes les sirva, estamos ante una prueba más, y no poco significativa, de la seriedad con que Dios se toma su propia creación y, de manera muy particular, a las personas.

Aunque no siempre de forma consciente, existe entre algunos una tendencia a sobrevalorar de modo tan equívoco y falso la omnipotencia divina que se acaba por desproveer al universo de auténtica consistencia: como si se tratara de una suerte de fantasmagoría o de castillo de fuegos artificiales, que son... pero más bien y al cabo no son; o como un simple juguete con el que Dios se distrae —en el sentido más banal y no comprometido del término— y con el que puede hacer lo que le apetezca.

En absoluto. Diciéndolo a nuestro modo, Dios *carga* con todas las consecuencias de las obras que realiza.

Y, por acudir al caso que se plantea más a menudo, cuando crea al hombre libre, asume todos *los riesgos* que esa libertad lleva consigo:

- ◆ Riesgos para el ser humano, para quien el privilegio del obrar libre presenta un carácter ambivalente: por cuanto sin libertad es del todo imposible el amor y, con él, la plenitud y la felicidad consiguiente; pero cuyo carácter por fuerza imperfecto, pues es una libertad limitada, lo sitúa en la coyuntura de deshacerse como persona y tornarse tremendamente desdichado.
- ◆ Y riesgos para el propio Dios, que, justo porque nos ama (y por eso nos dota de libertad), se torna vulnerable: se arriesga realmente a que frustremos sus planes, y sufre muy de veras —sólo y exclusivamente por el daño que eso supone para nosotros— cuando, al obrar de forma incorrecta, en efecto los malogramos.

De manera análoga, y esto es lo que ahora interesa, cada persona creada tiene un cometido que, en sentido propio, ninguna otra —ni el propio Dios, porque así lo ha querido— puede realizar en su lugar. De lo contrario, no habría sido creada. Cuestión que, como vemos, enlaza de forma clara con lo antes apuntado acerca del compromiso.

No me resisto a transcribir, porque iluminan el fondo mismo de la cuestión, estas palabras de Javier Echevarría:

Porque no existe verdadera plegaria comunitaria si no está radicada, como necesidad insustituible, en la oración individual de cada alma. [...] El Creador, que se ha gozado en la creación única e irrepetible de las personas, espera esta respuesta de cada uno en singular. [...] Al considerar que la Trinidad Santísima se ha gozado en la creación de cada uno de nosotros, dándonos una existencia personal e irrepetible, con nuestro cuerpo y con nuestra alma, se deduce fácilmente que a Dios, por analogía, le interesa la oración personal de cada hombre, de cada mujer, también porque nadie nos puede sustituir —aunque nos empeñáramos— en esta relación de criatura a Creador.

---

Cada persona tiene un cometido que,  
en sentido propio, ninguna otra puede realizar en su lugar

---

## Y un nuevo modo de atender contra esa dignidad

Tras estas observaciones tal vez se advierta con mayor hondura el daño que se inflige a un ser humano cuando lo único que se busca, y aquello para lo que se le prepara y por lo que se le valora, es la *función* que puede desempeñar. Porque justo en esa medida hacemos de él alguien radicalmente *sustituible* y, en consecuencia, no-valioso desde el punto de vista personal.

(Semejante «funcionalismo» alcanza cotas que hacen temblar cuando a un ser humano en estado embrionario se le permite proseguir en la existencia o, al contrario, se trunca

su vida en los mismos inicios, en función de su utilidad para la salud de otros individuos, del progreso de la ciencia... o ¡del coste económico que supone su conservación!).

Y es que el mismo concepto de función incluye, como nota constitutiva, que pueda ser realizada, *indiferentemente*, por quien posea la aptitud correspondiente, al margen del resto de caracteres que integran a esa persona ¡y de su misma condición personal!

Más aún, como demostraron ciertos sistemas laborales hoy en parte superados, la organización *funcional*—o, mejor, *funcionalista*—, en la acepción que doy ahora a este vocablo, sitúa en la raíz de su eficacia el que quien realice una tarea pueda ser suplido por cualquier otro igualmente capacitado (para esa labor... ¡y punto!), sin que ello implique la más mínima merma en el producto final.

Ahora bien, incluso suponiendo que efectivamente de este modo se aumentara la eficacia, cosa que dista mucho de estar clara, el precio que tiene que pagarse, en términos antropológicos, es tremendo: la des-personalización, la imposibilidad de poner en juego la propia creatividad, el ingenio o las habilidades que nos caracterizan, el espíritu de iniciativa..., es decir, justo aquellos rasgos que mejor definen y hacen crecer a la persona en cuanto persona.

Y todo ello desemboca, más tarde o más temprano, en frustración y desencanto personales profundos y difícilmente reparables, y en absoluto paliados incluso con el éxito más apabullante en la propia profesión. Las estadísticas, en especial las realizadas entre los *yuppies*, muestran cómo los grandes triunfadores son a menudo tremendamente infelices en lo que suele denominarse vida sentimental, que es lo que marca el *tono* de su entera existencia.

Se explica, también por este motivo, que bastantes personas «aguanten» los días laborables pensando tan solo en el fin de semana; o, que, cuando —como en este caso— el trabajo es la simple, no deseada e ineludible contrapartida del dinero que proporciona, y no una realidad que —aunque esforzada— satisface y mejora a la persona en cuanto tal, con palabras de Schumacher, «el mejor trabajo sea el menor trabajo».

---

Se atenta contra la dignidad del ser humano cuando lo único que se busca,  
y aquello para lo que se le prepara y por lo que se le valora,  
es la función que puede desempeñar

---

## Ventajas de la singularización

Cabría, pues, establecer una ley no desprovista de excepciones, pero sumamente indicativa:

Cuando se persigue y propicia el crecimiento íntegro de la persona, su singularización no solo afianza y acrisola su categoría constitutiva, sino que la pone en condiciones de capacitarse para ejercer de la manera más adecuada —es decir, más humana y personal— una multitud de tareas.

Al contrario, si lo que se pretende es el adiestramiento para ejercer una simple función, con lo que implica de igualación homogeneizante, al cabo no solo mengua la valía de la persona en cuanto tal, sino que ni siquiera se la hace capaz de realizar convenientemente la labor que se ha transformado en objetivo supremo, y casi único, de semejante educación.

Un paso más:

- ◆ Cuanto vengo apuntando resulta relevante en los dominios en que lo he emplazado, en los que ciertamente existe un aspecto de cualificación funcional-profesional... que nunca debería, sin embargo, ni ahogar ni pretender suplir (sino, al contrario, fomentar) las dimensiones personales estrictas, claves incluso del éxito específico de tales esferas.

(De acuerdo con lo que acabo de sugerir, en el plano estrictamente laboral cada vez va siendo más obvio que los mejores empresarios no buscan tanto al individuo técnicamente preparado —¿quién podría serlo hoy, cuando bastantes de las Universidades han disminuido notablemente el nivel y la calidad de enseñanza y, sobre todo, cuando los conocimientos cambian con tal rapidez que al término de buena parte de las carreras, en particular las más técnicas, ha quedado obsoleto lo que se estudió los primeros años?—, sino a quien posee la suficiente calidad personal para desenvolverse correctamente en las distintas situaciones... y, en parte por esa misma razón, asimilar en pocos meses la capacitación específica que solo la empresa puede darle).

- ◆ Pero semejante *funcionalismo* se torna devastador cuando invade las esferas en las que el nexo persona-persona debe ser dominante o incluso exclusivo, al tiempo que soporta y fundamenta, en su caso, lo que en ellas pueda haber de función.
  - ◇ Me refiero sobre todo a cuanto constituye o guarda parentesco, más o menos estrecho, con la familia y realidades similares: amistad, noviazgo, matrimonio, paternidad, filiación, servicio doméstico...
- ◆ Sin embargo, por desgracia, también en estas comunidades más entrañables, la persona en cuanto tal pierde a veces terreno frente a otros factores de muy diverso tipo:
  - ◇ Bien porque, aun buscándolo al menos de forma implícita, no se alcanza a penetrar hasta el núcleo de la persona, y las relaciones se sustentan sobre caracteres extrínsecos (posición social, económica, éxito, influencias, fama...), o intrínsecos, pero superficialmente desprovistos de la radicación y connotación personales que por naturaleza les corresponde (concordancia emotiva, atractivo físico, presunta compenetración sexual...).
  - ◇ Bien porque positivamente —por ignorancia o convencimiento acrítico, derivado de las ideas ambientales dominantes— se estima que son solo esos otros factores impersonales los que realmente existen o los que cuentan a la hora de establecer con provecho hasta las relaciones por naturaleza más íntimas: las de novio y novia, marido y mujer, padres e hijos, hermanos, etc.

En los dos casos, pero particularmente en este segundo, la prueba más patente de la des-personalización y rebajamiento infligidos consiste en que los componentes del conjunto se consideran sustituibles o de «usar y tirar», como dicen algunos, y de hecho se los recambia cuando en efecto no *funcionan* o dejan de *funcionar*, a tenor del rendimiento previsto.

Parece bastante claro que en todas estas situaciones se atenta contra la dignidad de la persona, al medir su valor no por lo que *es*, sino solo por lo que *hace*.

---

La persona debe ser valorada por lo que es  
y no por lo que tiene o lo que hace

---

Y eso nos introduce en el próximo capítulo.

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Por muy poco que «valga», cada persona «vale» tanto que, justo en cuanto persona, ninguna otra puede suplirla. ¿Te parece correcto, o incluso necesario, poner «valga» y «vale» entre comillas? ¿Por qué?
- Has podido leer en estas páginas que «nadie es sustituible ni por el íntegro conjunto de las personas creadas, pasadas, presentes y futuras... más el propio Dios». ¿Te parece exagerada esta afirmación? Razona tu respuesta, sea cual fuere.
- ¿Estás de acuerdo en que el «funcionalismo» en el adiestramiento laboral hace a la persona incapaz de realizar *convenientemente* la labor que se ha transformado en objetivo supremo de semejante «educación»? ¿Seguro? ¿Cómo hemos de entender ese «convenientemente»? ¿Se refiere también al plano *técnico*—o de eficacia, por llamarlo de algún modo— o exclusivamente a su perfeccionamiento como persona?
- ¿Estás de acuerdo en que el funcionalismo en las relaciones personales es la causa de muchos fracasos matrimoniales? Razona tu respuesta, comenzando por explicar qué habría que entender aquí por *funcionalismo*.

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Como resumen, ciertamente difícil, de buena parte de este capítulo, valgan los siguientes párrafos de Spaemann, que vuelvo a copiar también para que compruebes si ahora los comprendes mejor que cuando los leíste por vez primera (en cualquier caso, sea así o no, te ruego que no te preocupes: el esfuerzo que ahora haces acabará dando sus frutos).

«"Persona" no es, pues, un concepto de clase, sino un "nombre propio general". ¿Por qué disponemos de nombre propio general solo para individuos de *natura rationalis*? Porque los individuos que tienen una naturaleza semejante mantienen con su naturaleza una relación distinta que otros individuos. No son meramente "casos de..."».

En eso estriba la diferencia, dice Santo Tomás, cuando escribe que las personas son individuos que existen *per se* y tienen *dominium sui actus*, dominio de sus propias acciones. Sus acciones no resultan simplemente de su naturaleza. De ellas se puede decir, más bien: *Non solum aguntur, sicut alia, sed per se agunt*. No solo actúan, como las demás cosas, sino que obran por sí mismas. Es decir, son libres.

Son "principio del movimiento y el reposo" de forma distinta a como, según Aristóteles, lo es la naturaleza de otra cosa cualquiera. Las sustancias naturales también tienen en sí un comienzo, un principio, semejante. Aristóteles llama a este principio *physis*. En ese sentido, se podría decir incluso que solo las personas satisfacen plenamente el concepto de las sustancias naturales. Y, de hecho, Aristóteles obtuvo su concepto de sustancia del paradigma del hombre. Sin embargo, cuando Santo Tomás dice de las cosas naturales que *aguntur*, que son movidas, que algo ocurre a través de ellas, lo hace por dos razones: en primer lugar, porque la naturaleza de un ser es inducida siempre desde fuera, es decir, se transmite por lo general mediante la generación, y, en segundo, porque esta naturaleza, cuyo origen no somos nosotros, organiza de antemano las reacciones específicas de un ser ante los influjos exteriores. Un animal de una especie reacciona agresivamente, mientras que uno de otra huye. La naturaleza es un principio de reacción específica. En el concepto de persona pensamos un origen más originario aún que el de individuo singular. No en el sentido de que tales individuos no tuvieran naturaleza alguna, y tuvieran que decidir libremente lo que son. Pero sí es cierto que pueden conducirse respecto de su naturaleza. Pueden apropiarse en libertad las leyes de su esencia o atentar contra ellas y "degenerar". Como seres pensantes, no se nombran solo como miembros pertenecientes a una especie, sino como individuos que "existen en una naturaleza semejante". Es decir: existen como personas» (Spaemann, Robert, *Personas*, Eunsa, Pamplona 2000, pp. 50-51).

- La conciencia de que somos insustituibles nos hace descubrir que nuestra vida tiene sentido, puesto que nadie puede hacer por nosotros lo que nosotros no hagamos, al menos tal como nosotros lo haríamos. Presenta también, por lo mismo, una función terapéutica, que se opone al vacío existencial por falta de *sentido*. Copio algunos párrafos que ilustran estas afirmaciones.

- En primer término, la idea general:

«Pero aún hay más, y es que la frustración existencial, o la *frustración de la voluntad de sentido*, como la podemos llamar también, no solamente no es de suyo algo patológico —mucho menos aún se podría llamar tal cosa a la voluntad de sentido en sí misma, esta innata tendencia del hombre a llevar una existencia lo más rica posible de sentido— y está tan lejos de ser algo enfermizo, que más bien puede y aun debe ser aprovechada en sentido terapéutico. El procurar esto es precisamente el principal intento de la *Logoterapia, como terapéutica basada en el Logos*—y esto quiere decir en nuestro caso: *un tratamiento orientado (y re-orientador para el paciente)* hacia el sentido de su vida—. Para lo cual no solamente se trata de poner en acción la voluntad de sentido, sino que ante todo es menester provocarla o evocarla, hacerla aparecer, donde se hubiera perdido, donde estuviera latiendo inconscientemente, donde haya sido reprimida. Otra de las tareas encomendadas a la Logoterapia es, además, la de proponer y hacer patentes diversas y concretas posibilidades de realizar este sentido, para lo que, desde luego, es necesario un análisis previo de la existencia concreta, personal, del enfermo en cuestión: en una palabra, un análisis existencial» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., pp. 99-100).

- A continuación, el convencimiento de que semejante sentido se halla en la medida en que la persona se olvida de sí y se vierte hacia el exterior:

«La segunda capacidad humana, la de la auto-trascendencia, denota el hecho de que el ser humano siempre apunta y se dirige a algo o alguien distinto de sí mismo — para realizar un sentido o para lograr un encuentro amoroso en su relación con otros seres humanos—. Solo en la medida en que vivimos expansivamente nuestra autotrascendencia, nos convertimos realmente en seres humanos y nos realizamos a nosotros mismos. [...] nosotros somos humanos en la medida que somos capaces de no vernos, de no notarnos y de olvidarnos de nosotros mismos dándonos a una causa para servir, o a otra persona para amar. Sumergiéndonos en el trabajo o en el amor, nos estamos trascendiendo, y por consiguiente nos estamos realizando a nosotros mismos» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., pp. 26-27).

- Y una concreción muy significativa y de la vida cotidiana:

«Seguramente la generosidad de la entrega y el ser menos egocéntricos se hacen realidad cuando somos padres, pues nuestros hijos nos piden que los coloquemos en el primer lugar y los atendamos. Tengo, por tanto, que insistir en los aspectos existenciales y ontológicos de la condición de padres. Convertirse en padre o madre significa para el hombre de hoy la gran oportunidad de ser menos egoísta o narcisista. A este respecto, es muy alentador comprobar que jóvenes de carácter difícil han llegado a ser padres responsables. Y es que la paternidad produce un impacto tal en sus vidas que les lleva a madurar como seres humanos» (Matlár, Janne Haaland, *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*, Rialp, Madrid, 2000, pp. 40-41).

«Soy de la opinión de que la paternidad es algo fundamental para los hombres, y que un hombre llega a ser persona responsable al convertirse en padre. [...]

En circunstancias normales, el hombre que se convierte en padre, experimenta un cambio y pasa del egocentrismo a la madurez, sobre todo en los momentos en que se implica directamente en el cuidado del niño. Padre es todo hombre que se ocupa de un modo responsable de los demás, el que asume una responsabilidad hacia quienes son más débiles y dependientes. En definitiva, es aquel que no vive sólo para sí mismo» (Matlár, Janne Haaland, *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*, Rialp, Madrid, 2000, p. 45).

- Un caso muy particular, pero que a todos nos toca alguna vez en la vida y que es preciso conocer:

«Más importante, sin embargo, es la tercera ruta hacia el sentido, la de las actitudes. Incluso si somos víctimas indefensas de una situación desesperada, enfrentándonos a un destino que no podemos cambiar, nos es factible elevarnos, crecer sobre nosotros mismos, y con ello cambiarnos a nosotros mismos. Podemos transformar una tragedia personal en un triunfo humano» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., p. 35).

«Debido a que el sentido puede "extraerse" incluso del sufrimiento, la vida demuestra estar potencialmente plena de sentido, literalmente hasta nuestro último aliento. De ninguna manera, sin embargo, el sufrimiento es imprescindible para encontrar sentido. Pero el sentido es posible, aun a pesar del sufrimiento. Esto es cierto, por supuesto, solo para sufrimientos inevitables. Si fueran evitables, lo sensato sería eliminar su causa, ya sea psicológica, biológica o política. Sufrir innecesariamente es masoquismo, no heroísmo. Pero si no podemos cambiar la situación que causa nuestro sufrimiento, sí nos

es posible elegir nuestra actitud ante el mismo» (Frankl, Viktor, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 6ª ed., p. 37).

Asociación Edufamilia

## V. VALOR, DIGNIDAD Y PRECIO

---

El capítulo que ahora comienzas no es del todo imprescindible para la correcta comprensión de la persona humana, aunque añade algunos matices interesantes. Debes ser tú mismo, querido lector, quien determine si vale la pena que lo estudies, que lo dejes para más adelante o simplemente que lo ignores. Me reconozco incapaz de darte un consejo sin estar al tanto del nivel de tus conocimientos e intereses.

---

### ¡UN ÚLTIMO ESFUERZO PARA MANTENERSE EN FORMA!

- ¿Consideras que el término «valor» es el más adecuado para lo que habitualmente quiere indicarse con él —la formación integral de la persona— o suscita en ti alguna reserva? En caso afirmativo, ¿qué tipos de reparos serían?
- Ante la pregunta sobre la naturaleza de lo bueno —¿qué es el bien?—, ¿cuál sería tu respuesta?
- Intenta enunciar distintos tipos de bondad, ya sea de manera formal y teórica, ya mediante ejemplos.
- Una vez que te hayas hartado de lo anterior, descansa. Y, más adelante, procura reunir los distintos bienes que hayas descubierto en grupos relativamente semejantes.
- Si todavía te queda algo de aliento, haz un esquema donde esos bienes, además de asociados, compongan una jerarquía según su respectiva «calidad». Por ejemplo, el dinero vendría antes o después que la salud (tú verás); la honradez, por encima o por debajo de uno y otra; la falta de respetos humanos o la desatención al «qué dirán» se incluiría en el primer conjunto o en el segundo...
- Volviendo al tema central de este módulo, ¿estimas que existe alguna relación entre los dos atributos fundamentales de la persona: su dignidad y su singularidad extrema? Si te hueles que sí —y si a estas alturas ni siquiera «te lo hueles» o tú o yo somos un absoluto *negado*—, ¿cómo explicarías ese nexo? Me gustaría mucho que te explicararas en la respuesta.

Y, ahora, el último tramo de este escrito

## «NECEDAD POÉTICA»

Cuando Machado escribió que «solo el necio confunde valor y precio», probablemente recordaría aquella frase de San Anselmo, tomada a su vez de las Escrituras, con la que comienza su célebre *argumento ontológico*: «Dijo el necio en su corazón: “no hay Dios”».

Lo que tal vez no se imaginaba es el cúmulo de historia de la filosofía, de antropología e incluso de metafísica que encerraba tan breve frase.

Y no solo por eso de que bastantes de nuestros conciudadanos parecen venerar al dinero como si de un *dios* se tratara. Sino por lo que me propongo explicarte, con el fin de aclarar y ordenar parte de lo ya visto y de sacar a la luz algunas de las dificultades con que hoy nos topamos para percibir en toda su hondura la dignidad personal y para obrar en consecuencia.

Repito que se trata de un rodeo de cierto calibre, que en ocasiones puede resultar un tanto arduo. Pero me parece conveniente para continuar poniendo de manifiesto el núcleo de la condición personal.

Apunto también con ello que si algún lector encuentra especial dificultad en los párrafos que siguen, puede sin problemas prescindir del punto 3. *La relativización de lo bueno*, y dejar su lectura para más tarde... ¡o para nunca! ¿Quién se lo va a impedir?

Solo el necio confunde valor y precio (¡sin perdón!)

## 1. NATURALEZA Y TIPOS DE BONDAD

### ♪ ♪ Hablemos de bondad... una vez más ♪ ♪

Inicialmente, durante muchos siglos y para la mayor parte de las personas, incluidos los filósofos, existía un término clave con el que aludir a cuanto resultaba digno de ser apreciado. Se trataba del vocablo «bueno», con su correspondiente abstracto «bondad».

Ni uno ni otro se limitaban a los dominios de la ética: una persona buena o que obra moralmente bien; sino que, en parte como sucede también hoy, indicaban de manera más universal y genérica la categoría o el valor de algo: un buen perro de caza, un buen coche de caballos o un buen trineo, un buen ordenador, etc.

Tal bondad, ligada estrechamente a la verdad y la belleza, tenía mucho que ver con la *perfección* de las distintas realidades; con lo es perfecto y/o capaz de perfeccionar a otros. En semejante sentido:

- 1) Dios era el Bien sumo y la Perfección suprema.

2) Además, se consideraba bueno cuanto había alcanzado o se acercaba a su plenitud: un varón o una mujer física, psíquica o espiritualmente desarrollados; un animal o una planta bien crecidos; un proyecto de vida logrado, un camino terminado, sólido y fácil de transitar.

3) Y, por fin, también era bueno lo que contribuía a la mejora de otras realidades: el martillo eficaz para construir muebles, el alimento sabroso y nutritivo, el negocio limpio y rentable.

Durante centurias, además, se distinguían tres tipos fundamentales de bienes, que, ordenados de «*menos a más buenos*», recibían los siguientes nombres:

- ◆ El bien útil o instrumental.
- ◆ El placentero o deleitable.
- ◆ Y el que llamaban bien *honesto*, que personalmente prefiero calificar como bien digno, bien absoluto o bien-en-sí.

---

A lo largo de muchos siglos, existían tres tipos fundamentales de bondad

---

## La utilidad

De manera intuitiva, y más en la época en que vivimos, resulta fácil advertir que *ser útil* constituye algo positivo, beneficioso, y que por eso debe incluirse en la categoría de lo bueno o dotado de valor.

Más todavía: en nuestros tiempos, muy a menudo es este tipo de bondad el que más salta a la vista y el que en principio andamos buscando. Y esto hasta el punto de que la pregunta más frecuente para descalificar una actividad, un programa de formación, una asignatura, una carrera, una asociación o incluso a una persona, se formula del modo siguiente: «¿para qué *sirve?*, ¿cuál es su *utilidad?*», dando por supuesto que no tiene ninguna.

Conviene, entonces, detenernos en dos puntos:

1) Antes que nada, hay que corroborar que lo útil es apreciable y debe ser apreciado: es bueno.

2) Inmediatamente después, conviene dejar claro que, por más que en una civilización pragmatista como la presente sea sobrevalorada y perseguida a ultranza, la utilidad constituye la bondad de rango inferior, incluso ínfimo: lo «menos que se despacha en bondad», por emplear una expresión castiza.

Cabría explicarlo diciendo que, cuando este término se usa en su acepción propia y estricta, lo útil tiene su bondad *fuera de sí*. O, lo que viene a ser igual:

- ◆ Que no vale por sí mismo, sino solo en la medida en que se utiliza para realizar «otra cosa»: una mejora real o presunta en una realidad *distinta*.

- ◆ Que ese progreso o perfeccionamiento que lleva a cabo *en otro* es lo verdaderamente apreciable.
- ◆ Y, por consiguiente, que en cuanto ya no sirva como instrumento para algo *realmente bueno*, lo útil pierde todo su valor, su *utilidad*.

---

Lo útil tiene su bondad *fuera de sí*

---

## De útil a in-útil... o sin ningún valor

Por ejemplo, no merece la pena conservar un cuchillo que ha dejado de cortar y no tiene arreglo, una secadora o una batidora incapaces de secar o de batir, un coche con tantas averías que se ha vuelto in-utilizable... o, por desgracia, si es el caso, una persona incapaz de ejercer aquellas funciones o tareas por las que — en exclusiva, ¡e *injustamente!*— se la valoraba.

Ni tampoco tendría sentido alguno la posesión del mejor de los cortacéspedes si, por una suerte de confabulación universal, *nadie* requiriera su utilización, a pesar de todos los inconvenientes que pudiera llevar consigo el crecimiento desmesurado de la hierba.

El cortacésped es solo un instrumento; su valor, por decirlo con las palabras antes resaltadas, *está en* la voluntad de quienes deseen que arreglen el césped de su jardín y se hallan dispuestos a pagar por ello o, al menos, a agradecerlo; si todo el mundo llegara al acuerdo de dejar crecer la hierba (algo parecido a lo que sucede en algunas huelgas, donde los responsables de la limpieza acuerdan no recoger la basura), el mejor de los cortacéspedes en el mejor de sus estados ¡*no* valdría absolutamente *nada!*

Otro ejemplo, tal vez más fácil de captar: si, con el avance de la técnica, los ensamblajes que hoy se llevan a cabo mediante tornillos fueran completamente sustituidos por otro tipo de uniones más fáciles, eficaces, económicas y duraderas, incluso el mejor de los destornilladores o de los instrumentos más sofisticados para atornillar perdería por completo su valor. Y es que tales aparatos no valen sino en la medida en que la unión mediante tornillos, es decir, algo *exterior a ellos*, resulta necesario o conveniente. Como decía antes, esos utensilios tienen su valor *fuera de sí*.

---

Repito, por si ahora alguien sí lo entiende: lo útil tiene su bondad fuera de sí

---

## La inutilidad de lo super-útil

De manera similar, pero más drástica, el dinero —instrumento entre los instrumentos o útil entre los útiles— pierde todo su valor cuando, como sucede a veces en las guerras o revoluciones, nadie está dispuesto a dar o realizar nada a cambio de él (recuerdo en este momento una de las escenas más dramáticas de *Hotel Rwanda*).

De lo que se infiere que cuando lo útil —que es un mero bien relativo— se transforma en el bien supremo o incluso en el único bien digno de aprecio, y sobre todo cuando es el baremo fundamental, ¡o exclusivo!, para medir al ser humano, se produce una subversión en la jerarquía de lo bueno cuyos efectos son difíciles de prever... aunque van estando a la vista de todos.

Con palabras duras de García Morente,

... la conversión injustificada de un valor útil en un valor-fin es un error, una aberración estimativa.

Esa aberración suele ser denominada «pragmatismo» o «utilitarismo».

Como ya he apuntado, *no* consiste en otorgarle un valor a lo útil, pues efectivamente lo tiene y es óptimo reconocérselo; sino en convertir la utilidad en el máximo bien o, si se me apura, en el único que merece la pena tener en cuenta, subordinando a él los restantes.

---

### Lo útil tiene un valor, pero nunca es el valor supremo

---

En nuestra civilización, el utilitarismo reviste una forma muy lógica y coherente con ella: el economicismo o mercantilismo, la prioridad casi plena del valor económico sobre cualquier otra consideración. Y digo que resulta *lógica* porque si el dinero es «el útil de los útiles», por cuanto *sirve* para conseguir prácticamente todo, la inflación del valor conferido a la utilidad desembocará en un imperialismo del *vil metal*, capaz de comprar incluso lo digno: las personas y cuanto a ellas se refiere, como la amistad, el amor, la libertad, etc.

En la medida en que se advierte lo que de perverso tiene esta primacía, utilizamos vocablos del tipo de «metalización» o similares. Con estas expresiones queremos indicar normalmente dos cosas:

1) Que aquel cuya única meta son los beneficios económicos deshace su propia grandeza de persona, creada para aspirar a bienes y empresas más nobles, y se «metaliza» a sí mismo.

2) Y que, como consecuencia, atenta contra la dignidad del resto, pues en vez de apreciar la insigne categoría de su condición personal, los transforma también en meros instrumentos y los valora exclusivamente a tenor de su utilidad.

Me parece que es sencillo advertir en qué medida el utilitarismo y el economicismo, cuando adquieren las proporciones de que gozan hoy en día, dificultan o incluso impiden percibir la valía propia de la dignidad, por más que se hable y escriba en torno a ella: pues, como veremos, el «valor» propio de la dignidad nada tiene que ver ni con el precio ni con la utilidad. La dignidad carece de *valor económico*... justo porque está muy por encima de él: no es meramente útil. Más aún, si poseyera algún *precio*, si se pudiera comprar o vender, dejaría de ser *dignidad*.

---

En nuestra civilización, el utilitarismo reviste la forma de economicismo, incompatible con el auténtico aprecio de la dignidad de la persona

---

## Lo agradable

Lo que los clásicos llamaban bien deleitable o placentero ocupa un grado más alto que lo útil en la jerarquía objetiva de los bienes.

El motivo es que, al contrario de lo que sucedía con lo útil, la causa de que se aprecie y persiga lo que genera placer se encuentra dentro de ello, es intrínseca o esencial, aunque siempre esté relacionada con quien resulte capaz de experimentar la satisfacción que se sigue de su uso y subordinada a que lo logre o no.

Concretando: el que la bondad de lo placentero sea íntima o constitutiva — y, justo por eso, represente un bien de más valor que el meramente útil— quiere decir que las realidades que deleitan *valen* porque pueden provocar *directamente* o *por sí mismas* una satisfacción; y no, como en el caso de lo útil, por servir para realizar algo *distinto* de ellas, que es lo realmente valorado.

El modo más claro de ver la diferencia es precisamente el de un instrumento —el dinero es de nuevo el modelo por excelencia— *mediante* el cual se logra *otra cosa* (una botella de vino, un deportivo, «el cuerpo de una persona»...), que es la que genera *de forma directa e inmediata* el gozo.

Por otro lado, la *debilidad* de este tipo de bien es similar a la de los instrumentos; pues si aquel o aquellos a quienes iba encaminado el deleite ya no lo experimentan o deciden prescindir de esa satisfacción, lo placentero pierde también *todo* su valor: es el caso del acostumbramiento a una determinada dosis de droga y otros similares.

---

Si nadie persigue el deleite que provoca, lo placentero carece de valor

---

## Los pros y los contras del placer

Lo cual nos permite, también ahora, puntualizar algunos extremos:

1) Antes que nada, que el placer y, por consiguiente, lo que es capaz de generarlo, merecen la calificación de bueno con mayor propiedad y fundamento que lo simplemente útil, aunque con alguna frecuencia los dos atributos —utilidad y goce— estén unidos en una misma realidad e incluso tiendan a fundirse y confundirse: en ocasiones algo es útil precisamente porque provoca cierta fruición o deleite.

Por tanto, se acercaría a un puritanismo estrecho quien pretendiera rechazar como negativo el placer. Aun cuando en determinadas circunstancias una persona decida renunciar a él por motivos superiores, y tal actuación sea laudable y meri-

toria, forma parte de una humanidad íntegra y no contrahecha el aprender a disfrutar y agradecer todos los encantos y nobles gozos que nos ofrecen la naturaleza y las relaciones interpersonales; más aún, si no se estimaran tales bienes, el hecho de prescindir de ellos no tendría mérito alguno.

2) Con todo, es indispensable señalar que tampoco esta bondad es la más alta ni está libre de la posibilidad de desvanecerse. Basta, como decía, que la persona a quien antes algo (o alguien) le proporcionaba agrado deje de sentirlo o decida repudiarlo, para que el valor de lo deleitable se esfume.

Según apuntaba, el asunto se observa de forma muy neta en el caso de excitan-tes como la droga, el tabaco o el alcohol. Pero también se muestra con triste claridad cuando en una relación presuntamente personal cualquiera de los que la integran —¡o todos ellos!— está siendo estimado exclusivamente por su aptitud para satisfacer a los demás en los distintos niveles en que tal complacencia puede situarse: física, emotiva, de autoafirmación, etc.

---

A ello apelaba Kierkegaard al definir ciertos matrimonios como un «egoísmo a dos»

---

Por desgracia, no estamos ante algo ajeno a nuestra cultura.

3) Por fin, hay que añadir que, también ahora, transformar el deleite y aquello que lo provoca en el bien por antonomasia constituye una auténtica corrupción, de consecuencias nefastas para la vida de las personas y sociedades y del conjunto de la humanidad. Algo que no necesita demostración, porque lamentablemente lo estamos observando o viviendo día tras día.

En este caso, la aberración correspondiente recibe el nombre de «hedonismo». Y tampoco consiste en apreciar el placer, pues vuelvo a repetir que es algo bueno e incluso muy bueno; sino en subordinar a él otros bienes superiores o, lo que viene a ser idéntico, pero más radicalizado, en medir la calidad de algo o de alguien exclusivamente en virtud del deleite que sea capaz de provocar.

La prostitución más clásica y el conjunto de comportamientos que hoy se asemejan a ella o la radicalizan responden a estos criterios.

---

Transformar el deleite y lo que lo produce en el bien por antonomasia —subordinando a ellos bienes superiores— constituye una corrupción, de consecuencias nefastas para la vida de las personas y sociedades

---

## El bien-en-sí

Curiosamente, lo que nuestros clásicos consideraban como el bien en su acepción más propia, el que para ellos resultaba más evidente, aquello a lo que se referían cuando utilizaban el término «bueno» sin ningún tipo de aditamentos... es lo más difícil de definir y de apreciar en el mundo contemporáneo.

(Como prueba y, en cierto sentido, como amable experimento que no pretende ofender a nadie, por ahora no explicaré en qué consiste esta clase de bondad ni pondré ejemplo alguno que ayude a *localizarla*. Si el lector se siente un tanto desorientado y no acierta a saber de veras a qué me refiero, podrá comprobar por sí mismo en qué medida lo bueno-en-sí queda fuera de las coordenadas en que se mueve nuestra civilización).

En cualquier caso la dificultad para *definir* el bien-en-sí no es del todo coyuntural, sino que remite a apreciaciones que en cierto modo ya he apuntado.

Justo por referirse a la bondad suprema —que, en fin de cuentas, equivale al ser desarrollado y en plenitud, a lo perfecto o capaz de perfeccionar— los bienes-en-sí constituyen algo del todo *primario*, que solo admite un conocimiento directo y no a través de nociones previas o anteriores.

Más bien serían los otros bienes, los inferiores, los que habría que definir con relación a este, el bien por antonomasia o bien sin más: aquel que debería advertirse en primer término y con relación al cual podrían percibirse los restantes.

Y así ocurrió durante siglos. De esta suerte, y por más que pueda chocarnos, cuando Aristóteles consideraba la filosofía como *in-útil* (*no útil*) pretendía «echarle un piropo» o resaltar su valía, afirmando que no se trataba de una realidad *simplemente* útil o placentera, sino de algo muy superior, que merecía ser apreciado por sí mismo: como la amistad, pongo por caso. La filosofía era, por tanto, un bien absoluto. Calificarla de *útil*, según cuanto he explicado, equivaldría a degradarla.

El que bastantes de nuestros contemporáneos no solo no lo entiendan de este modo, sino que, movidos por una buena pero poco ilustrada voluntad de «defender» la filosofía, hagan hincapié en su «indudable utilidad para la vida» —de la que efectivamente goza—, manifiesta de nuevo hasta qué punto la concepción de lo bueno ha variado desde entonces, hasta transformar lo útil y lo deleitable en el bien por excelencia y casi en el único bien.

## Y el relativismo contemporáneo

Por todo ello, el problema del mundo de hoy no es tanto que no sepa definir lo bueno-en-sí, pues esto, en cierta manera, resulta connatural a tal bien. Lo realmente grave y preocupante es la incapacidad generalizada para captar o reconocer o descubrir este género de bienes.

Al margen de consideraciones más definitivas, que reservo para otra ocasión, el motivo fundamental de tal déficit probablemente radique en un *relativismo total y omniabarcante*, a la vez difuso y muy operativo, que torna complicada y casi imposible, entre otras cosas y en lo que ahora nos incumbe, la comprensión de lo bueno o malo *en-sí-mismo* y no *con relación* o con referencia a alguien: es decir, solo en cuanto genera un beneficio o daño *a ese* alguien.

Y esto, a su vez, viene determinado por otras razones que no cabe considerar aisladamente —como un nexo unilateral de causa-efecto—, sino de forma global

e interrelacionada o, si se me permite la imagen un tanto tosca, al modo de una pescadilla que se muerde la cola.

Con otras palabras: los distintos factores a que aludiré de inmediato —y que de momento tal vez no se comprendan por completo— se potencian entre sí, en una especie de *realimentación* sin término.

En concreto:

- ◆ Se instaura un predominio absoluto del *yo* sobre el *ser*. Es decir, la primacía de mis gustos o intereses subjetivos, particulares y cambiantes, sobre la consistencia objetiva de la realidad, a la que más de una vez me he referido y todavía desarrollaré.
  - ◇ De esta manera se establecen las bases para la relativización absoluta del universo: el valor de cualquier cosa o persona se lo otorga cada uno de los *yo* que entran en contacto con ella y no la naturaleza o densidad de ser —es decir, la bondad— que tal realidad posee en sí misma.
- ◆ El *relativismo* que deriva de esa hegemonía del *yo*, convertido paradójicamente en dogma universal y apenas discutible —en verdad *absoluta*—, impide la afirmación de la bondad (o la verdad o la belleza) de algo como constitutivo suyo, al margen de los distintos *puntos de vista*: «eso será bueno o verdadero o bello *para ti*, pero no *para mí* o *para algún otro*».
- ◆ A su vez, como consecuencia de lo anterior, el triunfo casi total y nada crítico de los *bienes-para-mí*—utilidad y placer— se impone casi por ósmosis e influjo del ambiente. Y domina de tal manera, que muchas personas quedan incapacitadas para comprender cómo o en qué sentido algo podría declararse bueno si no reporta un beneficio a alguien y, en definitiva, a uno mismo, aunque ese beneficio no fuera otro que el de sentirse bien.

Con lo cual volvemos al principio, y los elementos que componen esta especie de aglomerado de causas se van imbricando hasta tornarse inseparables y reforzarse mutuamente.

---

La hegemonía absoluta del yo sobre el ser desemboca en el relativismo

---

## Consecuencias del relativismo

El resultado final, aun con muchas excepciones, podría concretarse en algunos extremos ya apuntados:

- ◆ La exclusión de lo bueno-en-sí del ámbito de lo dotado de valor o, lo que viene a ser lo mismo, la reducción de *todos* los bienes posibles a aquellos que producen placer o utilidad.
- ◆ Como consecuencia bastante inmediata, la incapacidad casi generalizada de apreciar y reconocer los bienes absolutos o dignos: amistad, saber,

poesía, belleza... e incluso el propio Dios (he aquí algunos de los ejemplos de bien-en-sí que antes no quise mencionar).

- ◆ Por fin, y esto reviste una importancia capital, una tendencia no siempre advertida a la «animalización» o «cosificación» del ser humano, al que por naturaleza le corresponde estimar, confirmar y promover lo bueno en sí, pero que —como el animal— hoy tiende a ir tras el bien-para-sí, entre otros motivos porque no es capaz de concebir que algo sea bueno al margen del yo al que aprovecha.

(Como es sabido y muestra cada vez con mayor claridad la psiquiatría, el egoísmo erigido en norma de vida tiene un poder fuertemente animalizante y se sitúa en el origen de ciertos trastornos, como algunas neurosis noógenas).

### «Animalización» y superación del relativismo

Quisiera mostrar detenidamente la equivalencia entre la reducción de todo bien a bien-para-mí y la condición meramente animal.

Para lograrlo bastará advertir con la mayor claridad posible que la realidad que lo circunda *ni siquiera existe* para los animales irracionales cuando, en virtud de las condiciones biológicas del animal *en ese preciso momento*, no representen *para él* ni un beneficio ni un daño.

Con un ejemplo: solo cuando está sediento, un perro o un caballo son capaces de percibir el agua, y de percibirla *no* como agua, sino como aquello capaz de calmar su sed, de devolver el equilibrio a un organismo momentáneamente desequilibrado. Y lo mismo ocurre con el alimento, que solo *existe* cuando el animal tiene hambre, o con el ejemplar del sexo complementario, que *no es percibido* como tal sino en la época de celo.

Es decir, son las circunstancias del animal —el «yo», en términos antropomórficos— las que hacen que existan o dejen de existir, para él, las realidades que componen su entorno: existen cuando resultan significativas para su dotación de instintos y dejan de existir cuando no le suponen ni un beneficio ni un perjuicio.

Pues bien, la persona que hace girar el mundo entero en torno a sus apetencias e intereses actúa de manera análoga al animal, se opone inconscientemente a su condición de persona, destinada a buscar el bien del otro en cuanto otro, al amor; y, en un sentido no solo metafórico, pues a veces se concreta en perturbaciones psíquicas, se va *animalizando*.

---

El egoísmo va contra la naturaleza personal  
y origina a menudo dolencias psíquicas e incluso físicas

---

Y no es sencillo salir de esa situación, sobre todo, cuando se ha hecho costumbre, animada tal vez por las sollicitaciones del ambiente y por todo un conjunto de teorías psicológicas que interpretan al hombre como si fuera un simple

animal, estableciendo como regla de oro el principio de la *homeostasis* o recuperación del equilibrio, roto por las distintas pulsiones.

En tales circunstancias —casi omnipresentes en la civilización contemporánea—, resulta imprescindible un esfuerzo notable, junto con el consejo y la ayuda ajenos, para encaminar las mejores energías del propio ser hacia una realidad externa capaz de llevarnos a actuar de nuevo como personas, asentando la propia dignidad y reconociendo la de quienes nos rodean.

Como ya sabemos, apoyar esa tarea es una de las misiones de la logoterapia, explicada con detalle en esta larga cita de Frankl, divisible en tres etapas sucesivas.

- En primer lugar, la imagen intuitiva de conjunto:

La logoterapia no es una labor docente ni misionera. Se encuentra tan lejana del razonamiento lógico como de la exhortación moral. Intentaré explicarlo gráficamente: el papel del logoterapeuta es más parecido al de un especialista en oftalmología que al de un pintor. El pintor intenta ofrecernos una imagen del mundo tal y como él lo ve. El oftalmólogo, por su parte, pretende que veamos el mundo tal y como el mundo es. La función del logoterapeuta consiste en ampliar y ensanchar el campo visual del paciente hasta que visualice responsablemente el amplio espectro de valor y de sentido contenido en su horizonte existencial. La logoterapia no necesita imponer al paciente ningún juicio de valor, ya que la verdad se impone por sí misma.

- A continuación, el núcleo de la propuesta, tal como lo he enunciado:

Al declarar al hombre un ser responsable y capaz de descubrir el sentido concreto de su existencia, quiero acentuar que el sentido de la vida ha de buscarse en el mundo y no dentro del ser humano o de su propia *psique*, como si se tratara de un sistema cerrado. La misma argumentación permite afirmar que la auténtica meta de la existencia humana no se cifra en la denominada autorrealización.

La autorrealización por sí misma no puede situarse como meta. No debe considerarse el mundo como simple expresión de uno mismo, ni tampoco como mero instrumento, o como un medio para conseguir la ansiada autorrealización. En ambos casos la visión del mundo, o *Weltanschauung*, se convierte en *Weltentwertung*, es decir, menosprecio del mundo.

- Por fin, la doctrina global en que se encuadra el propósito:

A esta característica esencial del hombre la designé "autotrascendencia de la existencia": ser hombre implica dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno mismo, bien sea realizar un valor, alcanzar un sentido o encontrar a otro ser humano. Cuanto más se olvida uno de sí mismo —al entregarse a una causa o a una persona amada— más humano se vuelve y más perfecciona sus capacidades. En efecto, cuanto más se afana el hombre por conseguir la autorrealización más se le escapa de las manos, pues la verdadera autorrealización solo es el efecto profundo del cumplimiento acabado del sentido de la vida. En otras palabras, la autorrealización no se logra a la manera de un fin, sino más bien como el fruto legítimo de la propia trascendencia.

Aunque lastrado por cierto dualismo, también resulta ilustrativo el testimonio de un personaje de Tolstoi:

En Nejlíúdiv, como en todos los hombres, había dos naturalezas. Una la espiritual, que solo buscaba para sí el bien que fuese bien para sus semejantes, y la otra la animal, que solo buscaba el bien para sí y que en aras de este bien estaba dispuesta a sacrificar el

bien del mundo entero. En este período de su locura de egoísmo, provocada por la vida militar y peterburguesa, la naturaleza animal imperaba en él y tenía reprimida por completo a la naturaleza espiritual. Mas al ver a Katiusha y al sentir de nuevo lo que hacia ella había experimentado en otros tiempos, la naturaleza espiritual levantó la cabeza y de nuevo empezó a reclamar sus derechos. Durante los dos días que precedieron a la Pascua se desarrolló dentro de él una lucha interna de la que no tenía conciencia.

La cita me parece sugerente también por un motivo al que ahora solo puedo aludir: la única vía para superar el desordenado y animalizante amor a sí, consiste en introducir en nuestra propia existencia un gran amor, como en este caso el que Nejlíúdiv recuerda haber sentido hacia Katiusha.

Un amor «malo», y uso adrede esta expresión ingenua, nunca se cura con el «vacío», sino con otro amor auténtico y genuino: con un «buen» amor.

---

La única vía para superar el desordenado y animalizante amor a sí,  
consiste en permitir que habite en nuestra propia existencia un gran amor

---

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿Qué te parece la descripción de lo útil como aquello cuya bondad se encuentra *fuera de sí*? Si la consideras adecuada, ¿podrías poner otros ejemplos de realidades útiles y mostrar en qué consiste su valor?
- En tu opinión, ¿es correcto decir que muchos de nuestros contemporáneos están incapacitados para apreciar otros bienes que los de la utilidad y el placer? ¿Cómo les explicarías lo que es un bien digno o bien-en-sí? ¿Podrías poner algunos ejemplos?
- Si alguien te dijera que lo que le propones no tiene utilidad alguna, ¿serías capaz de mostrarle que eso no necesariamente lleva consigo su descalificación como carente de todo valor?; ¿y de convencerle de que, justo por eso, goza en ocasiones de una valía superior?
- ¿Cuándo la amistad, o el propio Dios, son tratados más bien como bienes útiles o placenteros que como bienes-en-sí? ¿Es compatible la afirmación de que la amistad es buena por sí misma y el hecho de que el trato con nuestros amigos nos resulte no solo gozoso, sino que también reporte muchas veces claras utilidades? Pon ejemplos y explica cuanto consideres necesario para entender a fondo el asunto.
- ¿Te parece adecuado relacionar lo útil y deleitable exclusivamente con la sensibilidad, y lo bueno-en-sí con la voluntad? En cualquier caso, interpreta desde esta perspectiva la cita de Tolstoi que aparece casi al final del presente apartado.

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- En este caso, recojo un conjunto de citas *escalonadas* que ilustran lo expuesto en las últimas páginas. Algunas encierran más dificultad de lo habitual, por lo que puedes sencillamente dejarlas de lado:

- «Nuestra época, mi época, el período de la posguerra, de la generación de los sesenta y los setenta estuvo marcada por tres hechos: el materialismo, el subjetivismo y el utilitarismo.

El "materialismo" se refiere al mismo tiempo a poseer y a comprar, al consumismo. Pero supone también ver a las personas como meros objetos, como cosas.

El "subjetivismo" supone verlo todo en relación con uno mismo, decidiendo que nada existe fuera del yo y que en ellos mismos no existen normas acerca del bien y del mal. Lo único que existe en estas materias es mi propia opinión.

El "utilitarismo" consiste en utilizar a los demás en provecho propio. Frente a la gente se calcula si nos pueden resultar útiles.

Estas posturas son mucho más evidentes en la actualidad que en la generación de mis padres, durante la guerra. Buscamos el sentido en nosotros mismos, en nuestra propia realización. Todo se resuelve en torno a nuestro yo.

Pero ahí no se encuentra la felicidad» (Matlány, Janne Haaland, *El amor escondido. La búsqueda del sentido de la vida*, Belacqua, Barcelona 2002, pp. 48-49).

- «El utilitarismo y la ética de principios son parciales e incompletos. Son dos teorías mutiladas que explican la moral a medias. Por una vez el oscuro Hegel se expresa con claridad: "Estos dos principios", dice, "el que establece que hay que desdeñar las consecuencias de las acciones y el que sostiene que hay que juzgarlas por sus consecuencias, que son elevadas a la condición de norma de lo justo y lo bueno, han sido engendrados por un entendimiento abstracto» (Barco, José Luis del, *Bioética de la persona*, Universidad de la Sabana, Santafé de Bogotá, p. 190).

- «El oscurecimiento de la verdad religiosa, la duda sobre la propia existencia de una verdad objetiva, constituyen la mayor amenaza que acecha al espíritu humano en los comienzos del siglo XXI [...] Al hombre del siglo XXI, tantas veces enfermo del más desalentador relativismo, hay que anunciarle la buena nueva de que existe la verdad y que la mente humana es capaz de conocerla» (Orlandis, José, *La vida cristiana en el siglo XXI*, Rialp, Madrid 2001, p. 93).

- «La actitud egocéntrica, dirigida a vigilar, a dominar, a instrumentalizar al otro, se encuentra estrechamente unida a un pensamiento "disponente" y objetivante, que se olvida de aquello que conoce, al imponerle de manera arbitraria un fin subjetivo ajeno a la naturaleza del objeto. El sujeto se sitúa en el centro y observa todo lo demás solo en función de los propios fines, como si fueran una proyección de las propias apetencias y deseos; los mismos esquemas cognoscitivos llevan aparejada una perspectiva que selecciona aquellos aspectos del objeto que pueden reducirse a reglas, preverse y utilizarse. Para el esclavo de esta visión, lo otro no existe en cuanto tal y, mucho menos, si es persona, en cuanto persona» (U. Galeazzi, *La scuola di Francoforte*, Roma 1978, p. 125).

- «Es posible que el egocéntrico consiga éxitos y prestigio, al polarizar todos sus esfuerzos en construirse su propio pedestal, pero al fin se cumplirá en él lo que Nietzsche hace decir a Zaratustra: "Ya arriba siempre me encuentro solo. Nadie me habla; el frío de la soledad me hace tiritar"» (Cardona Pescador, Juan, "El síndrome de soledad (I)", en *Mundo Cristiano*, enero 2000, p. 45).

- «Cuando Goethe dijo: “La familia es tabla de salvación o sima de perdición”, señaló uno de los condicionamientos más importantes del carácter social del hombre. La familia es la célula germinal de la sociabilidad del hombre. Del equilibrio amoroso o de la distorsión desamorada de la familia dependerá, en gran medida, la plenitud humana del individuo en cuanto que es precisamente en el ámbito familiar donde el hombre comienza a establecer vínculos afectivos y relaciones con lo que no es él mismo.

Es en la familia donde, desde niño, el ser humano comienza a querer y a ser querido, y donde comienza a tomar conciencia de que su libertad no puede confundirse con la independencia absoluta, o con ausencia de compromisos, y que su libertad está en necesaria relación con la libertad de los demás.

Es en la familia donde el hombre encuentra el cauce para desarrollar su capacidad de utilidad. Sentirse útil en la vida es requisito indispensable para la felicidad y, por consiguiente, para evitar la soledad. Servirse a sí mismo facilita el enquistamiento en el propio yo, y predispone a automarginarse o a ser marginado, por el rechazo que provoca en los otros el egoísmo» (Cardona Pescador, Juan, “El síndrome de soledad (II)”, en *Mundo Cristiano*, febrero 2000, p. 40).

- «El amor es más que un simple sentimiento de cuidado o preocupación. El amor debe ser tangible; para ser real debe expresarse en la acción. El amor es la habilidad para reconocer las necesidades de los demás y la voluntad de utilizar sus propios recursos para responder a esas necesidades. Requiere dejar de lado todo, incluidos nuestros propios deseos, por el bien del otro» (Arzú de Wilson, *Mercedes, Amor y familia. Guía práctica de educación y sexualidad*, Palabra, Madrid 1998, p. 125).

## 2. LÓGICA DE LOS EQUIVALENTES Y DE LA GRATUIDAD

### ¿Existe un precio para lo digno?

Sería imperdonable proseguir estas reflexiones sin traer a colación las palabras con que Kant distingue entre precio y dignidad.

Escribe el autor alemán:

En el reino de los fines todo tiene o un precio o una dignidad. Aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad.

Dentro de la tríada que acabo de recordar —valor, dignidad, precio—, las palabras de Kant vendrían a diferenciar dos tipos de *valores*: uno, muy insigne, al que denominamos *dignidad*, y otro, de mucho menor calado, que se identifica con el *precio*.

[Si no yerro, resulta bastante significativo el que —aunque Kant se refiera a fines— nosotros nos sintamos inclinados a hablar de valores... y no de bienes. La razón parece sencilla: y es que, por más que verbalmente lo neguemos, el precio presenta en nuestra sociedad una clara primacía a la hora de establecer la categoría de algo (de hecho, algo se *valora* cuando se está dispuesto a pagar por ello); y precio es más fácilmente asimilable a valor que a bondad.

Por eso, si el punto de referencia prioritario para valorar las distintas realidades fuera lo digno, estimo que no habría ningún motivo para evitar el término bondad. Como acabo de decir, en parte es la relación inconsciente que establecemos entre valor y dinero la que nos inclina a utilizar el «valor» como vocablo que engloba la dignidad y el precio].

Al margen de que estas apreciaciones sean o no correctas, no parece necesario insistir en que la dignidad es un valor de la máxima categoría o, con palabras del propio Kant, que «se halla por encima de todo precio». Más bien interesa explicitar la razón que alude el filósofo alemán y que nos servirá para acabar de entender en qué consiste la grandeza de la persona y cuál es la actitud adecuada respecto a ella.

Kant aduce un solo motivo: que ninguna persona es sustituible, porque carece de algo o alguien equivalente.

Se emplaza, por tanto, en perfecta continuidad con lo tratado en el capítulo anterior. Y pone de manifiesto que, en gran medida, la suprema valía de cualquier realidad —y, en concreto, de la persona— se encuentra determinada precisamente por el hecho de que no puede *intercambiarse* con otra, lo que a su vez deriva de que no posee un *equivalente*, de que es *única* y, como consecuencia, *irreemplazable*.

---

La suprema valía de la persona radica en no poder intercambiarse con otra, en no poseer un equivalente, en ser única e insustituible

---

## Dinero y precio

No sucede igual con las cosas, por más que también su precio aumente en la medida en que son más escasas, en que la demanda supera a la oferta.

(De hecho, aunque de un ejemplar único se dice que «no tiene precio», con frecuencia esa afirmación indica algo muy distinto a lo que literalmente expresa: no que no tenga precio, sino que este es muy elevado. Tal vez de manera particular hoy en día, por más que haya que pagar por esas realidades únicas y «preciosas», al cabo suele encontrarse algo —¡de muchas cifras!— por lo que se las puede intercambiar.

Las excepciones suelen presentarse cuando determinados objetos están dotados de un «valor añadido», resultado de su referencia entrañable con una persona: el reloj heredado del padre, el anillo que señaló el compromiso de una boda, el cuadro o cualquier otro objeto decorativo que se ha transmitido de generación en generación, el regalo que unos amigos hacen a otros de algo que siempre habían considerado muy propio y que los acompañó, por ejemplo, desde el mismo día en que se casaron...

Pero, en sí mismas, sin referencia a alguien que las personalice, las cosas, incluyendo animales y plantas, suelen ser objeto de compraventa.)

Más aún, desde que surgió hasta hoy, el comercio se fundamenta precisamente en que todo, excepto las personas (y en determinadas épocas, lugares o situaciones, desgraciadamente también las personas), posee algo del mismo «valor» —un equivalente— y puede canjearse por ello.

---

El comercio se fundamenta en que todo, excepto las personas, posee algo del mismo «valor» y puede canjearse por ello

---

Durante mucho tiempo ese trueque se hizo de forma directa, en especie: diez sacos de trigo equivalían, pongo por caso, a un cerdo, por lo que unos y otro eran perfectamente intercambiables. Excepto en caso de engaño o fraude, ninguno de los que realizaban el negocio perdía nada, sino que ambos ganaban, por cuanto a través de semejante operación adquirirían aquello de lo que carecían y se desprendían de lo que les sobraba, aunque lo hubieran producido *ex profeso* para el comercio.

A partir de determinadas épocas, y por motivos bastante obvios, en lugar de negociar directamente con los objetos, con la incomodidad que a menudo suponía, se inventaron distintos elementos que hacían de «mediadores» entre los diversos géneros. Cada realidad en compraventa era valorada en relación con el «mediador» en uso, y una determinada cantidad de este —fuera sal, oro o barajitas, por citar algunos casos— servía para intercambiar productos que no necesariamente había que llevar consigo.

Estamos en la prehistoria del dinero, que, una vez surgido y a lo largo de los siglos, adquirió también modalidades muy distintas, hasta desembocar hoy tantas veces en meras anotaciones en banca o en bolsa, dotadas de determinado valor en virtud de un acuerdo previo.

Aun habiendo simplificado enormemente el asunto, espero que quede claro lo que pretendía subrayar: el dinero se convierte en el instrumento por medio del cual un buen número de bienes pueden considerarse equivalentes o de idéntica valía (y, por tanto, intercambiables). A todo aquello susceptible de ser intercambiado se le asigna un precio... y ese es su «valor».

Me parece obvio que, no solo desde el punto de vista de la economía, sino también desde la perspectiva antropológica, estamos ante un avance, que en sí es perfectamente lícito, siempre que se aplique a las realidades que, por su misma naturaleza, lo permiten. A saber, aquellas entre las que puede instaurarse una relación de *equivalencia*, justo porque pueden sustituirse por otras: las «cosas», tomando este vocablo como contrapuesto a persona.

---

El dinero se convierte en el instrumento por medio del cual los bienes que lo admiten pueden considerarse equivalentes

---

Todo lo cual lleva a responder negativamente al enunciado del epígrafe anterior:

- ◆ Las personas (a quienes se aplica con mayor propiedad el calificativo de dignas), y cualesquiera otros bienes absolutos o en-sí, como pudieran ser la amistad o, en un nivel muy distinto, la gracia de los sacramentos, *no* pueden comprarse ni venderse.
- ◆ Ponerles un precio y adquirirlos mediante dinero es lo que tradicionalmente se ha llamado prostitución [o simonía, en el segundo supuesto], que, según su etimología griega, es lo mismo que tratarlos como cosas o «transformarlos» en ellas.

### Dignidad, singularidad y gratuidad

De lo visto hasta el momento cabe sacar un buen número de conclusiones. La primera, más básica y universal es que el valor eminente de las personas —lo que calificamos como dignidad— guarda una estrechísima relación con el hecho de ser extremadamente singulares o, si se prefiere, únicas e irrepetibles, incomparables o, mejor todavía, insustituibles.

Y que lo son por naturaleza y no por casualidad o de manera aleatoria. Por ejemplo, si en el mundo quedase solo una silla, aumentaría ciertamente su valor, pero no por ella ese asiento sería —en sí y por sí— único, pues nada en las sillas implica que no pueda haber otras iguales o parecidas.

Volviendo a las personas y remedando un modo de decir que ya empleé antes: si algo, por muy poco que valga, no puede *en modo alguno* ser sustituido por nada, ese valor *mínimo* se eleva prácticamente hasta el infinito *¡y deja de ser mensurable en términos económicos!*

Y aquí, casi paradójicamente y por sorpresa, nos topamos con una afirmación cuya relevancia especulativa y vital no puede exagerarse.

Dejando de lado los otros bienes-en-sí, el supremo valor de las personas no lleva consigo el que su precio haya de elevarse astronómicamente, sino, muy al contrario, que, tomadas justo como personas, en lo que tienen de estrictamente personal, sus relaciones han de ser por fuerza gratuitas, puesto que no pueden «pagarse» con nada.

(Hace pocos días, al terminar un delicioso recorrido en taxi, intenté dar una generosa propina al conductor. Ante su cordial pero decidida protesta, le comenté: «Una conversación tan agradable como la que hemos tenido también hay que pagarla». Y me respondió con infinita más finura y sabiduría: «No, una conversación así no se paga: se agradece»).

Todo lo anterior equivale a sostener que las relaciones propiamente personales se fundamentan en el amor y que este, a su vez, es por naturaleza *gratuito*; que ni se compra ni se vende, como decía la vieja canción andaluza, y, en sentido estrictísimo, ni siquiera uno o una lo *merecen* por llevar a cabo determinadas acciones, adquirir o poseer títulos, etc.: para otorgarlo y obtenerlo basta la condición personal, el *ser*-persona.

Según apunté, esta gratuidad permite entender con mayor hondura la radical contraposición entre lo útil y lo placentero —que tienen precio y son, por tanto, bienes inferiores— y lo digno, cuya valía tan elevada se sitúa en una esfera que nada tiene que ver con lo susceptible de comercialización.

---

Lo digno se sitúa en una esfera tan elevada  
que nada tiene que ver con lo susceptible de comercialización

---

## Consecuencias teóricas

Como anticipaba, desde el punto de vista teórico, cuanto acabo de sugerir dota de nueva perspectiva a prácticamente todo lo que hemos estudiado hasta ahora. O, si no lo he expuesto muy mal, más bien lo confirma con fuerza inusitada.

1) Puesto que el *ser* personal es lo inamovible, la dignidad acompaña de manera necesaria a toda persona, al margen de sus cualidades, aptitudes, actitudes, operaciones, circunstancias, etcétera, pues, si se va hasta el fondo de la cuestión, todo ello nada añade a ese *ser* (me refiero a la dignidad «ontológica», que es sin duda la más radical y definitiva).

2) Más aún, en cierto sentido, podría restarle.

- ◆ Cosa que resulta obvia, como vimos en capítulos anteriores, cuando los «méritos» externos con los que alguien se adorna no responden en absoluto a una categoría interior del relieve imprescindible para sustentarlos.
- ◆ Pero que también es válida, aunque más difícil de captar, cuando un varón o mujer que efectivamente han realizado obras dignas de encomio hacen radicar *en ellas* más que *en su ser persona* los motivos de su grandeza. O, con otras palabras, cuando, en el momento de valorarse, *anteponen* tales actividades, por muy nobles o heroicas que fueren, a su condición de persona.

(En fin de cuentas, el camino para entrever esta suerte de paradoja «pasa» por el reconocimiento o la aceptación de dos afirmaciones:

Que, sin que ello vaya en desdoro de quien lo lleva a término, cuanto un varón o mujer es capaz de realizar depende en última instancia de la eminencia de su ser.

Que, en nuestro caso, semejante ser nos ha sido dado gratuitamente).

Aunque con armónicos de alegoría, las palabras de Kierkegaard que transcribo son suficientemente reveladoras de cuanto intento apuntar y cuya comprensión, como anunciaba, resulta relativamente compleja:

Supongamos que el lirio pudiese hablar, ¿no tendría que decirle al afligido: "¿Cómo es posible que te admires tanto de mí? ¿Acaso ser hombre no será tan glorioso? ¿No valdrán en este caso las palabras de que ni toda la gloria de Salomón es nada en comparación con ser hombre —lo que todo hombre es—, de suerte que Salomón para ser lo más glorioso de lo que él es y estar convencido de ello tendría que *desvestirse de toda su gloria y solo ser hombre*? ¿Lo que es válido acerca de un pobrecito como yo, no lo será respecto de ser hombre, que es indudablemente el milagro de la creación?" [...] el afligido es solo hombre y está *contento con ser hombre*. Puesto que [...] absolutamente en el mismo sentido en que el lirio, sin trabajar y sin hilar, es más hermoso que la gloria de Salomón, absolutamente en el mismo sentido es también el hombre, sin trabajar, sin hilar, sin ningún mérito propio, *por el solo hecho de ser hombre*, más glorioso que la gloria de Salomón.

3) Existe estricta contraposición, y no solo diferencia, entre precio y dignidad: pues lo digno no puede comprarse y aquello que tiene o a lo que violentamente se asigna un precio no es digno o deja por ese motivo de serlo. Y tal enfrentamiento manifiesta de la forma más patente que las personas gozan de una bondad abismalmente diversa y superior a todo lo demás: personas y cosas son *heterogéneas*.

4) Puesto que la elevación de la bondad (el *salto* de precio a dignidad) se encuentra directamente relacionada con la medida en que alguien es único, el respeto a la singularidad de cada cual, y el esfuerzo y el apoyo al progreso en la *singularización*, no son algo optativo, sino tan imprescindibles que en ello se juega la propia índole y la categoría y el perfeccionamiento personales.

Y tantas consecuencias más a la hora de *comprender* a la persona, de elaborar una *teoría* correcta sobre ella.

---

Personas y cosas son heterogéneas

---

## Consecuencias prácticas

No son menores las que afectan a la vida vivida.

Tal vez la más interesante, y la que en cierto modo resume y contiene a las demás, se compendie al describir a la persona (a toda persona, sea cual fuere su condición y rango) como principio y término de amor... *gratuito*.

En relación con este extremo, parece claro que, aun manteniendo la analogía, la situación varía enormemente cuando nos referimos al Dios personal o, en el otro extremo, a las personas humanas.

1) A Dios, cuyo Ser es infinito, nada se le puede añadir o quitar:

- ⦿ A causa de su total Perfección, su acción más característica es el amar activamente, otorgando el ser y toda suerte de bienes a las criaturas. En estricto rigor, es más Principio que término de amor.
- ⦿ Mas como nada le agrega nada, puesto que Él ya lo es Todo, necesariamente su Amor es gratuito. No cabe otra posibilidad. Y, por el mismo motivo, no Le acecha el peligro de «sentirse obligado a merecer».

2) No ocurre así con los varones y mujeres.

- ⦿ *En cuanto personas*, también lo más propio de ellos es el amar activo; pero *en cuanto finitas*, la situación se invierte y les resulta más connatural el ser amadas (por Dios, en primer término y radicalmente, y por las restantes personas).
- ⦿ Por otro lado —al margen de algunas excepciones, derivadas, por ejemplo, del carácter, de la costumbre, o de una defectuosa educación—, al amar se sienten satisfechas, conscientes de la valía de esa acción, que manifiesta con claridad su grandeza personal.
- ⦿ Pero el «simple ser amadas», *sin mérito por su parte*, puede llevar consigo cierto desencanto, pues lo que pone de relieve es más bien su finitud, su indigencia o menesterosidad (de ahí tal vez la absurda frase tan española: «yo no quiero nada regalado»).
- ⦿ Surge así una suerte de contradicción que torna enormemente complejo el amor humano y, en concreto, el sentido de la *gratuidad* de ese amor.

Por decirlo de algún modo, y acudiendo a ejemplos relativamente gráficos, a los hombres «nos cuesta» ser amados, oponemos «cierta resistencia» a dejarnos amar cuando una actuación errada, un fracaso profesional o de otro tipo, una vida que nos parece desperdiciada o cualquier sentimiento similar nos llevan a tener la impresión de que no *merecemos* ese cariño.

Difícilmente soportamos ser queridos *gratuitamente*, con independencia de que sepamos que el amor que nos otorgan es bueno, nos ayuda y torna mejor a quien nos lo brinda.

- ⦿ De todo lo cual cabría concluir que, para los varones y mujeres, en cuanto personas creadas y limitadas, el modo de amar fundamental, el más propio, el más difícil ¡y el más jugoso!... es justo permitir y hacer sencillo y agradable el que nos amen.

(Cuanto vengo diciendo y lo que voy a agregar será analizado más tarde, al abordar el estudio del amor. Apunto ahora algunas sugerencias, para acabar de ver en qué consiste la dignidad humana y, con ello, perfilar nuestra condición de personas).

---

La persona es principio y término de amor... gratuito

---

## Y más consecuencias

### 1) LA PRINCIPAL Y MÁS CORRECTA FORMA DE AMAR

Para advertir este punto conviene recordar:

- ◆ Que amar es buscar eficazmente el bien o perfeccionamiento del ser querido.
- ◆ Que los hombres mejoramos *como personas* solo y exclusivamente en la medida en que incrementamos la categoría y la intensidad de nuestro amor.
- ◆ Que, en consecuencia, según acabo de sugerir, el mayor bien que podemos otorgar a las personas queridas es ser cada uno —yo— muy «amable», en la acepción más propia de este vocablo: dejarnos querer, facilitar el que nos amen para que, de tal manera, ellos aumenten su categoría personal y sean felices.

Incluso en el caso de Dios, como afirma agudamente un autor espiritual, lo máximo —y casi lo único— que cabe hacer «por Él» consiste en poner voluntariamente entre paréntesis nuestros defectos e imperfecciones, acudir a su Infinita capacidad de curar, perdonar y querer... y «darle el gusto de que nos ame».

---

El mayor bien que podemos otorgar a las personas queridas  
es el ser cada uno muy «amable»

---

### 2) LA MÁS PROPIA

Por no alargarme, recojo algunos de los párrafos que Carlos Cardona dedica a la peculiaridad de la mujer respecto al varón y a cómo ella encarna de manera más genuina la condición de persona creada (y, si no yerro, la propensión a aceptar la gratuidad del amor).

- Si el varón como tal expresa a Dios que ama, la mujer como tal expresa “la que recibe el amor para amar a su vez” (Juan Pablo II). De manera que la realidad profunda de la criatura, como término del divino amor, resulta más patente en la mujer que en el varón.
- La expresión cumplida de la criatura, en su ser más radical, se manifiesta mejor y más propiamente en la mujer que en el varón. Y esto, a más de ser metafísicamente manifiesto, es un hecho de experiencia común: todos sabemos muy bien que la mujer, precisamente como tal, y en la medida en que sabe y quiere serlo, es lo más “amable”.
- La mujer es imagen más diáfana de lo característico de la persona creada: hecha por amor y para el amor».
- La femineidad expresa de modo más patente el carácter amoroso de la criatura espiritual.

### 3) LA MÁS DIFÍCIL

Tal vez sea suficiente repetir que al «recibir amor» *sin otro fundamento* que nuestro *ser* personal, a menudo podemos sentirnos casi humillados, tratados como menores, como «casarillas» (según se decía en mis tiempos de quienes, participando en un juego, a causa de su corta edad no estaban obligados a cumplir sus reglas)... con la rebelión que todo ello lleva aparejada mientras no hemos alcanzado la madurez suficiente para saber que todo cuanto valemos —¡siendo mucho, muchísimo!— es siempre regalado: un puro don de Dios.

De acuerdo con lo que antes comentaba, la gratuidad puede en ocasiones abochornarnos, hacernos sentir poca cosa.

### 4) ¡Y LA MÁS JUGOSA Y FECUNDA!

Todo lo anterior, ex profeso parcial y aparentemente negativo, puede, sin embargo, transformarse en su opuesto. Bastaría admitir hasta el fondo nuestra condición de criaturas: indigentes, limitadas, muchas veces impotentes..., pero infinitamente amadas —¡solo por ser personas, sin otro «mérito»!— por el Amor divino infinito y por el casi infinito amor de quienes de veras nos quieren.

La humillación y el bochorno a que acabo de referirme se transforman entonces en fuente de felicidad sin límites.

Con finura y elegancia notables lo expone Marta Brancatisano:

Ser amados cuando somos los héroes o los primeros de la clase ni siquiera nos produce mucha satisfacción; pero ser amados cuando somos y nos comportamos como unos gusanos... ah, esto sí que es algo que conmueve las entrañas del mundo, algo que provoca un estupor capaz de dar nueva vida a quien recibe un amor así.

Y es precisamente en tales circunstancias, al vernos amados con independencia de lo que hagamos, cuando se alcanza y pone de manifiesto el núcleo íntimo de la dignidad: nuestra condición o nuestro ser personal.

---

Es precisamente en tales circunstancias, al vernos amados con independencia de lo que hagamos, cuando se alcanza el núcleo de la dignidad personal

---

### Un nuevo añadido

Porque a bastantes personas les ha ayudado a comprender el sentido profundo de la dignidad personal y su honda relación con el amor, me permito recoger aquí —con levísimas o casi nulas variaciones— algunos párrafos de un escrito de hace algunos años, en el que abordé este mismo tema:

Escribí entonces, en relación con aquellos seres humanos cuya dignidad no se advierte a primera vista:

«A menudo damos por supuesto que la *interior* grandeza de la persona se expresa a través de manifestaciones exteriores. Pero no siempre ocurre así: por

su misma debilidad o por falta de perspicacia en quien los observa, hay signos que podrían no resultar suficientes para exteriorizar la maravilla de un determinado ser humano.

En tales circunstancias, caben dos posibilidades:

- ⦿ O que la sublimidad interna se desfigure y pase desapercibida.
- ⦿ O que, paradójicamente, quede realizada y triunfe, sobreponiéndose a la endeblez de sus manifestaciones.

Así lo expone Spaemann:

... la dignidad nos impresiona de modo especial cuando sus medios de expresión están reducidos al mínimo y, sin embargo, se nos impone irresistiblemente.

Hay en esta frase una condición expresa: la nobleza de un ser humano se hace presente de manera todavía más apabullante cuando sus manifestaciones se limitan hasta el extremo, *si y solo si* la existencia de esa dignidad logra de algún modo llegar hasta nosotros. Y esto implica una mayor capacidad de penetración por parte de quien observa; no todos están dotados del discernimiento para apreciarla; pero quienes lo logran, advierten la eminencia de esa persona con una claridad deslumbradora.

¿Por qué sucede esto? Muy probablemente porque, al reducirse los vehículos de expresión externa, la mirada ha de dirigirse por fuerza hacia lo que compone el fundamento de la dignidad en cuestión: hasta la íntima plenitud de su ser. Aquí no hay posibilidad de que los oropeles, inexistentes, oculten el auténtico metal: y este reverbera con un fulgor inusitado.

Ante un conocimiento agudo, provisto de amorosa sutileza, la dignidad de los *débiles* se presenta inconmensurablemente engrandecida y radicada en su auténtico hontanar o fuente.

## Dignidad privilegiada: un primer caso

Para advertirlo, basta fijar nuestra atención en los deficientes y enfermos mentales.

Un subnormal profundo [así se los llamaba entonces] puede ser objeto de desprecio, de irrisión, de burla, de compasión... o de exquisita aprobación admirativa, por fuerza acompañada del amor y del afecto.

Y es que, ante unos ojos que saben apreciarlos, los infradotados manifiestan, con mayor claridad que los sujetos «normales», los títulos genuinos de la dignidad humana.

El disminuido psíquico parece estar gritando:

— No radica mi excelencia ni en la eficacia laboral, que acaso nunca posea, ni en la belleza corpórea, ni en la inteligencia o la capacidad resolutive...; deriva de mi ser —¡yo también soy hombre, persona!— y de mis consiguientes disposiciones amorosas.

A lo que puede añadir:

— Para conquistar el fin radical al que he sido llamado —la unión de amistad con Dios por toda la eternidad, fundamento indiscutible de mi nobleza—, me basta y me sobra con lo que soy. Mi verdad terminal de plenitud en el Absoluto es tan cierta como la vuestra; pero a vosotros puede ocultárosela todo el acompañamiento de brillantez, de inteligencia, de eficacia, de hermosura y galanuras del cuerpo, a los que con tanto empeño os aferráis. ¡Esa es mi ventaja!

## Otro ejemplo

Algo similar cabría sostener respecto a algunos trastornos mentales. También entonces lo radicalmente configurador de la dignidad humana —el ser espiritual— permanece incólume y es capaz de irradiar, para quien sabe apreciarlos, los signos de esa nobleza.

Según recuerda Frankl,

... es precisamente lo espiritual lo que no puede enfermar, sino, al contrario, lo que pone al enfermo en condiciones de entenderse con el hecho de la enfermedad orgánica de un modo a veces bien precario, ciertamente, pero no por ello menos personal.

Permítanme ustedes que explique más en concreto mi pensamiento, acudiendo a un ejemplo. En cierta ocasión fue enviado a mi consulta un enfermo, de unos sesenta años, en un estado depresivo agudo. Oye voces, padece, por tanto, alucinación acústica, es autístico, y en todo el día no hace otra cosa que rasgar papeles, y de este modo lleva una vida sin sentido ni razón de ser, al parecer. Si hubiéramos de atenernos a la clasificación de las funciones vitales, tendríamos que decir que nuestro enfermo no cumple uno solo de los quehaceres de la vida: no se entrega a un solo trabajo, está aislado completamente de la sociedad, y la vida sexual —nada digamos de amor ni de matrimonio— le está vedada. Y, sin embargo, *¡qué elegancia, única, impresionante, irradia este hombre, del núcleo central de su humanidad, núcleo que no ha sido afectado por la psicosis! ¡Ante nosotros está un gran señor!* Hablando con él, irrumpe a veces en accesos de cólera rabiosa, pero en el último momento siempre es capaz de dominarse. Entonces aprovecho yo la ocasión para preguntarle: — '¿Por amor de quién acaba usted por dominarse?', y él me responde: '*Por amor de Dios...*'. Y aquí se me ocurre pensar en las palabras de Kierkegaard: 'Aun cuando la demencia me pusiera ante los ojos la máscara del bufón, aún podría yo salvar mi alma: si mi *amor de Dios* triunfa en mí'.

Huelgan los comentarios. Resultan manifiestos los títulos *reales* de la dignidad personal: ser, espíritu, amor. Y quien haya presenciado películas como *Despertares*, se encontrará más capacitado para entender lo que Frankl experimentaba en presencia de este enfermo.

## Y un golpe de audacia... o de temeridad

Sigo adelante con suma cautela. Jesús crucificado excede desde todo punto de vista cuanto vengo comentando; y rebasa también el ámbito de estricta filosofía en que hasta ahora me he movido. A pesar de ello, me atrevo a mencionarlo porque, desde la magnificencia del misterio, arroja abundante luz sobre la naturaleza de la dignidad personal.

¿Motivos?

- ◆ En primer término, igual que en los ejemplos anteriores, para apreciar lo que sucede en la Cruz son necesarias las entendederas que otorga una fe vivida. Sin ellas, el resultado de la Pasión se transforma en frustración rotunda, en escándalo o en demencia.
- ◆ En segundo lugar, el Drama nos alecciona también porque pone de relieve la auténtica raíz de la nobleza del Dios hecho Hombre: hasta el punto de que, frente a lo que experimentan hebreos y gentiles, para el cristiano convencido Cristo crucificado —así: ¡crucificado!— constituye la mayor expresión de dignidad humano-divina, la excelsitud interiorizada hasta su médula más íntima:
  - No es mi poder, al que he renunciado, no es mi magnificencia divina, que no aparece, no es mi capacidad de liderazgo humano, ahora entenebrecida...; es mi Amor — idéntico a mi Ser— el que confiere a esta Figura fracasada que estáis contemplando ¡y adorando! su eminente dignidad.

## El fundamento de los fundamentos

Se da aquí, pero elevado a una potencia infinita, la «reducción al fundamento», el ascenso hasta las causas definitivas. Y es que las prendas más reales de la excelencia del Dios encarnado nunca resultan más realzadas que en la locura de la Pasión.

Pero, además, el *descansar-en-sí-mismo* en que estriba la dignidad reluce ahora especialmente, por cuanto Cristo renuncia *de manera voluntaria* a todo lo superfluo. Es esa la diferencia que abre un abismo insalvable entre los crucificados por fuerza —violentamente desprovistos de la posibilidad de expresar su nobleza— y Aquel que *libremente* abdica de cuanto no resulta imprescindible para cumplir el sentido definitivo de su ser-encarnado: la redención.

Insisto, porque resulta muy revelador: para salvarnos, a Jesús le basta el *Amor*, reducido a su más desnuda expresión; y es el Amor lo que triunfa en la Cruz. Por eso puede abandonar *todo* lo demás, que no es necesario y podría inducir a error sobre los verdaderos motivos de la dignidad del Redentor. Incluso de la *interioridad* humana cabe prescindir, porque existe un "dentro" todavía más íntimo y noble, en el que radica la verdadera grandeza del Crucificado: el mismísimo Ser divino, que en la Pasión se manifiesta ostensiblemente como Amor.

Estamos ante el caso más flagrante de superioridad respecto a lo "engañoso": el poder, el aparato externo... la misma apariencia cabalmente humana. Como es obvio, el Crucificado podría hacerse con ello en cualquier momento: recuérdense las doce legiones de ángeles que el Padre está dispuesto a mandar, o la palabra poderosa del Verbo encarnado, que derriba por tierra a cuantos vienen a prenderlo. Pero no las necesita. Y en ese deliberado no requerir de ellas revela su infinita trascendencia, su estar por encima, su independencia ontológica: y, por todo ello, manifiesta e incrementa su dignidad».

## Cuando «valor» equivale a «precio»... ¿y retorno?

Me gustaría poner fin a este epígrafe con tres breves consideraciones.

*1ª)* Antes que nada, repetir que en nuestra civilización, la hegemonía de los valores utilitarios y, más en concreto, de los económicos, torna bastante difícil saber a fondo en qué consiste y, como consecuencia, reconocer la dignidad de las personas y obrar de acuerdo con ello.

Como sostiene Grimaldi,

... donde desaparecieron títulos, honores, dignidades, cuando han desaparecido todas las liturgias sociales, no queda más que el dinero para expresar el valor y el reconocimiento. Ahora bien, cuando es el dinero el que expresa el valor, el valor no puede más que confundirse con el precio. Pero cuando todo tiene su precio, nada tiene valor [en el sentido «fuerte» de este vocablo]. Por caros que sean, un cargo de embajador, un título de marqués, o un premio literario, no valdrían nada si se pudieran comprar. Y, en verdad, por su misma definición, cualquier precio es relativo, mientras que todo valor es absoluto.

*2ª)* En segundo término, me gustaría subrayar que la «lógica de los equivalentes», inherente a los dominios del comercio entre cosas, ha ido ganando terreno e invade los ámbitos donde debería primar la de la gratuidad, que es lo propio de las personas que actúan como tales.

Lo expresa con bastante elegancia el tan controvertido Buttiglione, a la par que anticipa algunos aspectos que apuntaré en los párrafos que siguen:

La lógica del intercambio de los equivalentes —escribe— se hace la lógica social dominante y se destruye la lógica de la gratuidad.

Para agregar de inmediato:

Toda sociedad necesita vivir con ambas. La relación entre mi mujer y yo, entre mis hijas y yo, no puede ser una relación de equivalentes, es siempre una relación de intercambio gratuito, en la que la forma del intercambio es el don y no el precio. Esta dimensión de la gratuidad es fundamental para la familia y también en la relación de Estado. Cuando se pierde el sentido de pertenecer a una familia, que es lo más grande que tenemos, la lógica del intercambio se hace lógica social universal.

*3ª)* Por fin, y atendiendo al contexto en que se ha redactado este escrito —los *Estudios Universitarios en Ciencias para la Familia*, de la Universidad de Málaga—, y a lo que es una convicción personal fuertemente arraigada desde hace años, me interesa dejar claro que es justo la familia —cada familia, la mía y la de quien ahora me lee— la que ha de *tomar la iniciativa* para modificar este estado de cosas y acabar instaurando la tan esperada civilización del amor.

---

Cuando se pierde el sentido de pertenecer a una familia,  
la lógica del intercambio se hace lógica social universal

---

En la terminología que estoy ahora utilizando, la familia ha de conseguir que la «lógica de la gratuidad», sin eliminar lo que es específico de estos otros campos, humanice también todas las relaciones sociales, laborales y de compraventa: que torne *familiar* lo *no-familiar*.

De nuevo lo sugiere Buttiglione:

Lo que Michael Novak siempre intenta explicarnos es el valor de la empresa. Lo que nosotros intentamos explicar a Michael Novak es que la empresa no lo es todo. Es decir, que en primer lugar la empresa está hecha por hombres, seres humanos que son producidos en la sociedad, y que las virtudes necesarias para que el mercado funcione no viven en este, sino que se crean en la gratuidad. [...] Hay una lógica de la gratuidad no solo en la familia, sino también en la sociedad. El hombre tiene dignidad y ello implica que cuando sus necesidades no pueden ser satisfechas a través del intercambio de equivalentes, tiene que entrar la lógica de la gratuidad, la solidaridad. Por su dignidad tienen derecho a una ayuda los minusválidos, por ejemplo.

Con otras palabras: la familia es el ámbito imprescindible donde la persona y su dignidad se afirman —¡deben afirmarse!— de manera incondicional, es decir, incondicionada e incondicionable; y, por tanto, el punto de partida insustituible para invertir el rumbo que parece haber adoptado la humanidad en estos últimos tiempos y reinstaurar la primacía de lo digno.

O, por mejor decir, más que hacer que la civilización *retorne* a un estado previo, cosa imposible y ni tan siquiera deseable, la familia debe convertirse en motor que la haga progresar e instaure las condiciones para hablar de una sociedad plenamente humana: de personas y para las personas.

---

La familia es el ámbito imprescindible donde la persona y su dignidad se afirman de manera incondicional, o, lo que es lo mismo, incondicionada e incondicionable

---

## ¡Siempre la familia!

En semejante sentido, la función primordial de la familia consiste:

- ◆ Primero, en fomentar el carácter personal y único de cada uno de sus miembros, para ayudarles a ser lo que están llamados a ser: personas capaces, cumplidas.
- ◆ Y, después y simultáneamente, durante toda la vida, en reforzar y restaurar esas cualidades, sirviéndoles de trampolín, de apoyo y de lugar donde reponer las fuerzas... para transformar la sociedad, bien de forma aislada, bien como familias que se unen a otras familias.
- ◆ Porque, como he comentado otras veces, la auténtica revolución capaz de instaurar la civilización del amor a que se nos convoca desde hace lustros, o será familiar o, simplemente, no se llevará a cabo.

¡Y si no llegara a darse, la «dignidad» tan cacareada y la propia «persona» acabarían por transformarse en meras palabras huecas, vacías!

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿Te parece cierto que, al hablar del valor de algo, la mayoría de las personas está pensando en su precio? ¿Te vienen a la cabeza algunas excepciones? ¿Podrías enumerarlas e identificar el contexto o contextos en que tienen lugar?

- ¿Comprendes a fondo la relación que existe entre lo intercambiable, el precio y el dinero? ¿Piensas que realmente en el mundo actual *todo* tiene un precio, aunque en algunos casos sea altísimo?

- Después de haber leído este capítulo, ¿entiendes mejor en qué sentido el dinero puede ser calificado como el útil por excelencia o el útil de los útiles? ¿Tendría el dinero alguna función cuando lo que está en juego son bienes en sí o dignos? Distingue, por favor, entre lo que de hecho sucede y los que consideras que debería ocurrir.

- En el contexto en que nos estamos moviendo en este último capítulo, ¿de qué manera fundamentarías el hecho de que el auténtico amor es siempre gratuito?; ¿dónde quedaría, entonces, la correspondencia o reciprocidad, que parece ser *exigida* para la plenitud del amor? ¿Se puede de manera simultánea corresponder a un amor gratuitamente y como un deber?

No tengas ningún miedo a extenderte en tu respuesta. Lo importante es que reflexiones sobre estos asuntos... y que intentes extraer todas las consecuencias que puedas para tu vida cotidiana.

- Si amar y ser amado son siempre gratuitos —en el sentido en que aquí lo estoy explicando—, ¿no te parece que el tomar plena conciencia de ello eliminaría muchos problemas derivados del deseo de quedar bien, de demostrar lo que uno vale, de ocultar determinadas acciones por temor al rechazo, y un muy largo etcétera? ¿Cómo aplicarías estas verdades a la vida conyugal o familiar?

- A la luz de lo visto, ¿te parecería exagerado o metafórico hablar de «humildad» en el Verbo, en cuanto acepta libremente *todo el Ser* que el Padre le entrega, de modo que —incluso en el seno de la Trinidad— todo cuanto es resulta «recibido»? ¿No te parece que la reflexión sobre este extremo nos ayudaría a aceptar más fácilmente la condición no merecida del amor que se nos otorga?

- Explica brevemente, y como resumen de lo estudiado, la función de la familia en todos y cada uno de los pasos de formación de la persona que se han desarrollado en este escrito.

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Los textos que siguen, más comprensivos que los de lecciones anteriores, permiten relacionar lo visto en estos últimos epígrafes con aspectos relevantes del resto del curso y de la condición humana sin más.

- El primero es de C. S. Lewis:

«De los poetas deberíamos haber aprendido que el amor es algo más austero y espléndido que la mera amabilidad; que incluso el amor entre los sexos es, como afirma Dante, “un señor de aspecto terrible”. La benevolencia forma parte del amor, pero no coincide con él. Cuando la benevolencia, en el sentido arriba indicado [“deseo de ver felices a los demás, de que sean completamente dichosos, no solo en este o aquel aspecto particular”], se separa de los demás elementos del amor, acarrea una evidente indiferencia hacia su objeto, e incluso algo parecido al desprecio hacia él. La benevolencia consiente muy rápidamente en eliminarlo. Todos nos hemos encontrado alguna vez con personas cuyo amor a los animales los impulsaba una y otra vez a matarlos para evitar que sufrieran. La mera benevolencia no se ocupa como tal de si su objeto se hace bueno o malo. Se conforma con evitarle sufrimiento. Son los bastardos los que son mimados, como dicen las Escrituras; los hijos legítimos, los encargados de continuar la tradición familiar, son castigados. Solo para personas que no nos preocupan exigimos felicidad a toda costa. Con nuestros amigos, personas queridas o nuestros hijos, en cambio, somos exigentes, y preferiríamos con mucho verlos sufrir antes que verlos disfrutar de una felicidad despreciable y alienante» (Lewis, Clive Staples, *El problema del dolor*, Rialp, Madrid 1994, pp. 47-48).

- Este otro pertenece a Alberoni:

«El enamoramiento tiende a la fusión, pero a la fusión de dos personas diferentes. Para que exista, se necesita la diversidad y el enamoramiento es una voluntad, una fuerza para superar esa diversidad que, sin embargo, existe y debe existir. La persona amada interesa porque es diferente, porque es aportadora de una propia inconfundible especificidad. Y esta especificidad, esta unicidad, en el enamoramiento se exaspera. Queremos ser amados en cuanto seres únicos, extraordinarios, insustituibles, absolutamente nosotros mismos.

Esto no puede ser alcanzado en las organizaciones donde todos somos sustituibles. No puede alcanzarse en la vida cotidiana de la familia porque en ella, si bien somos únicos e insustituibles, no somos extraordinarios; y aun siendo únicos no lo somos exclusivamente para nosotros mismos como fin. En cambio, deseamos sentirnos así hasta lo último. No nos basta ser adorado por alguien que no tiene valor, por alguien que es reemplazable. Queremos ser vividos como únicos, extraordinarios, indispensables, por el que es único, extraordinario e indispensable. Por eso el enamoramiento es monogámico y solo puede ser monogámico, puesto que es pretensión de exclusividad del que es extraordinario y es reconocimiento de extraordinariedad del que es extraordinario, abandono al único capaz de dar placer, alegría y vida. Por eso soy absolutamente único y él es absolutamente único, no reemplazable por ningún otro ni por ninguna otra cosa.

Cada detalle, la voz, el cuerpo, el gesto, se convierten en los significantes de esta unicidad. Detalles que existen en él y solo en él, en ninguna otra persona del mundo. Es extraordinariamente única y diferente y el asombro del amor es encontrar respuesta de este ser tan único y tan totalmente sí mismo como ningún otro. Nosotros, cada persona individual, somos diferentes de todas las otras y lo sabemos, pero solo en el enamoramiento nuestra individualidad irreducible es aprehendida y apreciada de manera total. Un signo seguro e inconfundible del amor es esta apreciación de la especificidad y unicidad del otro. El aprecio que sentimos venir de él nos permite apreciarnos a nosotros mismos, dar substancia de valor a nuestro yo. Este es el movimiento de la individualización» (Alberoni, Francesco, *Enamoramiento y amor*, Gedisa, 6ª ed. 1996, pp. 40-41).

- Un clásico de Kierkegaard:

«Toda persona seria que tenga vista para las condiciones de nuestro tiempo, se dará cuenta fácilmente de lo importante que es hacer un esfuerzo profundo y rigurosamente consistente, que no se asusta de las extremas consecuencias de la verdad, para oponerse a la inmoral confusión que, filosófica y socialmente, tiende a desmoralizar “el singular” mediante la “humanidad” como una fantástica idea de la sociedad; una confusión que propone un desprecio absoluto por aquello que es la primera condición de la religiosidad, ser un individuo singular. Solo es posible oponerse a esta confusión haciendo de los hombres individuos singulares, ¡después de todo, cada hombre es un individuo singular! Toda persona seria que sepa lo que es la edificación —toda, tanto alta como baja, sabia como simple, hombre como mujer, toda persona que se haya sentido edificada y a Dios cerca de ella— estará de acuerdo incondicionalmente conmigo en que es imposible edificar o ser edificado en masa, aún más imposible que estar enamorado en cuatro o en masa. La edificación, incluso mucho más expresamente que el amor, se relaciona con el individuo. El individuo —no en el sentido del individuo especialmente distinguido o con dotes especiales, sino el individuo en el sentido en que todo hombre puede y debería ser— debería estar orgulloso de serlo, pero realmente debe descubrir también su felicidad por ser... un individuo» (Kierkegaard, Søren, *Mi punto de vista*, SARPE, Madrid 1985, p. 169: corresponde a *Ese individuo*, publicado con *Mi punto de vista*).

- Y uno de Millán-Puelles:

«Pero ya ese “algo uno que conmensura” implica, en cualquier caso, una abstracción. Su manera de ser conmensurante estriba en constituirse como una cierta “medida universal”. A estos efectos, es bien significativo que una tal abstracción deba inicialmente señalarse en la necesidad de prescindir de la jerarquía objetiva de las cosas a la hora de valorarlas económicamente. De lo contrario, habría que decir, con un clásico ejemplo, que un ratón, por ser un animal, debe tener más precio que una perla, que es tan solo un simple ser inanimado» (Millán-Puelles, Antonio, *Economía y libertad*, Confederación española de Cajas de Ahorro, Madrid 1974, p. 82).

### 3. EXCURSO: LA RELATIVIZACIÓN DE LO BUENO

Entre el conjunto de factores que señalé de forma genérica en el primer epígrafe, considero imprescindible destacar un punto que, como advertí entonces, puede despertar extrañeza, recelo o incluso rechazo, pero cuya importancia considero clave, en buena parte por ese mismo motivo.

---

Me permito repetir que las consideraciones que siguen tal vez resulten un tanto complejas y que no existe problema en dejar su lectura para más adelante o sencillamente omitirla.

---

#### Consideraciones en torno al «valor»

Comienzo este apartado con una advertencia: aunque estime necesaria la sumaria crítica de los «valores» que me propongo esbozar, *no* pretendo sugerir que dicho vocablo haya de ser desterrado. Su uso se ha impuesto, y el intento de

evitarlo podría provocar más confusión que la ya reinante, o simplemente la descalificación de quienes adopten esta postura, por anacrónicos, intransigentes o fanáticos.

Eso no elimina, sin embargo, la oportunidad de conocer el origen de su actual hegemonía y los peligros que se corre al utilizarlo de forma desconsiderada, como sustitutivo del bien y de las virtudes.

Tal vez sea Nietzsche quien ha visto de manera más neta y ha apoyado con más lucidez la sustitución del «bien» por el «valor». Y es que tenía muy claro lo que la humanidad se estaba jugando al hacerlo (desde su punto de vista, lo que estaba «ganando»).

Para Nietzsche, la supremacía radical del *valor* equivale sin reservas a la supresión del bien como algo *objetivo*, independiente del sujeto que con él se relaciona. E implica, por consiguiente, como vengo apuntando:

- La soberanía plena del yo sobre el ser —que en más de una ocasión he mencionado y en cuyo análisis no debo ahora detenerme—, puesto que en cada caso son los intereses de tal yo los que dotan o no de valor a una realidad, situación o comportamiento dados.
- Y, en consecuencia, cosa que tal vez resulte más conocida, la instauración del «superhombre», dominador *absoluto* en todos los ámbitos, y la consiguiente e imprescindible eliminación de Dios.

Siempre en el decir de Nietzsche y quienes razonan de un modo análogo, lo que determina la bondad de las distintas realidades *no* sería su propia naturaleza o modo de ser: un ser y una bondad que tradicionalmente remitían a Dios como a su Fundamento o Principio. Sería más bien el sujeto humano, cada cual en particular o una determinada cultura o civilización o grupo, quien tornaría valioso aquello a lo que, en función de sus intereses subjetivos, decidiera otorgarle semejante categoría.

La generalizada aceptación del término «valor» como inocuo sucedáneo del bien y de la virtud, que simplemente se consideran anticuados, puede hacer que parezca una exageración cuanto acabo de sostener.

No lo es, sin embargo, y al testimonio del Nietzsche y a los comentarios de Heidegger al respecto remito a quien quiera comprobarlo.

Pero, además, existen bastantes indicios de que semejante sustitución no es del todo indiferente, incluso para aquellos que hablan de «valor» y de «valores» con la mejor de las intenciones: la de designar de forma adecuada a la mentalidad y al modo de expresarse actuales lo que en efecto merece ser anhelado, perseguido y poseído: es decir, el bien y las virtudes de tiempos no demasiado lejanos.

---

Para Nietzsche, la supremacía radical del valor equivale  
a la supresión del bien como algo objetivo,

## Connotaciones del término «valor»

Espero que la enumeración de algunos de esos signos ayuden a comprender las consecuencias de un uso acrítico del término valor:

1) Tal vez el primero y más claro de esos síntomas lo constituya la propia afirmación de quienes instauraron y promovieron con plena conciencia el alcance y significado de los valores. Pues desde Max Scheler, por referirme a un pensador paradigmático, tal vez el que con mayor vigor ha estudiado y ha contribuido a que se imponga la doctrina en torno a ellos, hasta —en España— Marina, prácticamente todos sus defensores sostienen sin reservas que «los valores son siempre *relativos* a la persona para la que tienen vigencia».

2) Por otro lado, y frente a aquellos tiempos en los que sí se hablaba de bienes-en-sí, en la cultura contemporánea resulta muy difícil, aunque no del todo imposible, referirse a valores *absolutos*, más todavía, puesto que el *valor* es por naturaleza relativo, si dicho término se utilizara con propiedad, cuando pretendiéramos convertirlo en absoluto incurriríamos en una absurda contradicción.

La cuestión puede advertirse al considerar que existen abundantes y variadas clasificaciones de los valores y que, sin embargo, no es fácil encontrar muchas en que los criterios para distinguirlos sea el que acabo de apuntar: que determinados valores tienen vigencia para todo ser humano, con independencia de sus circunstancias espacio-temporales, de su educación, gustos, aptitudes...

Con otras palabras, al contrario de lo que sucedía con los bienes en el pensamiento clásico, no existe una jerarquía universalmente aceptada que organice los valores en función de su categoría intrínseca, dotando a algunos de ellos de carácter absoluto: todos pretenden situarse al mismo nivel, en el estrato de «lo relativo», y son cada persona particular o cada grupo los que les asignan un peso mayor o menor.

3) Todavía con fórmula distinta: al referirse a una concreta «escala de valores» se alude implícitamente, aunque no siempre, a la categoría que cada quien *otorga* o *atribuye* a determinadas realidades, ámbitos o comportamientos: al trabajo, la familia, la música o la poesía, la información, la honradez, la sinceridad, la audacia, la opinión de los otros, etc. Es decir, parece darse por supuesto que tales realidades «no tuvieran nada que decir» *por sí mismas* y, como consecuencia, cada quien pudiera disponerlas según el orden que le viniera en gana.

A este respecto, el mismo modo de expresarse resulta bastante significativo: aun cuando a veces hablemos de la relevancia que una u otra actividad *tiene* o *presenta* para alguien, es mucho más común hablar de la importancia que ese alguien le *da* o *concede*.

Lo que deja traslucir, por lo común de forma velada, que los valores *no* se me imponen en virtud de su propia categoría, sino que soy yo —cada uno— quien les confiero o no la capacidad de influir en mi vida con mayor o menor fuerza.

Al afirmar la anterior no niego en absoluto la necesidad de que todos los seres humanos —y empezando desde muy jóvenes— recibamos la educación imprescindible para apreciar la verdad, el bien, la belleza... objetivos, pero en ocasiones arduos de percibir.

La gran diferencia reside precisamente en que mientras los valores suelen considerarse relativos en sí mismos, con independencia de lo que hagan las distintas personas, los bienes absolutos lo son en cuanto tales, y tendrían por eso vigencia para todo aquel que recibiera la formación adecuada para descubrirlos... y, en cierto modo, *exigirían* que todo ser humano recibiera la formación adecuada para apreciarlos.

4) Continuando con la enumeración de «síntomas» y acudiendo a algo más concreto pero también significativo, ¿no extraña que autoridades claramente relativistas no tengan ningún problema para hablar y defender la educación *en valores*? Pienso que el asombro desaparece cuando se advierte que ese tipo de leyes o reglamentos *siempre* defiende (¿o impone?) la libertad de que cada profesor *llene* el contenido de tales expresiones con los valores que él o ella estimen más oportunos.

(Y muy a menudo los medios de comunicación y la propaganda de partido —o, más en general, lo «políticamente correcto»— establecen de forma casi universal qué valores son admisibles y cuáles no).

5) Por fin, sin pretender haber agotado la cuestión y reconociendo que de este modo pretendo abrirme camino para el epígrafe que sigue, querría aludir a un hecho también comprobable: con excesiva frecuencia, cuando preguntamos por el valor de algo —sobre todo si utilizamos la fórmula «¿cuánto vale?»—, la respuesta que esperamos y la que normalmente se nos da es la de su *precio*, cuantificado en términos monetarios. En pocas ocasiones se coloca en primer término la «bondad», ni siquiera la útil o deleitable, de aquello a que nos referimos.

Repito que ninguno de los indicios presentados, y tal vez todavía menos este último, aspira a *demostrar* la tesis que sostengo. Simplemente, ofrecen pistas para comprobar su verdad, que tampoco pretende un alcance universal o sin excepciones.

Añado, por su especial relevancia, que más que en otras circunstancias, el tema que estoy exponiendo exige del lector un esfuerzo complementario; de modo que el uso habitual de las expresiones a que me refiero —el que constantemente se habla [o hablemos] de «valores» en lugar de bienes, y pocas veces de virtudes— no lo indisponga para considerar el asunto con objetividad ni determine su aceptación o rechazo antes de reflexionar sobre él con la pausa y serenidad oportunas.

A lo que debo agregar de nuevo que, aunque se aceptara lo que propongo, en ningún momento pretendo que el término «valor» quede excluido de nuestro vocabulario: pues, a tenor de las circunstancias actuales, resultaría contraproducente. Solo deseo prevenir contra un uso ingenuo e indiscriminado de esa terminología y ayudar a corregir, con las explicaciones oportunas, lo que tal vocablo suele llevar inconscientemente aparejado.

Y termino advirtiendo que algunos de los autores que he citado utilizan sin escrúpulos la palabra «valor». Es evidente que eso no los descalifica —de lo contrario no hubiera aludido a ellos—, aunque no todos se vean libres de la ambigüedad que el propio término lleva consigo.

---

«A menudo se convierte en “valor” aquello que los hombres hacen “valer”»

---

## AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿En qué sentido son los valores «relativos»? Y relativos ¿a qué o a quién?
- Durante siglos se ha pensado que la única manera de llegar a conocer algo de inmediato no evidente era la demostración en sentido estricto (lógica o matemática, fundamentalmente). ¿Estás de acuerdo con ese planteamiento? En caso negativo, ¿qué alternativas le ofrecerías?
- ¿Hasta qué extremo adviertes que lo que aquí estoy sosteniendo —la sustitución de los términos «bien» y «virtud» por el de «valor» o «valores»— tiene lugar en el entorno en que te mueves?
- ¿Qué piensas que ocurriría si intentaras, en su lugar, hablar de virtudes? En tu opinión ¿por qué este último término —«virtud»— tiene tan poca o nula aceptación?

## NUEVA AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- Profundas y significativas son estas palabras:

«Hoy han caído por tierra las ilusiones ideológicas y los vastos horizontes sociopolíticos a los que daban lugar; y también han perdido vigor las bases éticas tradicionales, con las reglas universales en ellas contenidas. En consecuencia, lo que queda es la historia de cada uno, del individuo, perdido en la inmensidad de un universo que lo ignora y que en cualquier momento amenaza con aplastarlo... pero cuyo precio es infinito ante los ojos de quien no posee más que esta oportunidad y se esfuerza por sacar de ella el mayor provecho posible. [...]

Es esta nueva situación la que en parte explica el retorno masivo a lo privado, que constituye la nota dominante de la atmósfera cultural de hoy en día. El individuo se esfuerza con todo su ser para ocupar un lugar en el gran banquete de las oportunidades de la sociedad opulenta, en una competición que no excluye los golpes y las zancadillas contra todos aquellos cuyo programa es idéntico al suyo y que, por lo tanto, entran en conflicto con él. Los problemas teóricos, que todavía en los años sesenta ocupaban el centro de las grandes batallas de ideas, hoy se muestran abstractos e inútilmente complicados. Mucho más real resulta, ante la mirada de nuestros contemporáneos, cuanto tiene que ver con el puesto de trabajo, la esfera afectiva, la organización del ocio, el cuidado de la salud. Esto no significa que cada cual se aísla en su propio mundo. Pero las relaciones con los demás se conciben bajo el prisma de “lo privado que se ensancha”, como convergencia de favores y de protección social, agrupamientos con vistas a la promoción de objetivos que siguen siendo solo los de los individuos, por más que estén aliados entre sí.

La vida social y política se demuestra hondamente dominada por esta lógica en extremo “singularista”, donde los intereses de los individuos o de las corporaciones se enfrentan entre sí, en una desenfrenada competitividad, de la que resultan vencedores los más astutos y capaces. Cada una de las categorías de personas lucha abiertamente en la mesa de las negociaciones para hacer valer los propios intereses, sorda a las constantes, repetitivas y retóricas llamadas al bien común.

En definitiva, que cada uno quiere realizarse y sabe que la cosa, en fin de cuentas, le atañe a él y solo a él. De esta suerte, a menudo la sociedad es vista como una suma

de individuos que, según la conocida expresión de R. Nozick, poseen "existencias separadas"» (Savagnone, Giuseppe, *Evangelizzare nella post-modernità*, Elle di Ci, Turín 1996, pp. 61-62).

- Por fin, otras más prácticas, que deberían conducirnos a una reacción personal: «Si se absolutiza, la búsqueda de la autorrealización produce una insufrible soledad. Si uno pone en primer lugar el propio éxito individual, tendrá que pagar como precio la erradicación de aquel tejido de relaciones que tradicionalmente surgía de la solidaridad y de la entrega recíproca. Hoy los *single*, víctimas a menudo de experiencias familiares infelices, se multiplican. [...] Pero esto no es todo. ¿A dónde ha conducido la idea de que resulta fisiológico ocuparse tan solo de los propios asuntos, de la propia vida afectiva, del propio éxito profesional, de la propia salud..., y que todo el resto no va con nosotros? Pues a un profundo desinterés respecto a la política y a la inclinación a entenderla como puro instrumento de intereses y proyectos personales o corporativos. Es más que obvio que una sociedad fundada sobre el individualismo entra en contradicción con la misma idea de comunidad, en la que sin embargo radica su razón de ser, y corre el riesgo de introducirse en un círculo ciego de actitudes conflictivas que incluso los más ricos y poderosos hacen bien en temer. La obsesión por la autorrealización, desgajada del horizonte de un bien común, en la que la de cada uno encuentre su medida y se ponga en condiciones de cooperar con la de los demás, corre el peligro de transformarse en una autodestrucción colectiva» (Savagnone, Giuseppe, *Evangelizzare nella post-modernità*, Elle di Ci, Turín 1996, pp. 67-68).



## VI. EPÍLOGO

### PRIMERA OBSERVACIÓN

Mal que bien, estimo haberme acercado al objetivo al que apuntaban estas páginas: ofrecer una concepción de la persona no muy difícil de comprender y al mismo tiempo aceptable para quienes hundieron sus primeras raíces en las feraces tierras de la metafísica y para quienes se han formado en las no menos féculdas del personalismo.

En un escrito posterior, ya a medio redactar, me propongo abordar este segundo aspecto de forma más honda y definida: aduciendo y comparando las aportaciones de la metafísica de la persona y las del personalismo, y mostrando con textos y autores concretos la oportunidad de unir ambas perspectivas.

¡Ojalá volvamos a encontrarnos en la lectura de esa nueva obra, cuyo título tal vez sea *La persona: de la metafísica al personalismo*!

### SEGUNDA Y, PARA NOSOTROS, MÁS IMPORTANTE

Casi al comienzo de este escrito, te advertí que más de una vez volvería a recordarte la necesidad de llevar al día la lectura o el estudio de las instrucciones y sugerencias para cursar con más aprovechamiento las distintas asignaturas.

Vuelvo a la carga.

Descansar no equivale a no hacer nada, sino más bien a ocuparse con algo distinto y que nos exija menos esfuerzo: ¡tal vez sea el momento de que descanses dando un repaso —o leyendo por primera vez y con detalle, si no lo habías hecho—, las instrucciones generales, las fechas de los distintos trabajos, las intervenciones en el foro, la bibliografía recomendada, etc.!

De nuevo gracias.